

THOMAS
BERNHARD

TRASTORNO



Lectulandia

Novela publicada en 1966, en las páginas de *Trastorno* el peculiar mundo literario del Thomas Bernhard, revelado tres años antes con la publicación de *Helada*, comienza a tomar definitiva consistencia. Narrada por el hijo de un médico rural que acompaña a su padre en sus visitas y periplos por la comarca, el ambiente cerrado, aislado, malsano, opresivo por el que se desenvuelven y que domina, significativamente, el castillo de Hochgobornitz, habitado por el príncipe Saurau, personaje que vive en el filo de la navaja entre la lucidez y la locura, se hace metáfora de una sociedad enferma.

Lectulandia

Thomas Bernhard

Trastorno

ePub r1.0

Titivillus 24.04.16

Título original: *Verstörung*
Thomas Bernhard, 1966
Traducción: Miguel Sáenz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Me estremece el silencio eterno de esos espacios infinitos.»

PASCAL, *Pensée* 206

El 26 salió mi padre a las dos de la madrugada hacia Salla para visitar a un maestro, al que encontró moribundo y dejó ya difunto cuando volvió a salir enseguida en dirección a Hüllberg, para tratar allí a un niño que, en la primavera, se había caído en una tina para cerdos llena de agua hirviendo y que ahora, dado de alta en el hospital, llevaba ya varias semanas con sus padres.

Le gustaba visitar al niño y no desaprovechaba oportunidad de hacerlo. Los padres eran gente sencilla: el padre trabajaba como minero en Köflach y la madre en casa de un carnicero en Voitsberg, pero el niño no estaba todo el día solo, sino al cuidado de una hermana de la madre. Ese día mi padre habló del niño con más detención que nunca y dijo que se temía que le quedase poco tiempo de vida. Podía afirmar con certeza —dijo— que no pasaría el invierno, y quería visitarlo ahora tan a menudo como pudiera. Me di cuenta de que hablaba del niño como de un ser querido, con mucha serenidad y sin tener que buscar las palabras; se permitió mostrar hacia él un afecto natural, al referirse al medio en que había crecido —más protegido que educado por sus padres— y completar y aclarar sus propias suposiciones sobre los padres y sus relaciones con el niño gracias a su conocimiento del ambiente de las personas descritas. Mientras lo hacía, se paseaba de arriba abajo por el cuarto y pronto no sintió ningún deseo de volver a acostarse.

Mi padre era ahora el único médico de una comarca relativamente extensa y, por añadidura, «difícil», desde que el otro aceptó un puesto en la Universidad de Graz y se trasladó a la capital de la región. Según mi padre, las esperanzas de que viniera algún otro eran escasas. Abrir aquí un consultorio era casi una locura. Sin embargo, él se había acostumbrado ya a ser víctima de una población básicamente enferma, propensa a la violencia y el desvarío. El que yo pasara el fin de semana en casa, decía, era para él un sedante cada vez más necesario. Parecía cansado. Sin embargo, cuando nos deslumbró el Ache al abrir yo los postigos de la ventana, dijo que iba a dar un paseo. «Acompáñame», dijo, «ven». Mientras yo me vestía, me habló de un «fenómeno de la Naturaleza», de un castaño que ahora, a finales de septiembre, estaba floreciendo y que él había descubierto en la afueras, a orillas del Ache. Quería aprovechar la oportunidad, dijo, para hablar conmigo de una vez; probablemente, pensé, de algo relacionado con mis estudios en Leoben, en la Escuela de Minas. Ahora habría tiempo, dijo, antes de que se pasara el día dedicado a sus visitas. «¿Sabes?», me dijo, «a veces no puedo más».

No queríamos despertar a mi hermana y bajamos tan silenciosamente como pudimos al zaguán, donde colgaban nuestros abrigos. Sin embargo, cuando, con los abrigos puestos, estábamos a punto de salir de casa sonó la campanilla y apareció ante la puerta un —para mí— desconocido, que resultó ser un posadero de Gradenberg y pidió a mi padre que lo acompañase sin perder tiempo.

De modo que fuimos a Gradenberg en el coche del posadero, en lugar de pasear por el Ache y conversar, no se habló más del castaño en flor y pudimos escuchar las cosas más inquietantes sobre la mujer del posadero.

Ella, dijo su marido, ocupada hasta las dos de la madrugada en servir a unos mineros que, borrachos desde hacía horas, se sentaban frente a frente en dos grupos hostiles, había recibido de uno de los mineros, sin motivo alguno, un golpe en la cabeza e, instantáneamente, había caído al suelo desvanecida. Los asustados mineros la habían llevado enseguida a la alcoba, situada en el primer piso de la posada, operación en la que la cabeza de la mujer había tropezado varias veces con la barandilla. Habían echado a la mujer en la cama y habían aconsejado al marido —el cual, cuando los mineros abrieron la puerta del dormitorio, se había despertado, se había incorporado aturdido y había sido informado de lo que pasaba por los mineros, repentinamente serenos— que denunciase en la gendarmería inmediatamente, sin esperar a que amaneciese, a Grössl, el culpable, a quien, aunque superficialmente, conocían todos. Los gendarmes, incluido el de guardia, estaban durmiendo, dijo el posadero, pero a fuerza de tirar piedras a la ventana de la gendarmería había conseguido que por fin lo oyeran y lo dejaran entrar en el puesto. Al principio, los gendarmes le habían recomendado que volviera *por la mañana* para hacer su denuncia, pero él había insistido en que se levantase atestado inmediatamente y en que por lo menos uno de los gendarmes lo acompañase a la posada, donde, les había dicho, se encontraba su mujer inconsciente y donde esperaban los mineros que, en su opinión, tenían que declarar sin demora. Sin embargo, cuando volvió a la posada con dos de los gendarmes había pasado demasiado tiempo, y todos los mineros, menos uno, se habían marchado ya cuando entró en el dormitorio con los gendarmes. Inmediatamente —al encontrarse de pronto ante su mujer, lleno de horribles sospechas y conjeturas, y ver a Kolig, el minero que había estado todo el tiempo con ella, al que no conocía bien, sino sólo por sus visitas irregulares a la posada, que no era considerado como del pueblo, en el sentido de persona de fiar y que hablaba, además, un dialecto de Estiria desagradablemente distinto del de la región— había pensado que no hubiera debido dejar sola a su mujer ni un segundo.

Aunque Kolig, el minero que había permanecido con la mujer del posadero, dijo, estaba tan borracho que podía tenerse en pie, pero no articular palabra, había sido interrogado inmediatamente por el más joven de los gendarmes, quien le había ordenado que se sentase en el sillón del rincón, mientras el más viejo tomaba fotos de la mujer desmayada en la cama, como si se tratase de un cadáver. Lo declarado por Kolig en su interrogatorio era realmente inservible y como, al no poder permanecer sentado, amenazaba caerse hacia adelante, el gendarme, descontento de él, lo agarró y lo sacó al pasillo a tirones y empujones.

Grössl, el fugitivo, dijo el posadero, era un hombre que, cuando llegaba a una posada, se quedaba en ella hasta que, sin remedio, entraba en conflicto con la Justicia. No sería difícil encontrarlo, habían dicho los gendarmes y, teniendo en cuenta los antecedentes penales del imputado, habían hablado de una pena de muchos años de prisión, porque la figura delictiva de las lesiones graves se había dado como consecuencia de su puñetazo en la cabeza a la mujer del posadero y del

desvanecimiento de la mujer. Apenas había mencionado el más viejo de los gendarmes las lesiones graves, todos habían caído en que había que avisar a un médico. «Entretanto habían pasado algunas horas», dijo el posadero.

Eran las cuatro y media de la mañana cuando, llegados a Gradenberg, el posadero nos hizo pasar en seguida a la alcoba, en la que estaban los dos gendarmes. Mi padre dijo a todos los hombres que salieran al pasillo. Mientras, dentro del cuarto, reconocía a la mujer —que, en el poco tiempo que pude verla, me había dado la impresión de estar ya muerta—, los dos gendarmes me hablaron en tono reprobatorio del yacente Kolig, al que calificaron de embrutecido y cada día más irresponsable hacia su familia de seis bocas. No sabían qué hacer con él: cuando mi padre salió de la alcoba lo estaban arrastrando de los hombros para apartarlo de la escalera, que obstruía a medias con sus piernas, y no volvieron a hacerle caso. La mujer estaba realmente malherida y tenía que ser llevada inmediatamente al hospital de Köflach, dijo mi padre; los gendarmes debían bajarla con cuidado y meterla en la furgoneta, en una camilla.

El cuarto del que los gendarmes sacaron a la mujer del posadero era una habitación húmeda, decorada en un marrón verdoso, llena de muebles baratos de madera y oscura hasta a plena luz del día. Mi padre me miró al pasar por mi lado siguiendo a los gendarmes, que bajaban cuidadosamente a la mujer por la escalera, y yo pensé que aquello no significaba nada bueno para la mujer del posadero.

Mientras yo me sentaba en la furgoneta junto al posadero, que conducía, mi padre lo hizo atrás, junto a la mujer echada en la camilla.

Durante todo el viaje, que acortamos pasando por Krennhof, el posadero y yo no cruzamos palabra. Por lo temprano de la hora se podía viajar bien y de prisa. Hacía tiempo que no venía por aquí, pensé, y tuve que remontarme a mi primera infancia para verme otra vez correteando a orillas del Gradner. Se me ocurrió que mi padre me llevaba rara vez con él en sus viajes y que, desde la muerte de mi madre, yo dependía sólo de mí mismo. Mi hermana —porque a ella le pasaba igual— debía de notarlo de forma mucho más dolorosa.

Muy de acuerdo con el ambiente, el posadero —a diferencia de antes, durante el viaje a Gradenberg, en que tanto había hablado— no dijo nada durante el trayecto hasta Köflach. Me hubiera resultado absurdo también dirigirle la palabra. Me parecía que, si había comprendido bien a mi padre, la mujer no soportaría el viaje, pero cuando los enfermeros del hospital la sacaron de la furgoneta no había muerto aún, aunque murió mientras estábamos en el hospital. Estaba muerta incluso antes de llegar al único cuarto —no se podía llamar sala— de operaciones existente en el hospital, y su marido lo presintió y, mientras los enfermeros la llevaban por el pasillo, le cogió la mano llorando. No le permitieron quedarse con el cadáver sino que lo acompañaron abajo, al patio, donde, totalmente abandonado a sí mismo, tuvo que esperar media hora a mi padre. Yo lo dejé solo, observándolo de forma que no notase que lo observaba. Luego llegó mi padre y paseó con él por el patio, intentando

tranquilizarlo. Le habló de las cosas que había que hacer ahora, de las formalidades del entierro, de la comisión judicial y de la denuncia contra Grössl por homicidio. Para él, el posadero, sería mejor ahora, dijo mi padre, estar acompañado y no aislarse en su dolor; en ese dolor él, mi padre, le evitaría algunos trámites necesarios, como el judicial, y en otros, como el principal de todos con respecto a su mujer, que ahora estaba en la sala de autopsias, lo acompañaría para mitigar su pena. Había comprobado en la difunta, dijo mi padre, un derrame cerebral mortal de necesidad, y a primeras horas de la mañana tendría ya el informe detallado del forense. El que él, mi padre, no hubiera sabido por el posadero lo ocurrido hasta pasadas tres horas desde el golpe fatal, dijo, carecía de importancia. No se hubiera podido salvarla. La difunta tenía treinta y dos años y mi padre la conocía desde hacía muchos. Siempre le había parecido una monstruosa falta de delicadeza por parte de los posaderos, dijo mi padre cuando nos separamos por unos momentos de quien nos acompañaba y parecía haber perdido la razón, el dejar a sus mujeres —mientras ellos mismos, en la mayoría de los casos, se iban a la cama pronto porque durante todo el día se habían afanado en sus carnicerías, sus chalaneos y su agricultura— en aquellos locales —abiertos hasta altas horas porque sólo pensaban en el negocio—, abandonadas a sí mismas y a un mundo de hombres que, con el consumo creciente de alcohol hacia la madrugada, se recataban cada vez menos en la expresión de su brutalidad. «Todas las largas veladas de las posadas acaban mal», dijo mi padre, «y, en esta región, con muertes en un porcentaje elevado». No era raro que la víctima fuese la propia mujer —ya en circunstancias normales indefensa—, obligada por el posadero de la forma más odiosa a atender a los borrachos durante la mitad de la noche o durante la noche entera, con el único fin de sacarles dinero por todos los medios y de atiborrar sus sufridos estómagos del aguardiente más barato. Al posadero le dijo mi padre, cuando lo alcanzamos otra vez, que sería fácil encontrar a Grössl. La gendarmería tenía conocimiento del homicidio, y aunque Grössl se hubiera escondido no le serviría de nada. Sin embargo, cuanto más hablaba mi padre con aquel hombre —que, precisamente porque en su trato con el ganado, con el que comerciaba, en su trato con el mundo de las posadas, que era el suyo, encarnaba la brutalidad misma, de la forma tan característica del Bundschek, y por ello resultaba conmovedor cuando lloraba y se mostraba totalmente desvalido—, tanto más absurdo le parecía indudablemente, y por eso se limitó a darle, pensé, las indicaciones más necesarias, de un modo muy sencillo y fácil de comprender, antes de que lo dejásemos otra vez abandonado a sus fuerzas.

Mi padre se dirigió a la sala de autopsias y quedó citado con sus colegas en el juzgado, mientras yo —sin dejar de observar al posadero, que se sentó en el único banco de todo el patio del hospital— me imaginaba el cadáver de su mujer en el carrillo de dos ruedas que un enfermero joven pasó empujando ante mí. El espectáculo del carrillo no me era nuevo, porque a menudo, en el camino del colegio, que pasaba junto al hospital, me había detenido en un lugar desde donde, entre dos

saúcos, se podía ver la sala de autopsias, para contemplar el carrillo que, de día y de noche, cuando no se utilizaba, permanecía junto a la entrada de la sala en un cobertizo abierto hacia el lado desde el que yo miraba. Aquel carrillo de chapa metálica había ejercido siempre una horrible fascinación sobre mí y había sido con frecuencia, en mis sueños infantiles, un espeluznante elemento escénico principal. El joven enfermero —casi en edad escolar— empujó el carrillo hacia la entrada de la sala de autopsias y oí a mi padre que venía de ella. Mi padre —pensé mientras salíamos del patio del hospital rápidamente y pegados al muro para, si era posible, no ser vistos otra vez por el infeliz posadero, que seguía sentado en su banco— nunca se comportaba en su ambiente de enfermos y hospitales —como suele achacarse a los médicos—, como si todo aquello fuese un tinglado gigantesco y un complicado negocio, sino más bien —se me ocurrió ese día— como si se tratase de una ciencia cada vez más clara. Indudablemente había muchos médicos, pensé, que, aun teniendo una mentalidad plenamente científica, no eran otra cosa que hombres de negocios y hablaban y actuaban como tales; mi padre, sin embargo, no era de éstos. Para mí, dijo, debía de ser una continua tristeza acompañarlo, y por ello vacilaba casi siempre en llevarme con él en sus visitas, porque siempre resultaba que todo lo que él veía, tocaba o atendía era enfermizo y triste; se tratase de lo que se tratase, se movía constantemente en un mundo enfermo, entre gentes y personas enfermas; incluso cuando ese mundo pretendía o simulaba estar sano, estaba en realidad enfermo, y las gentes y las personas, incluso las pretendidamente sanas, estaban enfermas siempre. Él estaba acostumbrado, dijo, pero a mí podía trastornarme e inducirme a reflexiones perjudiciales; precisamente yo, en su opinión, tendía siempre a dejarme trastornar por todo y por todos, de una forma que me hacía daño. Y lo mismo le ocurría a mi hermana, de un modo mucho más peligroso aún. No obstante, era un error, creía él, negarse a aceptar la evidencia de que *todo era enfermizo y triste* —dijo *realmente enfermizo y triste*— y, por esa razón, tarde o temprano se «sentía tentado» a llevarnos *a mí o a mi* hermana en sus visitas. «Siempre hay un riesgo», dijo. Lo que más temía él, dijo, era que alguno de nosotros, mi hermana o yo, pudiera quedar traumatizado para toda su vida por la vista de un enfermo y su enfermedad, cuando la preocupación de mi padre había sido siempre lo contrario.

Entramos en Köflach. Mi padre tenía que ir al banco y a correos, que estaban cerrados aún, de manera que me llevó a casa de un abogado amigo, con el que había estudiado en Graz y a quien yo conocía porque nos visitaba los veranos: un abogado de éxito en asuntos inmobiliarios. Mi padre esperaba que su amigo nos daría de desayunar a los dos.

Llamamos y nos abrieron, y entramos en una vivienda grande para una ciudad pequeña; aunque sin mucho gusto en los detalles, parecía cómoda a primera vista y llamaban la atención, sobre todo, los muchos asientos. Nos recibió la joven mujer del abogado y nos hizo pasar en seguida al comedor. No pasó mucho rato sin que el abogado entrase. Mi padre dijo que disponía de poco tiempo y tenía que volver

conmigo a casa. Durante el desayuno, al que habíamos llegado muy oportunamente y que era tan abundante como no recordaba otro igual, podía ver desde mi silla la calle y observar lo que en ella pasaba; hablamos del homicidio cometido por Grössl en la mujer del posadero de Gradenberg. Era horrible, dijo mi padre, ver cómo los hombres, cuando pierden las inhibiciones —especialmente en las posadas—, se acometen entre sí sin saber por qué, porque, dijo, tampoco el fugitivo Grössl sabía por qué había golpeado a la mujer del posadero; «pudiera ser», dijo mi padre, «que ni siquiera *supiese* que la había matado». Las gentes del campo que degeneran en la brutalidad y luego en una indefensión total ante su propia brutalidad, que degeneran en todo, que *tienen* que degenerar en todo, esas gentes, dijo, son hoy mayoría, lo que resulta aterrador.

En realidad, dijo, había más brutos y criminales en el campo que en la ciudad. En el campo, la brutalidad, lo mismo que la violencia, era la base de todo. La brutalidad de la ciudad no era nada comparada con la del campo y la violencia de la ciudad, nada comparada con la del campo. Los crímenes de la ciudad, los crímenes *urbanos*, no eran nada en comparación con los crímenes del campo, con los crímenes *rurales*. Los crímenes ciudadanos resultaban ridículos al lado de los del campo. El posadero, dijo, era un delincuente y un criminal nato. Todo *en él y dentro de él* era violento y criminal. Era un tratante de ganado, y lo era en todos los momentos y situaciones de su vida. «Aunque ahora esté llorando», dijo mi padre, «llora como una res. Para un posadero su mujer no es más que una res». La capturaba un día, dijo, con intención aviesa, en el inmenso rebaño de las mujeres por casar y la sometía a su voluntad. Todas esas posadas —lo mismo que todas las casas de los carniceros, de los tratantes de ganado, de los campesinos del Bundscheck— no eran más que un brutal establecimiento penitenciario femenino. Si se escuchaba con atención, dijo, podía oírse, siempre que se iba al campo y dondequiera que se fuese, a las mujeres castigadas en casa por sus maridos. A diario, dijo mi padre, encontraba casi exclusivamente personas repulsivas; al entrar en aquellas casas tropezaba con la brutalidad, con la violencia; en realidad, con su maletín de médico, se movía siempre en un mundo de criminales. Y las gentes que vivían bajo el Gleinalpe y el Koralpe y las de los valles del Kainach y el Grönitz eran típicos ejemplos de una Estiria levantada durante millares y millones de años sobre los más bajos excesos. Sin embargo, recordó su anterior visita al hijo del minero de Hüllberg y contó cómo lo habían recibido cordialmente, cómo había descansado un cuarto de hora y cómo lo habían despedido de forma igualmente cordial. No obstante, sería un error creer, dijo, que lo que había dicho sobre personas como el posadero se refería sólo a las clases pudientes; los padres de ese niño y el niño eran una excepción, «porque los pobres son doblemente brutales, malvados y criminales, dentro de sus posibilidades, de un modo mucho más espantoso aún», dijo.

Del maestro que había visitado en primer lugar no habló porque, me pareció, había muerto demasiado pronto, sin que hubiera podido ocuparse realmente de él.

Pensé que lo había olvidado ya porque, después de referirse una vez más al niño y sus quemaduras y de haber imitado su *forma de hablar*, volvió a mencionar al posadero. Nos esperaba en el hospital, dijo mi padre, y nos tenía que llevar otra vez en la furgoneta, primero a Gradenberg y luego a casa. Ahora estaría probablemente en la sala de autopsias —a la que quería haberlo acompañado mi padre, pero debía de habersele olvidado por completo— y yo pensé que en aquellos momentos le estarían dando en la sala los vestidos de su mujer muerta; y, con los vestidos de su mujer en un paquete bajo el brazo, nos estaba esperando efectivamente a la entrada del hospital cuando, después de salir de casa del abogado, hubimos pasado por correos y por el banco.

En el viaje de vuelta a Gradenberg, mi padre enumeró los enfermos que tenía que visitar ese día, y pronunció los nombres de Saurau, Ebenhöh, Fochler y Krainer. Mientras yo, sólo por lo que había vivido en relación con la muerte de la mujer del posadero, me sentía ya abatido, no pude observar en mi padre el menor signo de cansancio. Sentados los dos junto al posadero, que conducía la furgoneta con tanta tranquilidad como si no le hubiera ocurrido algo espantoso, nos imaginamos, cada uno por su cuenta, a las personas que había que visitar y, mientras el posadero se detenía en casa de un carnicero en las afueras de Krennhof y, disculpándose, desaparecía por unos minutos para cerrar un trato, mi padre dijo que aquel hombre, al que conocía desde la infancia —aquel hombre que hacía diez años era todavía un muchacho y ahora estaba cada vez más gordo y más repulsivo, tenía una inercia sexual creciente y se desplazaba sobre dos piernas torcidas— le resultaba odioso. En sus visitas a Gradenberg había encontrado a su recién fallecida mujer no menos repulsiva. La falta de hijos en personas como el posadero y la posadera de Gradenberg hacía cada vez más absurdo su matrimonio y, en fin de cuentas, lo abocaba a una bajeza perversa, en la que los dos se hubieran hundido de la forma más miserable de no haber sido separados por la violencia, es decir, por un Grössl enloquecido.

En la última parte del camino, al pasar por el arroyo de Gradner, tuvimos que esquivar un rebaño de vacas, y fue entonces cuando el posadero dijo varias veces que no podía comprender lo que había pasado. No podía creérselo.

Al llegar a Gradenberg vimos muchas personas delante de la posada, en la que poco antes había entrado la comisión judicial. Cuando bajé de la furgoneta pude ver por todas partes, a mayor o menor distancia, curiosos que miraban.

Mi padre me dijo que esperase frente a la posada y entró rápidamente para hablar con la comisión, que estaba reunida en la sala. La posada estaba llena hasta rebosar de una burocracia parloteante y en el primer piso, en una ventana abierta —la ventana del dormitorio—, descubrí al levantar la vista dos cabezas de gendarme. Me paseé por delante de la posada hasta que mi padre salió con el posadero, que nos llevó a casa. En el comedor de la posada estaban, además de Kolig, todos los mineros testigos del homicidio. Era sábado y la mina estaba cerrada. La mayoría de los

mineros no podían acordarse de lo ocurrido y todos hacían declaraciones contradictorias, pero dos de ellos habían visto a Grössl golpear a la mujer del posadero y eso bastaba. Efectivamente, dijo mi padre, aunque él no lo hubiera creído posible, Grössl seguía huido y probablemente se había escondido en los alrededores; nadie creía que pudiera escapar más lejos, aunque tenía dinero suficiente para marcharse tranquilamente al extranjero. Al llegar a casa cogimos en seguida nuestro coche. «Vamos a Stiwoll», dijo mi padre.

La carretera de Graden, hacia el Kainach, estaba cerrada, también a causa de Grössl, pero como nos conocían nos dejaron pasar. Un caso como el de Grössl era naturalmente una sensación y en todo el contorno no se habló enseguida de otra cosa; todos estaban impresionados por el homicidio de la mujer del posadero y la noticia se había difundido con rapidez por los puestos de la gendarmería, lo que pudimos notar sobre todo en Afling, donde nos detuvimos para ver a un tío mío. Mi padre llevaba medicinas para la mujer de mi tío. Entramos en la casa y dimos voces, penetramos en las habitaciones interiores y en la cocina y pudimos comprobar que en la casa, que estaba abierta, no había nadie. Mi padre dejó los medicamentos en el aparador de la cocina, escribió algo en un papel y salimos otra vez. En Afling, dijo mi padre, había estado con mi madre, un año antes de su muerte, en el entierro de un compañero de estudios, y ella había hablado insistentemente de la inminencia de su propia muerte. Aunque él, dijo, no había descubierto todavía síntoma alguno de su enfermedad mortal, ella, ya entonces —como sólo mucho después supo él— estaba *penetrada* de su enfermedad, y desde el entierro en Afling se había podido apreciar en ella un cambio que a él, como médico, le resultaba todavía totalmente inexplicable: una creciente melancolía que, cada día más, se extendió a todos nosotros. Se acordaba, dijo, de cada una de las palabras de ella, podía ver el camino que habían seguido los dos antes y después del entierro —había sido en esta época del año, a finales de septiembre—; todo lo relacionado con el entierro de Afling lo recordaba con más claridad que nunca. Precisamente en los días despejados, dijo, en que el mundo se mostraba en todas direcciones transparente como el aire y, simplemente por su serenidad, la Naturaleza era bella, el dolor de los que sobrevivían a alguien muerto hacía tiempo era doble.

Aunque los colores sean siempre los mismos —como los que ahora, a lo largo del Söding, hacían resaltar con claridad los inclinados rayos del sol y en los que reconocíamos un otoño en todo su esplendor—, la visión del reflejo de la Naturaleza en sí, como consecuencia de una intensa contemplación, nos fascina siempre.

Lo esencial de una persona, dijo mi padre, sólo se nos mostraba cuando teníamos que considerarla perdida, cuando esa persona se estaba despidiendo aún de nosotros. De pronto podía descubrirse su verdad en todo lo que, hasta entonces, había sido sólo una preparación para su *muerte definitiva*.

Durante todo el recorrido del valle del Söding mi padre habló de mi madre: cada vez pensaba más en ella cuando soñaba despierto —no durante la noche— y a

menudo eso lo tranquilizaba durante largos períodos, exteriormente dedicados a sus actividades médicas, con lo que conseguía una clara visión de los fenómenos naturales.

Ahora conocía realmente, dijo, a la que, mientras vivió a su lado, había querido sin lugar a dudas, pero nunca conocido. El ser humano sólo era capaz de estar con otro ser querido cuando éste *había muerto y se encontraba verdaderamente dentro de él*.

Después del entierro en Afling, dijo, ella le había pedido a menudo que la llevase con él en sus visitas; hoy, ese deseo no le parecía ya incomprensible. Naturalmente, ella no había podido *estudiar* el sufrimiento y el dolor del mundo, dijo, pero desde el entierro de Afling no había dejado de *contemplanlos*. En aquellos tiempos había hablado frecuentemente con ella de nosotros, sus hijos; sobre todo de la dificultad de hacer de su afecto por nosotros una educación. Ella, dijo, le había dicho con frecuencia que nosotros éramos más *hijos del paisaje que nos rodeaba* que de nuestros padres. Habiendo tenido esa idea durante toda su vida, mi madre nos había considerado —y a mi hermana aún más que a mí— como seres nacidos de la Naturaleza, por lo que siempre le habíamos sido extraños. Él, dijo mi padre, siempre había pensado en casarse de nuevo —inmediatamente después de la muerte de mi madre y, como dijo ahora, cuando veíamos ya Stiwooll, «en realidad durante el entierro mismo»—, porque los tres habíamos quedado totalmente indefensos tras la muerte de mi madre, y mi hermana y yo —ella de doce años y yo de diecisiete— nos encontrábamos en la fase más peligrosa del desarrollo; pero la idea había sido cada vez más reprimida *por nuestra madre dentro de él*.

Recordé la carta que unos días antes había escrito yo a mi padre, en la que me había esforzado por describir las desafortunadas relaciones existentes entre nosotros tres: entre él y yo, entre él y mi hermana y entre mi hermana y yo. La había escrito con la ilusión de recibir una respuesta, pero ahora comprendía claramente que nunca la recibiría.

Las preguntas que yo hacía en la carta nunca las podría responder mi padre.

Nuestras relaciones eran caóticas y difíciles en todos los aspectos, y las de él con mi hermana, y las mías con mi hermana, *las más caóticas y difíciles*.

En la carta había intentado caracterizar, con detalles en lo posible insignificantes pero —me parecía a mí— significativos, las observaciones sobre nuestras relaciones hechas por mí en los últimos años. Al hacerlo, había puesto el máximo cuidado en no herir a mi padre. *En no herir a nadie*. Como resultado de aquellas observaciones de años no me era difícil trazar un cuadro de nosotros que pudiera calificarse de exacto desde todos los ángulos. Había redactado la carta desapasionadamente y no me había permitido en ella ninguna excitación, ni la más mínima, aunque no faltaban los puntos culminantes que me había propuesto incluir, puntos que aparecían en la carta en forma de preguntas directas o indirectas como, por ejemplo, quién tenía la culpa del más reciente intento de suicidio de mi hermana o de la temprana muerte de mi

madre. Desde hacía mucho tiempo había querido escribir esa carta e incluso lo había intentado varias veces, pero siempre me habían entrado dudas, ya al comenzar, sobre la utilidad de una carta así. Siempre me había sido imposible escribirla. Cada vez me había dado cuenta enseguida de la dificultad de expresar de pronto en esa carta lo que, durante años, sólo había pensado. También frustraba mis intenciones el miedo a tener que recurrir en la carta a datos olvidados hacía tiempo, como pruebas imprescindibles para demostrar mi punto de vista. Tenía que proceder con franqueza y, por lo tanto, sin escrúpulos y, sin embargo, con consideración hacia todos los afectados, lo que había hecho durante tanto tiempo imposible la carta.

Sin embargo, el lunes pasado me había resultado de repente fácil escribir la carta: de una sola tirada, en menos de ocho páginas, expuse mi investigación, que culminaba en las preguntas sobre la posibilidad de aclarar la situación de todos nosotros, de mejorar todas nuestras relaciones. Al terminar, había estudiado la carta a fondo varias veces y no había encontrado nada que pudiera disuadirme de enviarla. Mi padre debía de haberla recibido ya el martes por la mañana. No obstante, hasta ahora no había hecho la menor alusión a ella, aunque había tenido tiempo sobrado y aunque todo en él indicaba que no sólo había recibido la carta sino que la había leído también con la máxima atención, la había estudiado y no la había olvidado.

También en Stiwoll era muy conocido mi padre, como pude ver en cuanto llegamos.

Su buena memoria le permitía dirigirse a todos por su nombre. También conocía exactamente las circunstancias de cada uno.

Cuando le parecía que yo no había comprendido bien a alguien con quien él había intercambiado un saludo o unas palabras, me lo describía.

Atravesamos con rapidez el lugar para ir a casa de un tal Bloch, propietario de una agencia inmobiliaria. Mi padre dijo que el hombre le gustaba. Casado con una mujer que, como el propio Bloch, dijo, tenía cincuenta años, el propietario de la agencia vivía voluntariamente, por afición a sus negocios, en medio de una sociedad montañesa embrutecida que, por naturaleza, le era hostil.

En Stiwoll, dijo mi padre, había también un médico, pero Bloch, desde el día en que consultó a mi padre, había librado a ese médico de la continua vergüenza a que había estado expuesto por tratar a Bloch, un judío. El padre de Bloch, dijo mi padre, había vivido ya en Stiwoll.

Entre Bloch y mi padre se había desarrollado sobre el Knobelberg y las alturas de Kaintal, a una distancia de sus buenos veinticinco kilómetros, una amistad que, como decía mi padre, «tenía su filosofía». Bloch vivía en la misma casa que su padre, asesinado por los alemanes.

Como pude ver enseguida, la casa, situada inmediatamente a la derecha de la plaza mayor, era una de las más bonitas de Stiwoll, y ya su fachada me gustó, precisamente porque estaba muy abandonada, era gris, como correspondía a su verdadera edad, y se veía maltratada aún por la última guerra; y cuando entramos en

la casa, bajo una bóveda recientemente blanqueada, tuve el convencimiento de que Bloch tenía buen gusto. Aquí solía venir, dijo mi padre, por lo menos una vez por semana, para conversar sin prisas y escuchar o exponer ideas, y aquí —aunque en vista de las circunstancias indudablemente reinantes en Stiwoll no se hubiera considerado posible— se hacían «autopsias de la Naturaleza» y también «del mundo y su historia», se cultivaban «las ciencias políticas comparadas, la historia natural aplicada y la historia de la literatura» y se era «despiadado con la sociedad y no menos despiadado con el Estado». No obstante, por lo general, dijo, en casa de Bloch predominaba la política, y se hablaba más de las personas desde el punto de vista de su sustancia política que desde el de su sustancia privada. En la biblioteca situada sobre el zaguán, dijo, uno se permitía hacer una penetración del mundo basada en el máximo esfuerzo intelectual y no se hacía ilusiones. La mayoría de las veces las artes merecían un estudio demasiado escaso, pero en atención a la mujer de Bloch, dijo, se les daba entrada en ocasiones.

Bloch estaba sentado en su despacho, que se encontraba a la derecha del zaguán, separado sólo por una pared de cristales, y dictaba a su secretaria, evidentemente excitado, un escrito dirigido, como luego nos explicó, a Rosenstingl, un agrimensor de Voitsberg, a quien yo conocía también. Mi padre llamó con los nudillos en la ventana del despacho y Bloch salió. Nos saludó amablemente y nos llevó en seguida al primer piso, a la biblioteca. Verdaderamente, nunca había visto en el campo tantos libros juntos como en la biblioteca de Bloch y, por cierto, como pude comprobar, se trataba de libros continuamente utilizados sin el menor valor del llamado bibliográfico —tan ridículamente estimado, incluso venerado, en los países de habla alemana—... si se exceptúa una edición latina de la historia mundial de Schedel, médico de Nuremberg, de la que sólo existen en el mundo algunos ejemplares.

Bloch preguntó qué era lo que traía a mi padre a Stiwoll a aquellas horas insólitas de la mañana y mi padre dijo que quería devolverle, porque los había terminado, los *Prolegomena* de Kant y la *Tesis* de Marx; sacó ambos libros de su maletín y los puso ante nosotros, sobre la mesa. Quería llevarse todas las conferencias de Nietzsche *Sobre el porvenir de nuestras escuelas* y una edición francesa de los *Pensamientos* de Pascal y la *Mixtificación* de Diderot. Tenía que visitar a una tal Ebenhöh, en el camino de Piber, dijo. Bloch no la conocía. Como no tenía otra cosa en casa, nos invitó a sendos vasos de vino: un Klöscher. Dijo que aquella mañana él, Bloch, había padecido otra vez su «espantoso» dolor de cabeza pero, mientras se ocupaba cada vez con más intensidad de su correspondencia comercial, el dolor había desaparecido. Cada vez tomaba mayores dosis del medicamento para el dolor de cabeza que mi padre le prescribía semanalmente, dijo. Hacía cuatro o cinco días que no dormía. Mi padre le advirtió que no tomase dosis excesivas del medicamento, que era perjudicial, sobre todo para el riñón.

Recientemente, dijo Bloch, había conseguido comprar un gran terreno en las proximidades de Semriach. «Me ha costado dos años», dijo. Hacía sólo ocho días era

todavía campo y ahora, gracias a su habilidad, un solar que iba a dividir en más de cien parcelas; de esa forma le podría dar salida rápidamente. «Hay que saber esperar a que el enemigo pierda la cabeza», dijo. Según Bloch, había sido su gran negocio de aquel año. Pidió un somnífero más fuerte y mi padre se lo recetó. Bloch dijo: «La gente, *naturalmente*, no me quiere»; mi padre se levantó y los dos quedaron citados para el próximo miércoles. Desde hacía dos años mi padre se veía con Bloch cada miércoles. A casa de la señora Ebenhöh fuimos a pie.

Mi padre dijo que Bloch dominaba el arte de considerar la vida como un mecanismo cuyas funciones más importantes eran fáciles de comprender, un mecanismo que, según sus necesidades, podía hacer funcionar a un ritmo más lento o más rápido, pero siempre útil y, por tanto, soportable, y se había esforzado siempre por iniciar a su familia en ese arte, que le agradaba. En el fondo, dijo, Bloch era la única persona con que podía hablar *sin que nunca le resultara penoso* y también la única en que confiaba plenamente. Se había convertido para él en un amigo, dijo, más importante que los otros amigos perdidos, los dispersos por toda aquella región hipócrita, desterrados a profundos valles sin sol, pequeñas ciudades y abúlicos pueblos y mercados, y resignados desde hacía mucho a su monótono destino de médicos, de una forma que, durante años, después de acabar sus estudios, le había dolido pero que ahora le repugnaba sólo. Todos ellos habían llegado a su apogeo al concluir sus imperfectos estudios superiores y, lanzados a un mundo que se mostraba hacia ellos desastrosamente crédulo, habían sido devorados por el más atroz embrutecimiento familiar y profesional, tanto en los hospitales como en el ejercicio privado de la medicina. La desesperada situación en que habían caído por todas partes sus compañeros de estudios horrorizaba a mi padre, dijo, aunque seguía escribiéndoles cartas esporádicas y totalmente insulsas. Diletantes de toda la vida, dijo, se habían casado demasiado pronto o demasiado tarde y habían sido aniquilados por su progresiva falta de ideas, falta de fantasía, falta de energía; en definitiva, por sus mujeres. Dijo que había encontrado a Bloch precisamente en el momento en que ya no tenía amigos, sino sólo personas con las que se carteaba, unidas a él únicamente por una juventud común y por la credulidad que el mundo mostraba hacia ellos.

A veces, dijo, se encontraba con alguno de los que, entretanto, se habían integrado plenamente en la *jerarquía sexual y vulgar*, que le hablaba sentimentalmente de compañerismo, pero sólo por casualidad, en estaciones de ferrocarril y congresos, y sentía náuseas y tenía que hacer esfuerzos para no perder la compostura. Todavía en la universidad, dijo mi padre, en los cursos clínicos obligatorios, habían hablado mucho de investigar y luchar por una sociedad básicamente enferma, de descubrimientos y esfuerzos supremos de sus cerebros y de un radicalismo intelectual despiadado en su propio perjuicio, por amor a la medicina y a una humanidad miserable, pero ahora sólo quedaban unos viajeros de comercio bien trajeados, dedicados a la estafa curativa, que se saludaban apresuradamente al encontrarse y se informaban de las afecciones de sus esposas e hijos, de las casas que se construían y

de sus obsesiones automovilísticas. En Bloch veía siempre mi padre, dijo, a alguien que, gracias a una insolencia elemental, no perdía nunca el control sobre una historia que, de año en año, se aceleraba cientos o miles de veces por lo menos.

Desde Stiwoll, rodeado de un antisemitismo que era ya sólo grotesco, entre montañeses malvados que lo despreciaban y hacían con él pequeños negocios —en cierto modo, desde un «horrible infierno privado bajo el Gleinalpe» creado por él mismo diez años antes—, Bloch contemplaba el mundo mejor que desde cualquier centro famoso. Tenía, en casi todos los países, muchos amigos que sacudían la cabeza al hablar de él y pocos parientes, y de vez en cuando decía que allí, en Stiwoll, estaba realizando estudios de imposible conclusión en favor de su pueblo.

Mi padre dijo que se alegraba ya pensando en la *Mixtificación* de Diderot, en el pequeño ensayo, tardíamente descubierto, que Bloch le había recomendado. Cada vez se aficionaba más a los escritores franceses, dijo, y se apartaba de los alemanes. En el fondo, sin embargo, nunca había tenido verdadera necesidad de literatura *a* científica, de literatura poética, dijo, y esa característica suya se iba haciendo más acusada. Para las llamadas bellas letras estaba —en la medida en que se iba haciendo una idea más clara y consecuente de las cosas— cada vez menos abierto; las consideraba como una falsificación de la Naturaleza, siempre penosa y, en general, ridícula. Los escritores mancillaban siempre la Naturaleza con sus obras, de forma más o menos diletante, «más o menos aplaudida», más o menos totalmente desenfocada con respecto a los acontecimientos.

En el corto tiempo que habíamos pasado en casa de Bloch no habría podido darme cuenta, dijo mi padre, pero, salvo algún caso totalmente excepcional, no había en la biblioteca de Bloch ningún libro de evasión. A menudo, dijo, sentía la necesidad de visitar a Bloch en Stiwoll más de una vez por semana, pero sabía muy bien que no debía abusar irreflexivamente de aquella relación.

Pensé que mi padre sentía por Bloch, el propietario de la agencia inmobiliaria, una predilección que no era fácil apreciar en él en otros casos, y que aquel afecto —posiblemente ni siquiera plenamente comprendido por Bloch— iba demasiado lejos. Sin embargo, de pronto me di cuenta de lo solo que se encontraba mi padre y de lo raro que era que se confiase a nosotros, sus hijos. Casi nunca está en casa, pensé; mi hermana está siempre sola y también él está solo.

En realidad, mi padre se reunía cada vez más con otras personas para estar cada vez más solo.

No obstante, mi padre había notado ya que yo empezaba a preocuparme por su aislamiento casi total, odiaba las observaciones que son sólo un pretexto para la compasión y dijo: «Estoy exagerando. Todo es muy distinto en el fondo. Todo es siempre muy distinto. Hacerse comprender es imposible».

Fuimos a casa de la señora Ebenhöh a través de un huerto sin cercar en el que las manzanas y las peras caídas, como pude observar inmediatamente, no habían sido recogidas. Las irregularidades del huerto eran sospechosas y sugerían gentes de ritmo

vital perturbado, y la calma del huerto era una calma febril, enfermiza. Todas las ventanas de la casa, de una sola planta, estaban abiertas y hacía bochorno; detrás de alguna de esas ventanas estará echada la señora Ebenhöh, pensé.

Me imaginé que estaría despierta, escucharía pasos en la huerta e intentaría adivinar por esos pasos quiénes venían. Exactamente como me había imaginado era el cuarto de enfermo de la señora Ebenhöh, aunque más sombrío aún. La ropa interior, que olía a la enfermedad mortal a la que se había rendido ya sin resistencia, aparecía por todos los rincones. Vi que hacía poco que alguien, que le había estado leyendo un libro, se había levantado de un gran sillón de terciopelo verde grisáceo y se había ido, probablemente al pueblo a buscar algo. ¿Una vecina? ¿Un pariente?

En esas casas, sólo habitadas por mujeres viejas y solas que, abandonadas por sus descendientes, reducen al mínimo su capacidad vital, tengo siempre la sensación de ahogarme. En un esbelto vaso de cristal, había flores en la ventana; en una jaula, un canario glotón, despiadado.

La ropa no se esconde ya; no se esconde el sufrimiento y se ha embotado el olfato; no hay razón para ocultar las lacras cuando se vive solo con ellas.

Mi padre ha entrado por la abierta puerta del cuarto y ha despertado a la mujer dormida, haciendo con su estetoscopio un ruido contra la jaula, que ha lanzado al aterrorizado pájaro contra un ángulo.

La sonrisa de las mujeres que despiertan de su sueño y saben que no tienen salvación, cuando comprueban que todavía están en un mundo de sufrimientos, está hecha sólo de espanto.

Ahora se produce un intercambio de mentiras. Mi padre habla de un verano retrasado que se extiende por toda la región, del colorido que hay por todas partes. Dice que, por primera vez en mucho tiempo, ha traído a su hijo, me ha traído a mí.

Me dirijo hacia la mujer, hacia la oscuridad, y luego vuelvo otra vez al sillón. Quito el libro y me siento. *La princesa de Clèves*, pienso, *La princesa de Clèves* en Stiwill; y hojeo el libro y pienso: ¿qué clase de mujer está echada ahí?, ¿quién fue su marido?

Mi padre dice: «Señora», y le habla del cambio de tiempo y de los seres agotados que no pueden disfrutarlo porque ha llegado demasiado tarde.

Habla de conocidos comunes en Gratwein, Übelbach, Linz y Ligist. De un director de correos de Feistritz y de la mujer de un molinero de Wolfsberg. De un espantoso choque de automóviles en la carretera de Pack.

La señora Ebenhöh dice que no tiene ya dolores, y habla de la mujer de un maestro, natural de Unzmarkt, que toca el órgano en la iglesia para sustituirla.

Sus alumnos la visitaban a diario.

Señaló los regalos que había en medio de la mesa.

Dijo que el cura la visitaba; su vecina («está en el pueblo») le leía ahora los libros que ella siempre se había negado a leer cuando su marido vivía. Pensaba a menudo en Oberwölz, dijo, donde su hermana, enferma como ella, estaba en un asilo. «Tiene que

guardar cama.» Ella, la señora Ebenhöh, se había opuesto siempre a ir a un asilo, y cuando su hijo empezaba a decir que en el de Stiwoll estaría mejor atendida que en casa, dijo, dudaba del buen corazón de su hijo. Sus nietos, dijo, venían a visitarla, siempre con los mismos trajes de fiesta sucios, y jugaban en su cuarto con periódicos atrasados.

Su marido, dijo, fue propuesto en 1948 para un cargo socialista en el Consejo Nacional pero, como mi padre sabía, había sufrido un accidente antes de la elaboración de las listas electorales definitivas.

Se acordaba de que cuatro compañeros de colegio había llevado el ataúd de su difunto marido. «Los cuatro han muerto», dijo y: «murieron en poco tiempo, uno tras otro».

Dijo que lo mismo que hacía sólo dos meses, cuando volvió del hospital a Stiwoll, todo se reducía para ella a luchar contra el insomnio, ahora tenía que luchar contra el sueño. En el huerto, dijo, no ocurría nada. No pudo dejar de hacer un reproche a su vecina: «Con frecuencia me deja sola durante muchas horas».

Mi padre apoyó el estetoscopio en el pecho de la señora Ebenhöh, por encima de la ropa, y escuchó. Luego llenó una receta. Me di cuenta de que se esforzaba por prolongar la visita, aunque hacía rato que estaba deseando marcharse.

La señora Ebenhöh dijo que, sin la música —que desde hacía tanto tiempo no podía tocar sino sólo imaginarse («¡todavía la oigo!»)—, su vida carecía de sentido. Su cuerpo le parecía casi siempre muerto ya y, al mirarse en el espejo, caía en un «horroroso estado».

Siempre, dijo, cuando todavía no pensaba que ella misma pudiera caer enferma, había querido visitar a su hermana, que ocupaba en el asilo de Oberwölz una habitación con otras seis personas de su edad, pero ahora no podría ya verla.

La pasada noche, dijo, había estado bajo la cascada de Krimml —uno de sus primeros recuerdos infantiles—, llamando una y otra vez a su madre.

De pronto se rió.

Dijo que se había casado con su marido sin conocerlo.

Tres semanas después de haberlo encontrado por primera vez en la procesión del Corpus de Köflach, en 1919 —ella procedía de Knittelfeld e, hija de un capataz de serrería, se había criado en la montaña, junto a Landschach—, su marido la había recogido, viniendo de Stiwoll —se veían por segunda vez—, la noche anterior a su boda en el pueblo.

Sobre el armario había un busto de yeso de Franz Schubert, cuya cabeza, rota por la base, había sido pegada. Bajo el busto había un montón de partituras.

En su juventud, dijo la señora Ebenhöh, había bailado y, con diecisiete años, había atravesado el Mondsee de la Alta Austria, por su parte más ancha. Durante mucho tiempo había compartido con su marido la afición por el estudio de los atlas. Había estado una vez en Roma y otra en París. Siendo los dos, su marido y ella, moderados en sus gastos, habían conseguido pronto tener su propia casa en Stiwoll, y

una herencia les había permitido, poco después de la primera guerra mundial, pagar todas sus deudas. Durante quince años, dijo, había tenido en el establecimiento penitenciario de Stein un hermano —«un criminal hermano y un hermano criminal»— al que, a espaldas de su marido, había mandado mensualmente cartas, dinero y paquetes. No dijo nada sobre el crimen de su hermano, pero mi padre sabía que había matado a su novia. Apenas salido del establecimiento penitenciario, dijo la señora Ebenhöh, su hermano había venido a Stiwoll y había vivido en su casa. Ella le había arreglado la buhardilla y su hermano se había encerrado allí desde el primer momento, sin abandonarla para nada. Tres días después de su salida de Stein, se lo había encontrado ahorcado de la cruceta de la ventana. Su entierro había sido tristísimo y ella no había tenido fuerzas para asistir. Su marido, dijo, le había reprochado siempre que hubiera acogido a su hermano. Como consecuencia del suicidio de su hermano, dijo la señora Ebenhöh, su propia casa se le había vuelto siniestra. Tenía una fotografía de su hermano, hecha el día que mató a su novia y la arrojó al Mur, más allá de Fronleiten. Me dijo que le alargara un sobre que había sobre la mesa. Me levanté y le di el sobre, que contenía la fotografía. «Un hombre apuesto», dijo. Mientras estuvimos allí, la señora Ebenhöh conservó la fotografía en la mano y, contemplando la sobrecama, describió —siempre en relación con su hermano— su infancia en Knittelfeld.

Para ella, dijo, no había sido ni por un momento una mala persona.

Mi padre debía de tener la sensación de que veía a la señora Ebenhöh por última vez, pues de otro modo, seguramente, se hubiera levantado y se hubiera ido.

La señora Ebenhöh dijo que, con los ojos cerrados, podía verlo ahora todo con mucho mayor claridad que entonces.

Pensaba, dijo, en quién heredaría sus vestidos que, todos en muy buen estado, colgaban en el armario.

Su casa, dijo, pertenecía desde hacía tiempo a su hijo, que no sabía nada.

No podía decir que no se preocupase de ella, dijo, pero la buena voluntad de su hijo se reducía a aquello a que estaba estrictamente obligado. Su nuera nunca había sentido por ella más que un odio cada vez más profundo que, con los años, había ido evolucionando desde una aversión instintiva en su primer encuentro hasta un aborrecimiento espantoso. Por culpa de su mujer, que la odiaba, su hijo no se atrevía ya a quererla. Ella, dijo, había quedado «destrozada» por los embustes de su nuera, cada vez más infames. En realidad, dijo, al faltar su marido había quedado abandonada —tras su muerte— a los malvados caprichos de su hijo y de su nuera. Su nuera la había empujado despiadadamente a las tinieblas de una soledad sin esperanzas, y su hijo se había limitado a presenciárselo. Su hijo se había casado demasiado pronto, sin ninguna madurez, con aquella mujer de Köflach, para escapar de sus padres, y con aquel matrimonio se había hundido inmediatamente. Como peón de un curtidor de pieles de Krottendorf, dijo, trabajaba hasta los domingos. Cuando venía de visita, sus ropas despedían un espantoso olor a cadáver, y lo mismo las de su

mujer y las de los nietos. Mientras estaban allí, la casa entera se llenaba de olor a cadáver, y la señora Ebenhöh dijo que, cuando todos se habían ido, tenía que dejar abiertas las ventanas durante horas para poder soportarlo. Sin embargo, los que tan mal olían no notaban ya su propio olor.

Dijo que su hijo era «gigantesco» y tenía unos brazos insólitamente largos y unas manos «rudas», pero antes había sido siempre muy bueno. Ya muy pronto había hecho desgraciados a sus padres, cuando, al empezar a hablar, se vio que siempre sería mentalmente retrasado. La verdad era que, por dos veces —en su propia escuela, dirigida por él—, su padre no había podido dejarlo pasar a la clase superior. No se había podido ni pensar en la escuela secundaria. A causa de su hijo, dijo la señora Ebenhöh, su marido había caído cada vez más en un espantoso «depresionamiento» y, abrumado por las dudas sobre sus métodos educativos, no había podido encontrar ya reposo, por no hablar de satisfacción. Un psiquiatra que consultó en Graz no había servido para nada y sólo había costado mucho dinero. Sin embargo, no habían dejado de confiar en que la triste situación que truncaba sus vidas acabaría algún día. Pero habían esperado en vano que el estado de su hijo mejorase. Si su marido no se hubiera despeñado en el Koralpe, probablemente se hubiera ido extinguiendo «lenta y miserablemente» por culpa de aquel hijo retrasado. Su hijo, dijo la señora Ebenhöh, se había lanzado sobre la hija de un feriante de Köflach como un animal que da un salto después de estar mucho tiempo inmóvil. Tuvo que casarse con ella porque le hizo un hijo enseguida.

En los primeros tiempos, dijo, la familia de ella lo había llevado a los mercados de Estiria, la Baja Austria y el Burgenland, pero luego, como la «coyuntura» no era favorable, su mujer le había buscado un trabajo en Krottendorf, en el curtido de pieles.

La señora Ebenhöh se imaginaba a menudo a su hijo desnudo hasta la cintura, dijo, en el sofocante local del curtidor de pieles, revolviendo estúpidamente las cubas con un palo, revolviéndolas durante horas, mientras su mujer «sin lavar y sin vestir», leía en la cocina, con «una bata mugrienta», el folletín del *Erzähler*. Se imaginaba la casa de sus nietos siempre sucia y maloliente. Le resultaba un misterio —ahora realmente abrumador— comprender cómo, de su unión con un hombre de tan buena familia, había podido engendrar un hijo que, cada vez más, le parecía una bestia. Remontándose en el tiempo cuanto podía sólo encontraba en ambas familias, la suya y la de su marido, «personas sensibles y decentes», entre las que su hijo parecía «un monstruo». Porque su hermano, el asesino, había sido también un hombre sensible, decente, inteligente y receptivo desde el punto de vista intelectual, y en realidad, a diferencia de su propio hijo, jamás le había resultado siniestro. Era verdad, dijo, que su hijo no había tenido nunca tropiezos con la Ley. Su buen corazón había evitado hasta entonces que cometiera cualquier delito. Sin embargo, dijo, podía comprobar cada vez más que aquella bondad lo iba abandonando para dejar paso a una sangre fría que la asustaba. Sus parientes más próximos, hablando con ordinariez por el

huerto —como podía oír ella desde su cama, acostumbrada como estaba— y, según le parecía, conchabados contra ella con abyecta bajeza, entraban en el zaguán y en su cuarto lanzándose mutuamente la palabra «abuela». Dejaban que sus hijos gateasen por el suelo y se sentaban a su lado, en la cama, y ella sentía como si se ahogase. Se hacían reproches mutuos en su presencia: su nuera llamaba a su hijo estúpido «*destripaterrones*» y él a ella «fregona». Cuando habían agotado sus reproches, esperaban el momento de marcharse, otra vez con los niños por delante, hablando entre sí con vulgaridad y dejando un olor a cadáver.

Creía, dijo la señora Ebenhöh, que su hijo vendería la casa cuando ella muriese y malgastaría rápidamente el dinero que le dieran. No podía vivir en Stiwoll, dijo. Pensar en sus muebles en manos de su hijo y de su nuera, dijo, la ponía mala: cosas valiosas como su piano, el violín de su marido, que estaba sobre el armario, los cartapacios de partituras y los libros, abandonados a sus herederos. No necesitaba visitarla para saber en qué miseria y qué abandono vivía la familia de su hijo en Krottendorf. Una vez, cuando todavía estaba ella bien, dijo, la habían invitado a ir a Krottendorf, pero se había podido evitar el horror con la excusa de que tenía la gripe; siempre había temido que lo que durante años se había imaginado se convirtiera de pronto en realidad. Desde Krottendorf, dijo, el olor a cadáver se extendía por una amplia zona; muchos días, cuando soplaban el viento del este, hasta Graz. Quien vivía en Krottendorf vivía en medio de un infierno industrial eternamente maloliente.

Su hijo, con apatía total, dijo, describía su trabajo en la curtiduría como algo que le resultaba indiferente, monótono y perjudicial para los pulmones y riñones, lo que siempre la había impresionado. Sin embargo, los médicos que cada dos meses reconocían a los trescientos trabajadores de la curtiduría no habían podido encontrar nada sospechoso en él. Después de diez años de trabajar en Krottendorf, dijo la señora Ebenhöh mirando inmóvil la colcha como si estuviese viendo Krottendorf, «después de diez años de remover las cubas en Krottendorf», los trabajadores sufrían alteraciones de pulmón y riñón: «alteraciones mortales», dijo. Su hijo, sin embargo, tenía la constitución más resistente que pudiera imaginarse. Su «gigantesco» cuerpo siempre le había resultado extraño, a ella y a su marido. Después de terminar sus estudios primarios, su hijo se había sentado en un sillón de la buhardilla en que se ahorcó el hermano de ella, mirando un día y otro ante sí, con aire estúpido y en silencio, hasta que su padre murió. Sin duda porque no había pensado en otra cosa, inmediatamente después del entierro de su padre —como ya había dicho— se marchó a Knittenfeld para casarse con la primera que encontró, con su actual mujer: «pobre loco». Seguramente, pensaba a menudo la señora Ebenhöh, si se hubiera quedado con ella hubiera podido salvarlo. Durante mucho tiempo, su hijo le había dado lástima por su estúpido desamparo, y también —o precisamente— porque había arruinado la vida de sus padres de una forma tan absurda e inocente, pero ahora no sentía ya lástima. Se había cansado de él. Ahora todo había terminado, dijo, en una aversión hacia su propio hijo, su mujer y los hijos de ambos.

Mi alcoba se ha convertido en mi cámara mortuoria, quizá pensase mientras hablaba sin cesar de su hijo; por las noches, dijo, la habitación se contraía y tenía miedo de ahogarse. Mi padre desvió su atención (y la nuestra) hacia el Tubalpe y describió los amarillos pinos de las cimas, el aire frío del otoño, los animales salvajes que pasaban como exhalaciones, muy alto, sobre las rocas y el impetuoso Lobming en lo más profundo.

Dijo que ahora llevaba con más frecuencia a su hijo, a mí, en sus visitas; yo tenía que aprender a conocer a los hombres: me sería indispensable. Vivía con sus hijos y, lo mismo que le pasaba a ella con el suyo, dijo, no podía comprenderlos. Las dificultades que todos los padres encontraban con sus hijos eran cada vez mayores y, en definitiva, insuperables siempre. Hasta hoy, dijo, no había comprendido la muerte de su mujer, mi madre. Pero todo era siempre incomprensible.

¿Quién hubiera podido pensar hacía sólo tres años, dijo, que de pronto se encontraría *solo* conmigo y con mi hermana?

«Una persona buena, de la que depende todo, desaparece de pronto», dijo.

Sabía que la enseñanza que yo recibía en la Escuela de Minas de Leoben era buena, dijo. Por mí no sentía ningún miedo; sólo por mi hermana. Propensa a todas las enfermedades, vivía encerrada en sí misma, la mayor parte del tiempo abandonada a sus propias fuerzas, con nuestra ama de llaves. Su temperamento sensible hacía que muchos días no saliese siquiera de su cuarto.

Mi padre hablaba de nosotros con mucho cariño y la señora Ebenhöh parecía escucharlo atentamente.

Necesita de vez en cuando alguien que lo escuche, pensé, y recordé a Bloch.

Sin embargo, creía él, nosotros, mi hermana y yo, estábamos siempre dispuestos a ayudarnos cuando él no estaba.

Dijo que mi interés por las ciencias naturales le agradaba. Se sentía *inquieto* por mi carácter taciturno, pero no *alarmado*, porque no se trataba de algo enfermizo sino intelectual; creía que mi cuerpo era sano. Mis amigos, por lo que él sabía, eran también de constitución sana y le gustaba verlos cuando iba a Leoben. Entonces, dijo, me llevaba a cenar al restaurante de Gärner. Sin embargo, siempre andaba con prisas y ésa era su desgracia. El que yo hubiera elegido por mí mismo mis estudios y los fuese a terminar en el plazo más breve posible, lo alegraba. Yo sacaba tan buenas notas... Era mejor que todos los demás.

Dijo que Leoben era un lugar apropiado para una escuela superior como la de minas: ni demasiado grande ni demasiado pequeño; una ciudad que ofrecía todo lo necesario, pero no lo superfluo. El clima no era tan bueno como el de nuestro pueblo, pero en general no era malo. Yo era bastante dado a disfrutar de las cosas agradables, dijo, pero al propio tiempo poco amigo de exageraciones. Eso, sobre todo, lo tranquilizaba. Le resultaba «inquietante», dijo, que yo tuviera ahora veintiún años.

Hubiera deseado que hiciera más deporte, dijo, pero sin duda yo sabía mejor lo que me convenía. En fin de cuentas, como no me negaba nada, podía *esperar* de mí

que obrase lo mejor posible y no defraudase sus esperanzas. Sin embargo, dijo, siempre costaba esfuerzo abrirse paso en la vida.

En mi hermana observaba rasgos, dijo, que también había tenido mi madre: rasgos anímicos y corporales cada vez más fuertes de su personalidad, cada día más parecida a la de nuestra madre.

En su interior —eso lo agobiaba—, mi hermana tenía siempre miedo, y su organismo era lo más delicado que pudiera imaginarse.

Los estados de ánimo de mi hermana, dijo, cambiaban con rapidez; totalmente dependiente de su sistema nervioso, ella estaba siempre en peligro.

Dijo que mi hermana se había aislado cada vez más de nosotros, se había replegado sobre sí misma, con lo que a él se le había planteado un problema que era incapaz de resolver.

Yo tengo la impresión de que ella está ya demasiado lejos de nosotros para que podamos recuperarla. Mi hermana y yo perdimos a nuestra madre en el momento en que resulta más devastador, pero para mi hermana resultó probablemente *mortal*.

Al principio, dijo mi padre, la había metido interna en un colegio, a orillas del lago Constanza. Sin embargo, había resultado la decisión más equivocada del mundo. En aquel sistema de monjas severas e implacables, mi hermana se había sumido más que nunca —y había permanecido desde entonces *incesantemente*— en su horrible melancolía, en su desesperado estado.

Desde hace un año lleva en casa una vida apática, que nos domina a todos.

En mis cartas desde Leoben siempre intento, inútilmente, acercarme a ella.

Mi padre dijo que no había que excluir la posibilidad de que la enfermedad mental de mi hermana afectase cada vez más a su organismo. Para él, ella era una «angustia constante».

En Zeitschach, dijo mi padre, había pasado una vez con mi hermana dos días en una posada. Sin embargo, durante los dos días que estuvieron en Zeitschach mi hermana no habló con él. Y lo cierto era que, en esos dos días pasados en Zeitschach, *la Naturaleza había sido muy hermosa y agradable*. Mi hermana se había levantado tarde y acostado pronto, había parecido trastornada por el lugar y sus alrededores y no había podido considerar la estancia como un descanso —como él había pensado—, sino como algo penoso.

Otra vez había bajado con ella hasta Laibach, hasta Trieste y Fiume: seis días en total para los que se había buscado un sustituto, pero no había conseguido alterar el espantoso estado de ánimo de mi hermana. Se ensombrecía a ojos vistas. Había podido observar, dijo, que el humor de mi hermana se hacía más tétrico precisamente cuando se manifestaba exteriormente. Entre personas alegres que no se complicaban la vida se sentía desgraciada. Un ambiente agradable la irritaba. Un día claro la empujaba a una melancolía más profunda aún.

Cuando venía alguna visita a casa, dijo, mi hermana se retiraba, no aparecía más y se quedaba en su cuarto hasta que la visita se había ido. Ante las diversiones

corrientes del campo se quedaba desconcertada. Tampoco tenía ninguna amiga, dijo, y a veces salía en mitad de la noche de casa y vagaba por el lugar.

Su insomnio recuerda el insomnio de mi madre.

Cuando, según lo previsto, se va para mucho tiempo, vuelve ya al día siguiente del Tirol, de Salzburgo, de Eslovenia...

Sin embargo, mi hermana, dijo mi padre, con un afecto que ella misma no acababa de comprender, sentía cariño por nosotros: por su padre, por su hermano.

Conmigo todo era más fácil, dijo mi padre; con ella todo era difícil. Hacía tanto tiempo que vivíamos juntos y no nos conocíamos.

Cada uno vive únicamente para sí, aunque estamos muy unidos.

Dijo que toda la vida no era más que un continuo esfuerzo por acercarse a los otros.

Pensé: nunca he oído a mi padre hablar tan emotivamente de nosotros.

Dijo que me veía ya terminando mis estudios y siguiendo una carrera que no lo decepcionaría.

Entonces se dio cuenta de que la señora Ebenhöh se había dormido, se puso en pie y comprobó que yo seguía allí. Le resultaba penoso que yo le hubiera oído.

Vimos en el huerto a una mujer, la vecina, que venía por la hierba con botas de goma. Se quitó las botas ante la puerta y entró. Había comprado toda clase de alimentos para la señora Ebenhöh y también una botella de vino tinto, que fue lo que puso primero sobre la mesa. Conocía a mi padre. Y él la conocía a ella. La señora Ebenhöh se despertó. ¿Habíamos oído hablar del asesinato de Gradenberg?, preguntó la vecina. Grössl seguía huido. Dijo que era el cuarto crimen del año bajo el Bundscheck, y recordó a la señora Ebenhöh el alfarero estrangulado y la maestra ahorcada —los dos de Ligist— y el peletero de Afling, muerto a tiros. Sacó el pan y la mantequilla y dijo: «Es el bochorno».

Mi padre admitió que aquella misma mañana había estado atendiendo a la asesinada mujer del posadero de Gradenberg. La mujer había muerto en Köflach, dijo.

La vecina le arregló a la señora Ebenhöh la almohada, a la que dio la vuelta, y alisó la sábana. Cuando nos despedimos, la señora Ebenhöh se había dormido de nuevo.

Al volver a nuestro coche a través de la plaza del mercado de Stiwoll hablamos de mis próximos exámenes, de las relaciones entre los estudiantes de Leoben, del aburrimiento de los estudiantes, de su cansancio de la vida. De los muchos suicidios, precisamente entre los mejores. Era extraño que precisamente los ricos tuvieran tendencia a suicidarse, que fueran los primeros en caer en el hastío, la más terrible enfermedad que puede contraerse en la vida.

Dije que la Escuela de Minas de Leoben era buena, famosa, injustamente subestimada precisamente por los que estudiaban en ella. Creo que es una de las tres mejores del mundo, dije. En Leoben, dije, todo hacía que hubiera que concentrarse

totalmente en los estudios para no volverse loco.

Yo no estaba aislado, dije; sólo buscaba cada día, con energía renovada, el aislamiento que necesitaba para trabajar. A menudo no tenía miramientos y hería a los que me rodeaban. Cuando llegaba a un punto muerto absoluto en mi capacidad de asimilación, en lo que a los estudios se refería, salía del internado, casi siempre solo, y paseaba por las orillas del Mur pensando únicamente en mis estudios, hasta que mi problema se resolvía. Sin embargo, con frecuencia iba también al Mur —el río pardo, de curso perezoso, espeso— simplemente para distraerme por completo; en la colina del norte me abandonaba a la fantasía, a mis meditaciones sobre la superficie terrestre. La estructura del suelo me resultaba cada vez nueva, refrescante desde todos los puntos de vista.

A menudo, estudiar la composición del aire y caminar muchos kilómetros hacia el nordeste, en dirección a Semmering, me proporcionaban el mayor de los placeres. Al sentir que, en fin de cuentas, era totalmente libre, dije, experimentaba —quizá— la felicidad.

Con mis conjeturas sobre la estructura del subsuelo del lugar a orillas del Mur conseguía con frecuencia una calma que me devolvía la lucidez perdida por el excesivo estudio, una inteligencia receptiva.

Dije que desde hacía tiempo me consideraba como un organismo al que, con fuerza de voluntad, podía obligar a obedecer cada vez más a menudo. Naturalmente, tenía retrocesos temporales que, sin embargo, no me desesperaban. Valía la pena esforzarse al máximo, dije, para vencer la tendencia a la desesperación. Era mejor estar espantosamente tenso que profundamente desesperado.

Había momentos en que podía comprender sin esfuerzo la labor creadora, que no era más que una formidable labor *pro* creadora. «Momentos», dije.

Cada día me construía totalmente y volvía a destruirme por completo.

Dominarse era el placer de convertirse, gracias al cerebro, en un mecanismo al que podía mandarse y que obedecía.

Dije que sólo mediante ese dominio podía ser feliz el hombre y conocer su propia naturaleza. Pero eran muy pocos los que llegaban a conocer nunca su naturaleza. El dejarse ofuscar por los sentimientos, el no hacer nada contra el oscurecimiento —normalmente continuo— del espíritu llevaba a los hombres a la desesperación. Donde la razón manda la desesperación es *imposible*, dije. «Cuando caigo en ese estado de total incompreensión, todo es desesperación en mí.» Sin embargo, en ese estado sólo caía ahora raras veces. La vida era siempre fatigosa mientras no se lograba salir de él, y el placer consistía en soportar ese estado racionalmente, dije. La mayoría de los hombres eran hombres de corazón y no de cerebro, y por eso la mayoría se entregaban a la desesperación y no a la razón. «Pero la razón a que me refiero, dije, es totalmente acientífica.»

A mi padre le había sorprendido mi repentina locuacidad. Dijo que también a él le ocurría a veces hablar de algo —o verlo simplemente, sin poder hablar de ello— que

en realidad no se planteaba nunca al ser humano, que era humanamente *imposible*.

Pasando ante la casa de Bloch, nos dirigimos en coche a Hauenstein, para visitar a un industrial más o menos loco cuyo nombre he olvidado. Desde Abraham acortamos camino por Geistthal.

Entre los estudiantes reinaba siempre cierta inquietud, dije, porque, mientras estudiaban, se encontraban en un espacio vacío entre los padres que habían dejado y el mundo al que todavía no habían llegado, y siempre tendían más a volver a sus padres que a dirigirse al mundo. En ese espacio vacío se producía con frecuencia, repentinamente, una catástrofe, cuando creían comprender que ni podrían volver a sus padres ni entrar en el mundo. En los últimos seis meses, sólo en el internado, se habían suicidado tres estudiantes. En ninguno de los tres se había podido observar hasta su muerte nada extraño en sus sentimientos o en su talante.

Yo no había pensado nunca en suicidarme, dije, pero mi padre dijo que la idea del suicidio le había sido siempre muy familiar. Ya de niño había buscado en esos pensamientos refugio de otros. Se le habían ocurrido de cuando en cuando, sólo como algo *necesario para la vida*, y los había cultivado como algo en que poder descansar, pero nunca como algo *inmanente*. Los dos pensamos entonces en lo peligroso que era que mi hermana estuviese entregada constantemente —quizá por completo— a la idea del suicidio: unas veces a la *idea* del suicidio y otras a *intentos* de suicidio. Ya de muy pequeña mostraba tendencias suicidas, y mi padre dijo que de un sentimiento concebido al principio teatralmente podía surgir luego un sentimiento natural que terminase en una catástrofe.

Veíamos, detrás de Abraham, los huertos que se extendían por las laderas. Los campesinos habían puesto al sol los abiertos barriles del mosto. Las casas son viejas. Apenas existe paisaje más desolado que el que se extiende entre Geistthal y Hauenstein.

Nos habíamos entretenido demasiado en Stiwoll, dijo mi padre. En Hauenstein llevaban esperándolo ya toda la mañana. El industrial, que se había retirado allí a un pabellón de caza, estaba dedicado a una labor literaria que lo atormentaba y, al mismo tiempo, lo distraía de sus tormentos. Mi padre dijo que lo conocía desde hacía más de dos años y que el industrial no había cumplido aún los cincuenta. El industrial, dijo, sólo estaba unido al mundo por el correo. Su hermanastra compartía con él su soledad: una soledad completa —como podría ver yo enseguida— y, para el industrial según sus propias palabras—, *ideal*. El pabellón de caza, dijo mi padre, se lo había comprado el industrial quince años antes al príncipe Saurau —a quien visitaríamos luego en su castillo de Hochgobornitz— con la intención de dedicarse a aquella labor literaria sobre un *tema plenamente filosófico* del que, sin embargo, nunca hablaba. Si hablase de él, le decía siempre el industrial a mi padre, si empezase a hablar de él, se echaría a perder inmediatamente su trabajo, ya muy adelantado, y le sería imposible comenzar otra vez. Trabajaba noche y día, dijo mi padre, escribía y destruía lo escrito, volvía a escribir y volvía a destruir lo escrito, y se acercaba a su

objetivo. Con independencia del trabajo, sólo se permitía alguna reunión muy breve con su hermanastra, en la biblioteca o en la cocina, para tratar exclusivamente de cuestiones de alimentación. Su hermanastra iba a Geistthal dos veces por semana para hacer compras, echar cartas y recoger cartas. En el pabellón de caza guardaban enormes reservas para un supuesto caso de desastre, pero no tocaban esas reservas. La hermanastra, dijo mi padre, era hija de la madre del industrial y de un chileno y, mientras nos acercábamos lentamente a Hauenstein, mi padre me habló de las relaciones existentes entre la hermanastra y el industrial. Vivían como marido y mujer; ella se retiraba inmediatamente a su habitación en cuanto había hecho entrar a mi padre en el pabellón de caza y había anunciado la visita a su hermanastro, y sólo volvía a aparecer para despedir a mi padre.

El industrial era diabético, dijo mi padre, y tenía que ponerse inyecciones cada algunas horas. Dos o tres veces al mes mi padre se cercioraba de que su enfermedad no había experimentado ningún cambio. Él, mi padre, no tenía conocimiento de que hubieran recibido en Hauenstein a nadie que no fuera él. A menudo había preguntado a gentes de los alrededores si visitaban Hauenstein otras personas, especialmente de la ciudad, pero no sabían nada. La casa daba también la impresión de estar habitada exclusivamente por el industrial y su hermanastra y de que hacía decenios que no había entrado en ella nadie más. No estaba llena de cachivaches, como suelen estarlo los pabellones de caza, sino casi completamente vacía y no había en ella sino lo más necesario. Tampoco en la habitación de la hermanastra del industrial había más que una cama, una mesa, un armario y un sillón. Ni un cuadro en las paredes: en toda la casa no había ni un solo cuadro. El industrial aborrecía los cuadros, aborrecía las imágenes. Para él, todo debía estar tan vacío como fuera posible, tan desnudo como fuera posible. Lo poco que había tenía que ser tan simple como fuera posible. La Naturaleza que rodeaba el pabellón de caza y el espeso bosque los consideraba como murallas. El cartero podía atravesar esas murallas con telegramas, pero no debía entrar en el pabellón, sino hacer notar su presencia llamando y entregar el correo a la hermanastra, delante del pabellón. Detrás de la casa había una fuente, dijo mi padre, y el agua era buena.

Estábamos ahora en un valle alto y atravesábamos bosques y más bosques.

En casa del industrial tampoco había ningún libro, dijo mi padre; intencionadamente, no tenía en casa ninguno para no irritarse. Nada irrita más que los libros, decía el industrial, cuando se quiere estar solo, cuando se *debe* estar solo.

A su hermanastra, dijo mi padre, le permitía leer periódicos, entre ellos *Le Soir* y *Aftonbladet*, *Le Monde* y *La Prensa*, pero ninguno alemán. Sin embargo, incluso los periódicos extranjeros permitidos debían ser atrasados de un mes por lo menos: *sin poder destructor, poéticos ya*.

El industrial, dijo, vestía de una forma sencilla: mi padre no lo había visto nunca más que en camisa y pantalón. Al parecer, no sólo hablaba todos los idiomas centroeuropeos, sino también todos los del oriente asiático.

Además de la mesa y el sillón, sólo toleraba en su cuarto de trabajo papel blanco, a fin de que, abandonado por completo a sí mismo, no pudiera ser distraído nunca de su trabajo. Como material para lo que escribía le bastaba la experiencia acumulada durante más de cuarenta años en las grandes ciudades del mundo y en los centros industriales y comerciales de los cinco continentes.

Sus posesiones estaban repartidas por todo el mundo, sobre todo el de habla inglesa. Desde Hauenstein, el industrial dirigía sus negocios, dedicándoles sólo una hora diaria. Una organización sumamente complicada, con más de 40.000 empleados constantemente en movimiento, era impulsada por él desde Hauenstein y funcionaba cada vez mejor.

Cuando hubiera terminado su trabajo —«quizá el resultado sea un solo pensamiento», había dicho una vez a mi padre— tenía la intención de marcharse otra vez de Hauenstein, del alto valle; de dejarlo atrás.

Para comer se contentaba con las cosas más sencillas. Largos paseos, en los que se internaba cada vez más en el bosque —en la inmensa «matemática metafísica perennemente verde», como llamaba a los bosques que rodeaban Hauenstein— le bastaban para que no se aflojasen sus músculos. En realidad, era enemigo de los paseos; sólo paseaba para no «arruinarse físicamente».

Una pequeña estufa de hierro calentaba su cuarto y otra el cuarto de su hermanastra. Era una suerte, había dicho una vez a mi padre, que fuera diabético: de esa forma, podía ver al menos en Hauenstein a otra persona además de su hermanastra; es decir, a mi padre. Mi padre, había dicho una vez, le permitía evitar «la total coherencia de Hauenstein».

Se notaba enseguida en el industrial, dijo mi padre, que rara vez hablaba y que lo que decía no era más que el rechazo de algo que le producía una enorme irritación. A mi padre aquella habitación vacía le causaba siempre, dijo, una impresión espantosa y deprimente, cuando pensaba que la persona que vivía en ella tenía que llenarla sólo con su propia fantasía, con *objetos fantásticos*, para no volverse loca.

La única ocupación del industrial, además de trabajar, pasear por el bosque y hablar con su hermanastra de cuestiones alimentarias, era el deseo que lo acometía periódicamente, cada vez con más fuerza, de disparar contra un enorme blanco de madera fijado sobre dos troncos detrás del pabellón. «Me entreno, pero no sé para qué», le había dicho a mi padre una vez. En todos los alrededores se le oía con frecuencia disparar durante horas, hasta pasada la medianoche.

Un insomnio total y un total abatimiento alternaban en él a menudo durante días, de la forma más horrible, dijo mi padre, sin que pudiera salir de ese estado.

Los días normales el industrial se levanta a las cuatro y media de la mañana y trabaja hasta la una y media, come algo y sigue trabajando hasta las siete.

A su hermanastra le permitía en Hauenstein, dijo, la «máxima» libertad. Sin embargo, seis o siete semanas después de que se mudaran a Hauenstein, había podido observar en ella signos de locura, aunque «profundamente anclada en lo clerical».

Esa locura, creía el industrial, podría curarse inmediatamente en su hermanastra cuando dejasen Hauenstein. La hermanastra, dijo mi padre, abandonada totalmente a sí misma y sometida al industrial, estaba siempre muy próxima a *matarse*. No obstante, su hermano decía que, en atención a él —por quien lo hacía todo pero a quien no comprendía en absoluto—, no se permitía ni un grito de desahogo ni una contorsión. Mi padre observaba en aquella persona, extrañamente limpia, la misma taciturnidad que podía verse en las locas de los manicomios.

«Probablemente su hermanastro le ha prohibido hablar conmigo», dijo mi padre; siempre tenía la sensación de que ella *quería* hablar con él, pero no le dejaban.

Casi siempre, dijo, iba a Hauenstein temprano, cuando visitaba a los Saurau en Hochgubernitz; el aire era entonces más puro y la vista del Rossbachalpe más hermosa.

La carretera que recorríamos, dijo, había sido construida por el industrial a sus propias expensas y le pertenecía en toda su longitud. El industrial había apostado en los bosques por todas partes, aunque no se los viera, molineros sin trabajo, peones forestales jubilados y mineros parados, en calidad de vigilantes, cuya misión era mantener alejada a cualquier persona.

Suponía, dijo mi padre, que el industrial podría pasar así algún tiempo todavía en Hauenstein; el industrial pensaba que *tendría* que pasar unos años más. Nunca había podido comprobar en él, dijo mi padre, a diferencia de en su hermana, el menor signo de locura. Sin embargo, dijo, ningún hombre podía soportar vivir en un aislamiento tan completo sin sufrir daños graves, gravísimos, en su inteligencia y en su carácter. Sabido era que había hombres que, de repente, en el momento más crítico de sus vidas, a las que consideraban desde un punto de vista filosófico, buscaban una prisión, a la que se trasladaban y en la que se consagraban entonces a un trabajo científico o a una fascinación poeticocientífica. Y que esos hombres llevaban siempre consigo a su prisión a alguien que los quería. Y que la mayoría de las veces destruían, al principio despacio, a ese ser que habían llevado consigo y luego, tarde o temprano, se destruían a sí mismos. No obstante, mi padre no pretendía incluir al industrial entre esos desgraciados, dijo; al contrario, el industrial llevaba una vida que le convenía plenamente, a diferencia de su hermanastra que, por su culpa, tenía que arrastrar una vida totalmente desgraciada.

Al principio, esas personas, como la hermanastra del industrial, dijo mi padre, se resistían a rendirse a sus opresores, pero pronto se daban cuenta de que no les servía de nada. Entonces se aferraban a ellos, porque no tenían otro remedio, con una desesperación espantosa que las destruía sistemáticamente y que mi padre calificó de «la horrible desesperación del siervo».

No obstante, como carecían de escrúpulos hasta los huesos, dijo, las personas como el industrial conseguían su objetivo, aunque ese objetivo y también los métodos para alcanzarlo —métodos que, en cualquier caso, el mundo consideraba repulsivos— fueran un enigma.

El pabellón de caza estaba efectivamente en un calvero, y se veía enseguida que era un calvero que le convenía perfectamente.

No había en el pabellón ni un solo trofeo, y no parecía en absoluto un pabellón de caza. Enseguida pensé: ¡Es una prisión! ¡Una prisión de conveniencia! Todos los postigos de las ventanas estaban cerrados y se hubiera podido pensar que el pabellón estaba deshabitado.

El cuarto de trabajo del industrial estaba en la parte de atrás, dijo mi padre. El industrial sólo se permitía siempre *un solo postigo abierto*.

Todo en el pabellón, dijo mi padre, debía servir para su concentración en el trabajo.

Salimos del coche y, como esperaban a mi padre y evidentemente nos habían oído llegar, nos abrieron enseguida. La hermanastra del industrial nos hizo pasar rápidamente al zaguán, y enseguida pensé que el pabellón de caza no debía de haber sido originalmente pabellón de caza, porque esos pabellones no tienen en nuestro país zaguán. Probablemente el edificio había sido en otro tiempo parte de alguna fortificación de los Saurau. En el zaguán no había ningún mueble, salvo una gruesa cuerda que colgaba del techo. La finalidad de aquella cuerda era para mí un misterio.

Mi padre dijo que yo era su hijo. Sin embargo, la hermanastra del industrial no me dio la mano y desapareció inmediatamente, dejándonos solos en el zaguán. Me di cuenta de que, en cuanto estuvimos dentro, cerró otra vez con cerrojo la puerta y puso una gruesa tranca. Acostumbrada a las visitas de mi padre, no se disculpó al desaparecer.

Seguí a mi padre a través de muchas habitaciones encaladas, en las que sólo las rendijas de los postigos impedían una oscuridad total. Pisábamos un suelo de alerce. Subimos al primer piso. Arriba había un largo pasillo igualmente oscuro, sistemáticamente oscurecido. Pensé en el interior de un monasterio.

Andábamos con cuidado, pero a pesar de ello hacíamos demasiado ruido, porque las habitaciones estaban vacías.

Mientras recorríamos el pasillo superior, me hubiera gustado gritar y, gritando, abrir de par en par las ventanas, pero la sensatez me impidió hacer lo que no debía.

Mi padre se detuvo ante el cuarto del industrial, golpeó en la puerta y entró solo, cuando el industrial le invitó a hacerlo. De acuerdo con lo convenido, esperé delante de la puerta.

Durante mucho tiempo no oí nada, y luego sólo palabras que, en su mayor parte, carecían de sentido para mí y que, por último, se refirieron claramente a la labor literaria del industrial. En las últimas semanas, decía el industrial, había hecho enormes progresos y pensaba que iba a hacer enormes progresos. «Aunque he destruido todo lo que había escrito hasta ahora —dijo—, he hecho, sin embargo, enormes progresos.»

Dijo que ahora se preparaba para una tarea que duraría años y que posiblemente lo destruiría. «No —dijo—, no me dejaré destruir.»

Luego habló de la marcha de sus negocios, cada vez más concentrados en países africanos. Había recibido noticias sumamente satisfactorias, dijo, de Londres y de Ciudad del Cabo. África era una región en desarrollo que se estaba convirtiendo con rapidez en el más rico de los continentes, y había que aprovecharse de ella. «La raza blanca —dijo— ha terminado en África, pero yo acabo de empezar.»

Volviendo a hablar otra vez de su labor literaria, dijo que ahora, «en estas semanas», estaba haciendo descubrimientos decisivos para su trabajo. Gracias a su aislamiento, «al vacío que me rodea», le era posible «realizar un enorme cosmos de ideas». Todo se realizaba ahora en él. Y empleaba todas sus fuerzas en dar fin a su trabajo.

Para no ser molestado más en su labor, había hecho suprimir «la última verdadera distracción» que aún tenía en Hauenstein: había hecho matar toda la caza que quedaba en los bosques, la había recogido y la había regalado «en lo posible, a gente pobre» de todo el Bundscheck.

«Ahora no oigo nada cuando abro las ventanas», dijo el industrial, «nada. Es fantástico».

Después de un largo silencio dentro de la habitación del industrial, oí que mi padre le decía que yo estaba en el pasillo. Yo había venido desde Leoben —donde, como sabía, estudiaba en la Escuela de Minas— para pasar el fin de semana, y me había traído consigo. Estaba fuera en el pasillo. Sin embargo, el industrial no quiso verme. «No», dijo, «no quiero ver a su hijo. Una persona nueva, una cara nueva, me lo destruiría todo. Compréndame, una cara nueva me lo destruye todo».

El industrial le preguntó a mi padre dónde había estado ese día; parecía como si se lo preguntase *siempre*. «En Gradenberg», dijo mi padre; «la mujer de un posadero ha muerto allí a mano de un minero llamado Grössl. Luego hemos estado en el Hüllberg. Y en Salla. Y en Köflach. En Afling, en Stiwoll», dijo. «¿Subirá ahora a visitar al príncipe Saurau?», preguntó el industrial. «Sí», dijo mi padre, «pero antes bajaré otra vez al molino Fochler».

«No», dijo de nuevo el industrial, «no quisiera recibir a su hijo, no quisiera conocerlo. Si de repente aparece alguien nuevo, puede destruírmelo todo. *Todo*. Surge una persona y lo arruina todo». Al cabo de un momento dijo: «Como todas las habitaciones de la casa están completamente vacías, no puedo tropezar con nada en la oscuridad que en ella reina». Mi padre salió. Bajamos al zaguán. La hermanastra del industrial nos despidió. También el calvero tenía algo de opresivo. «Vamos a Geistthal a comer algo», dijo mi padre. Sin decir nada atravesamos en coche el bosque, por el mismo camino por el que habíamos venido, y volvimos a Geistthal. No vimos a nadie. La idea de que en el bosque no había ya caza y de que vigilantes invisibles nos observaban me resultaba horrible. Poco antes de Geistthal vimos los primeros seres humanos. Eran las doce. Al principio habíamos tenido intención de ir al molino Fochler pasando por el Römaskögel, pero fuimos a Afling, pasando por Abraham, donde había una posada de la que mi padre sabía que era buena.

No había mesa libre y nos dijeron que pasásemos a la cocina, donde nos servirían antes. Oímos hablar del homicidio de Gradenberg, de la difunta. A Grössl seguían sin cogerlo. Habría que esperar a que el hambre lo hiciera salir de su escondite, que no podía estar lejos.

Durante la comida mi padre me habló otra vez con cariño del niño de Hüllberg, y luego de Bloch. «Todos son casos difíciles», dijo. Abrió su maletín y se dio cuenta de que había olvidado los libros que le había pedido a Bloch: el Diderot, el Nietzsche, el Pascal... Sin embargo, dijo que, de todas formas, en los próximos días no iba a tener tiempo de leer. Le preocupaba la señora Ebenhöh, el que la costumbre de visitarla tuviese que acabar, porque sólo viviría algunos días; simplemente, se apagaría. Luego empezó a hablar del maestro que había visitado antes que a nadie y que se le había muerto entre las manos. El destino de los maestros rurales, dijo, era duro; nacidos muchas veces en una ciudad en la que, por pequeña que fuera, se sentían a gusto, eran enviados por motivos disciplinarios a algún estrecho y frío valle de las montañas, predispuesto contra ellos, y llevaban una vida lastimosa, cada vez más oprimida además por normas ministeriales repulsivas, cayendo en su mayoría, en muy poco tiempo, en un embrutecimiento mortal que, en un instante, se transformaba en locura. Teniendo ya una tendencia precoz a considerar la vida sólo como un horrible castigo (¿de Dios?), al vivir constantemente en un ambiente que no los tomaba en serio, despreciados por todos, vegetaban en un clima que destruía su ya débil razón y los empujaba a aberraciones sexuales.

Para mi padre, dijo, el triste destino del maestro de Salla había sido, desde hacía mucho tiempo, tema de «absurdas» meditaciones cotidianas. Sin embargo, no quería hablar de ello, dijo; poco después, al parecer, no le importó hacerlo, porque empezó a contar que el maestro había estado por última vez hacía dos años en la escuela primaria de Obdach, donde daba clases. Por lo que mi padre sabía, las reiteradas relaciones del maestro con un *muchacho nervioso* habían sido la causa de que hubiera tenido que desaparecer en el Tirol, luego en Italia y por fin en Eslovenia. Como un salvaje había resistido el maestro entre gentes cuyo lenguaje no comprendía, viviendo la mayor parte del tiempo de pequeños latrocinios, pero luego, de pronto, había cruzado otra vez la frontera, totalmente trastornado, y se había entregado a la Justicia. Un proceso rápidamente instruido tuvo por resultado el que un tribunal de escabinos lo condenase a dos años de prisión y dos de trabajos. La pena tuvo que cumplirla en Garsten. Al salir, había vuelto (yo pienso en el hermano de la señora Ebenhöh) a casa de sus padres, que tenían en Salla una pequeña granja y lo habían cuidado con cariño. Indudablemente se podía decir, dijo mi padre, que el maestro había muerto de una afección cardíaca, del llamado «desgarro de corazón»; se podía simplificar la cosa así. «Pero no había sido así», dijo.

En el rostro del maestro moribundo mi padre había visto con claridad la acusación de un hombre contra un mundo que no había sabido comprenderlo.

Veintiséis años tenía el maestro, dijo, y su sudario lo habían tenido sus padres

colgado en el zaguán durante semanas. «Durante semanas —dijo mi padre— lo primero que veía al entrar en casa de los padres del maestro era siempre el sudario.»

El que hubiera muerto en presencia del médico, de mi padre, había sido para los padres un alivio. También ellos debían de considerar a su hijo, dijo mi padre, lo mismo que la señora Ebenhöh de Stiwoll consideraba al suyo: como un terrible castigo (¿de Dios?).

Durante la comida, mi padre dijo además lo siguiente sobre el maestro muerto: de niño había ido con su abuela a coger zarzamoras a un bosque intrincado, y los dos se habían perdido por completo. Habían buscado y rebuscado la salida del bosque sin encontrarla. De repente se había hecho de noche, y habían seguido sin encontrar la salida. Por último, los dos, abuela y nieto, se habían acurrucado en una hondonada y habían pasado la noche así, estrechamente abrazados. Al día siguiente tampoco pudieron salir del bosque. Y otra vez pasaron la noche en una hondonada. Sólo en la tarde del segundo día habían encontrado de pronto una salida del bosque, aunque en dirección totalmente opuesta a la de su Salla natal. Completamente agotados, habían conseguido llegar a la vivienda más próxima, un caserío.

Aquella experiencia, que había influido en el rápido fallecimiento de la abuela, había echado a perder al nieto, que no había cumplido aún seis años, para toda la vida.

Mi padre dijo que de catástrofes ocurridas a un hombre más tarde se podía deducir la existencia de daños tempranos, a veces muy tempranos, en su cuerpo y en su alma. Sin embargo, la medicina actual seguía aprovechando demasiado poco esos conocimientos.

«La mayoría de los médicos siguen sin investigar hoy los motivos —dijo mi padre—, y se limitan a los esquemas de tratamiento más rudimentarios.» «Farsantes recetadores», dijo, rehusaban ocuparse del estudio del alma de aquellos que, siguiendo una tradición funesta, se confiaban *totalmente* a ellos en su desvalimiento. «Vagos y cobardes» eran los médicos, dijo mi padre, y confiarse a ellos significaba confiarse *al azar y la insensibilidad total; a una pseudociencia*. La mayoría de los médicos eran hoy «trabajadores *no calificados* de la medicina» y «los mayores mixtificadores». Nada le resultaba más siniestro a él, mi padre, que estar entre sus colegas. «No hay nada más siniestro que la medicina», dijo.

Según mi padre, en los últimos meses de su vida el maestro había logrado un «asombroso dominio del dibujo a pluma». Lo diabólico, que aparecía cada vez con más fuerza en sus dibujos, había impresionado a sus padres. Con líneas delicadas, el maestro dibujaba un mundo «que era un mundo autodestructivo» y que los atemorizaba más cuanto más «les dibujaba»: pájaros despedazados, lenguas humanas desgarradas, manos de ocho dedos, cabezas abiertas, extremidades, pies, manos, órganos sexuales arrancados de cuerpos invisibles, personas que se ahogaban al andar, etc. Bajo la piel del maestro había ido apareciendo cada vez más la armazón ósea de su calavera, que él dibujaba a menudo, cientos y miles de veces. Cuando el

maestro hablaba se podía apreciar con mayor claridad todo el infortunio de su construcción interna. Mi padre dijo que una vez había pensado en coger los dibujos del maestro y enseñárselos al propietario de una galería de Graz, conocido suyo. «Se podría hacer con ellos una excelente exposición», dijo. No conocía a nadie que dibujase como el fallecido maestro. Su surrealismo era totalmente nuevo y no se debía en absoluto a que dibujase nada surreal, pues en aquellas hojas, dijo, sólo aparecía la verdad. «El mundo es totalmente surrealista», dijo mi padre. «La Naturaleza es surrealista, *todo* es surrealista», dijo. Sin embargo, pensaba que el arte que se exhibe, precisamente por exhibirse, se destruye, y había renunciado a la idea de hacer algo con los dibujos del maestro. No obstante, como temía que los padres del difunto maestro tirasen, quemasen, etc., los dibujos —«¡miles de dibujos!»— porque no sabían que eran buenos y porque les seguían asustando, angustiando y trastornando, quería llevárselos («un día me los llevaré todos tranquilamente», dijo). No dudaba de que se los darían.

Indudablemente, dijo, los padres del maestro habían tenido que pensar siempre en los últimos tiempos, al mirar a su hijo enfermo, en su desgraciada predisposición. Era terrible que —mientras viviera— no se pudiera mirar a una persona, de la que se sabía que tenía una desviación o algo antinatural en sí, o que había cometido un delito, más que en relación con esa desviación, ese algo antinatural o ese delito.

Desde la cama, el maestro había podido contemplar a un lado el Bundscheck y al otro el Wölkerkogel. «Toda esa horrible Naturaleza puede reconocerse en sus dibujos», dijo mi padre.

Sus padres decían que, en los últimos tiempos, el maestro no hablaba ya y se limitaba a contemplar la Naturaleza desde su ventana. «Veía una Naturaleza muy distinta de la que ellos veían», dijo mi padre, «muy distinta de la que vemos *nosotros* cuando la contemplamos». También había dibujado una Naturaleza completamente distinta: «todo totalmente distinto».

No llevábamos mucho tiempo solos en nuestra mesa cuando un hombre de edad avanzada, al parecer, el padre del posadero, se sentó con nosotros. Nos preguntó una y otra vez si sabíamos algo más que él del crimen de Gradenberg. No nos dejó comer en paz.

Cuando se bajaba hacia el molino Fochler, el valle se iba estrechando de una forma siniestra incluso *para él*, dijo mi padre. Recordé que el molino Fochler estaba en lo hondo de un oscuro barranco; inmediatamente detrás se encontraba la subida al castillo de los Saurau.

Pagamos y nos fuimos. En el gran comedor estaban dando de comer en aquel momento a un grupo de escolares: les servían una sopa caliente y les recomendaban que no hicieran ruido. ¡En qué seres más horribles se convertirán esas inconscientes criaturas!, pensé mientras salíamos de la posada.

El molino Fochler está en el municipio de Rachau, pero desde Rachau sólo se puede llegar a él dando un rodeo de unos sesenta kilómetros, lo que quiere decir que

el molino se encuentra totalmente aislado, inmediatamente debajo del castillo de los Saurau que, sin embargo, no puede verse desde el molino.

Desde Afling nos dirigimos directamente al barranco.

Cuando se hizo de noche tuve que pensar en mi hermana, que tenía aún un esparadrupo en la muñeca.

El tiempo que yo pasaba en casa cuando venía de Leoben —un fin de semana escaso— era demasiado corto, dijo mi padre. No nos daba tiempo a *desahogarnos*. Él no, pero yo quizá sí, dijo, ejercía una influencia benéfica en mi hermana. De forma totalmente independiente, los dos habíamos acabado pensando en mi hermana.

Él la observaba cuando ella se creía inobservada, dijo mi padre; cuando, en el jardín, siempre pensativa y en el mismo lugar, contemplaba la pared del cobertizo sin moverse. Si la llamaba, se sobresaltaba y se iba a su habitación sin decir palabra. En la consulta no le era de ninguna utilidad. Su rechazo de todo lo que tenía que ver con los médicos no podía ser mayor. En ese rechazo se mostraba de la forma más clara su desvalimiento.

Con frecuencia pensaba, dijo, que precisamente en su hija su arte revelaba, de la forma más horrible, que se había quedado atascado en malsanas conjeturas. A veces llevaba a mi hermana a casa de algún pariente, pero ella no se sentía bien en compañía.

Le mostré a mi padre un rebaño de ovejas que se pudo ver fugazmente allí arriba, sobre el espliego, encima del barranco, junto a la divisoria de aguas.

Mientras nos adentrábamos cada vez más profundamente en el barranco, me pareció que cientos y miles de imágenes se agolpaban en mi memoria y ya no vi nada.

Una vez por semana, dijo mi padre, tenía que quitarle al molinero la venda de una pierna ulcerada, limpiar el pus que entretanto se había formado y ponerle una venda limpia. A mí quizá me divertiría, dijo, mientras él estaba con el molinero, mirar la gran jaula que había detrás del molino, llena de pájaros exóticos. Sólo entonces, cuando mencionó la jaula, supe qué molino era el de los Fochler. Un cortejo fúnebre había salido una vez del barranco, pasando junto al molino Fochler, creo, y viniendo probablemente del castillo de los Saurau; los pájaros, continuamente irritados por el murmullo de las oraciones, se habían precipitado una y otra vez contra los barrotes de la jaula, lanzando sus gritos al paso del cortejo.

Había sido también un sábado. Pensé que la mayoría de los entierros eran en sábado: los bautizos, bodas y entierros eran casi siempre en sábado. ¡Qué distinto era el ambiente, sin embargo, cuando llegamos al molino! Dos trabajadores jóvenes («los hijos», dijo mi padre) se ocupaban de cargar sacos de harina en un carro. Las turbinas hacían tanto ruido que no podíamos entender nuestras propias palabras y tampoco pude entender lo que dijo mi padre antes de entrar en el molino.

Los postigos de las ventanas eran de hierro, negros. No había flores.

Sobre la puerta de entrada podían reconocerse aún las armas de los Saurau. Toda

esta región perteneció en otro tiempo a los Saurau, pienso. Los castillos como el de Hochgobornitz tenían siempre muchos molinos, y fábricas de cerveza y aserraderos.

Sobre el extremo del barranco, en el punto más alto, estaba Hochgobornitz, había dicho mi padre, pero yo no podía verlo.

Los que acarreaban sacos de harina y los iban cargando en el carro no nos habían visto llegar, no nos habían oído llegar.

El agua del río hacía tanto ruido que en todo el barranco no podía oírse nada más.

Sobre el carro estaba un tercer trabajador, más joven que los otros; se parecía a los jóvenes turcos que trabajan ahora en nuestro país y, de hecho, aquel muchacho era turco. Cogía los sacos de las espaldas de los dos hijos del molinero y los colocaba regularmente, perpendiculares, sobre el carro. Tenía mi edad, pero no era suficientemente fuerte para hacer el pesado trabajo del molino, que hoy, en el barranco, se realiza exactamente igual que hace siglos. Sin embargo, el molino obtiene su propia electricidad del río. Adosada al molino y a medias sobre el río hay una central eléctrica.

Pensé que, probablemente, el turco llevaba sólo algunos días en el barranco. Los hijos del molinero le tomarían el pelo la mayor parte del tiempo, pensé, y me dio pena. En la actualidad, los turcos son en nuestro país la mano de obra más barata, y sólo a uno de ellos podían haber contratado en el barranco. Los turcos hacen los trabajos más duros y todo les parece bien. Este lo pasaría muy mal con ellos, pensé, y si no se libraba y se marchaba enseguida de allí, sería víctima de sus caprichos durante años. No daban la sensación de que hicieran lo más mínimo por aligerar su trabajo. Sin embargo, sólo te *imaginas* que *tú* eres el turco y lo que *tú* sientes, pensé. Inmediatamente relacioné al turco con los muchos hombres en cuyo campo de fuerzas tenía que vivir, como siempre hago por desgracia: nunca veo *al* hombre que estoy viendo, sino todo lo que, posiblemente, se relaciona con él. Eso dificulta siempre mi apreciación de las personas. De la misma forma, tengo que verlo siempre todo en relación *con todo lo posible*; *tengo* que hacerlo así. Qué miserable debía de haber sido la vida del turco en su país para que, tan joven, hubiese ido a parar a aquel barranco de la Europa central, pensé. El barranco era para él una horrible estafa.

Sin embargo, probablemente todo lo que pienso es muy distinto *de* como yo lo pienso, pensé y, sin que los tres trabajadores notasen mi presencia, me dirigí a la parte trasera del molino, donde se suponía que estaba la enorme jaula de los pájaros.

La jaula de los pájaros era en realidad mucho mayor aún de lo que yo la recordaba. No obstante, estaba completamente abandonada y no quedaban en ella ni la mitad de los pájaros que había visto la primera vez. ¿Quizá se le han muerto al criador?, pensé. Los pocos que quedaban en la jaula, medio centenar quizá, se habían precipitado contra la pared trasera, asustados por mi aparición. No tenían nada de comer y tenían sed. La cubeta de agua que había junto al muro estaba vacía. Todo en la jaula indicaba que la persona que había cuidado los pájaros no vivía ya. Dos papagayos chillaban al unísono, siempre lo mismo. No conseguí averiguar *qué*

chillaban. Descubrí que delante de la jaula había una manguera conectada a la fuente y llené la tina de agua. Inmediatamente, todos los pájaros se precipitaron sobre el agua. Sin embargo, todo en ellos era hostil. ¿Qué clase de hostilidad?, pensé. También su plumaje era hostil, sus colores que la nerviosidad cambiaba continuamente. Algún loco debía de haber iniciado la cría de pájaros y se habría arruinado con ella. Por un momento tuve la sensación de que había alguien detrás de mí y me volví, pero no había nadie. Me aparté rápidamente de los pájaros y fui a la parte delantera del molino, donde los tres jóvenes —el turco no era todavía un hombre— habían terminado de cargar los sacos. El turco saltaba en aquel momento del carro; sorprendido por mí, se quedó un momento junto al muro, me miró inquisitivamente y luego, con la velocidad del rayo, penetró en el molino.

Quería apartarme del molino y anduve un trecho por la orilla del río, junto al agua ensordecedora que, despiadadamente, brotaba del barranco para precipitarse en el molino. Sin embargo, me dije que mi humor melancólico sólo se acentuaría si me adentraba más en el barranco, y volví sobre mis pasos.

¿Acaso no estaba siempre de buen humor y me sentía incluso feliz en cualquier molino?, pensé. Mientras contemplaba el molino, vi el entierro que había pasado junto a él hacía siete u ocho años, uno de los más pomposos entierros.

Pensé que en aquel barranco me ahogaría en muy poco tiempo y que en aquel barranco podía ocurrírsele a uno muy bien la idea de criar pájaros exóticos.

Entonces sentí la necesidad de estar con mi padre.

Mientras iba hacia el molino, pensé que todavía hoy se relaciona a los molinos con monederos falsos y asesinatos cometidos hace más de cien años. Aquí podían concebirse y cometerse con tranquilidad los más horribles crímenes, pensé, y los dos hijos del molinero —lo mismo que, de pronto, el joven turco— me resultaron siniestros. ¿A qué clase de crimen podrían inducir los Fochler al joven turco en el barranco de los Fochler?

Después de haber estudiado las armas de los Saurau en la puerta, había entrado deprisa en el zaguán y, para orientarme por las voces que oía en la casa, me había detenido ante la escalera de la derecha, cuando uno de los dos hijos del molinero me llamó de repente desde atrás. Que lo acompañara, dijo, y salí otra vez al zaguán.

El barranco estaba ahora más sombrío que antes; el ambiente que reinaba en él era el que precede a una horrible tormenta. En ese ambiente tormentoso viven estos hombres continuamente, pensé, y seguí al hijo menor del molinero hasta una dependencia; por una tabla podrida, en la que tenía miedo de perder el equilibrio, atravesé el río demasiado aprisa, detrás del hijo del molinero. En la dependencia no vi nada al principio. Luego, sin embargo, cuando me hube acostumbrado a la penumbra y al extraño olor —un olor a *carne*—, vi sobre una larga tabla, colocada sobre dos caballetes, un montón de pájaros muertos que, como me di cuenta enseguida, procedían de la jaula: eran pájaros exóticos hermosísimos. Sus colores me impresionaron. Realmente, aquellos pájaros muertos eran los ejemplares más

hermosos de la jaula, y me volví hacia el hijo del molinero con gesto interrogante.

Los tres, dijo —él, su hermano y el joven turco nuevo, que sólo llevaba unos días trabajando en el molino—, habían capturado dentro de la jaula, muy temprano —incluso antes de salir el sol (sin embargo, pensé, una salida de sol es inconcebible en el barranco)—, la mitad de los pájaros —los más hermosos primero— y, en lo posible sin estropear su valioso plumaje, los habían matado. ¿Cómo? Daban varias vueltas al cuello del pájaro en torno al dedo índice, con gran velocidad, y los descabezaban. Conté cuarenta y dos pájaros en total. Al terminar la jornada matarían también a los que aún quedaban en la jaula, dijo el hijo del molinero, y añadió que el hermano de su padre había «criado» los pájaros desde hacía unos veinte años y que había vivido sólo *por amor a los pájaros*. Había muerto hacía tres semanas y, desde entonces, los pájaros habían iniciado un espantoso griterío que los había vuelto a ellos medio locos. Al principio habían creído que el griterío de los pájaros por la muerte de su protector cedería o cesaría por completo al cabo de algún tiempo, pero se habían equivocado: el griterío se había hecho cada vez más insoportable. Había que tener en cuenta, dijo, que un griterío así en el barranco se multiplicaba por cien. A un «griterío tan horrible» no podía acostumbrarse nadie, ni tampoco se podía pedir que nadie lo *soportase*, y por eso su padre, el molinero, les había dado permiso ayer para matar a los pájaros, para hacerlos callar. Habían pensado mucho en *cómo* debían matarlos y entonces se les había ocurrido la idea de no *cortarles* la cabeza como a los pollos, sino matarlos sin causarles ningún daño exterior. De esa forma no tendrían que separarse de los pájaros, dijo el hijo del molinero. Todos se habían acostumbrado a aquellos pájaros maravillosos, aunque no estaban chiflados por ellos, como su tío. Tenían la intención de prepararlos y disecarlos por sí mismos, y de llenar con ellos un cuarto entero: el cuarto del fallecido hermano del molinero; él, dijo el hijo del molinero, había tenido la idea de instalar un museo de pájaros en el molino Fochler. No había sido fácil acercarse a los pájaros. Cuando empezaron a coger y matar los primeros, el griterío, naturalmente, había aumentado, pero poco a poco se había ido acallando. Cuando habían matado los últimos, los restantes estaban mudos. Ahora me explicaba yo por qué se habían asustado tanto los pájaros cuando me acerqué a la jaula; desde el primer momento había pensado que todos ellos reaccionaban de una forma *antinatural*. Por culpa de los pájaros de la jaula, todos ellos, dijo el hijo del molinero, tenían el rostro arañado. Ahora, como ya tenían experiencia, dijo, podrían matar a los restantes al atardecer, de una forma mucho más rápida y sencilla, y a la noche disfrutarían de una *calma total*... Al principio, su padre había pensado vender los pájaros vivos a algún coleccionista, pero encontrar a ese coleccionista les hubiese costado demasiado tiempo y, entretanto, se hubieran vuelto locos probablemente. Era difícil encontrar algún preparador, y por eso iban a disecar los pájaros por sí mismos, en sus ratos libres. Su tío, dijo el hijo del molinero, sólo había pensado en los pájaros. Había gran cantidad de anotaciones hechas por él sobre sus pájaros («*a todos nos gusta tomar notas*», dijo el hijo del molinero), indudablemente útiles para algún

ornitólogo. El hijo del molinero cogió algunos pájaros y los levantó, para que pudiéramos verlos bien, describiendo sus peculiaridades. Pensé que aquel muchacho entendía también mucho de pájaros exóticos. Posiblemente todos se habían interesado por los pájaros en el molino Fochler. Él podía nombrarlos a todos: unos, dijo, venían de Asia, otros de América, otros de países africanos. La mayoría eran *pájaros insulares* del Asia oriental y ni uno solo procedía de Europa. El hermano del molinero había pasado con frecuencia horas en la jaula, sin que ningún pájaro lo hubiera atacado jamás. Todos tenían nombres como Kalahari, Malemba, Mitwaba, Tsching-tou, Koejijang, Amoy, Druro, Drirari, Cochabamba, Carrizal, etc. En los libros de pájaros que se amontonaban a centenares en el cuarto de su difunto tío, dijo, había aprendido las cosas más curiosas sobre todos los pájaros. Sin embargo, yo no podía aguantar más en aquella dependencia en que, como amortajados, yacían los pájaros muertos sobre la tabla —sobre todo porque el olor de los cadáveres de los pájaros no me permitía seguir allí por más tiempo—, y salí afuera. Desvié la atención del hijo del molinero y la mía propia de los pájaros muertos, comenzando a hablar de la vida en el barranco. ¿Conocía al príncipe Saurau?, le pregunté. *Sí, naturalmente*. Muchas veces, el príncipe bajaba inesperadamente al barranco, entraba en el molino, se sentaba y contaba «cosas increíbles». Siempre venía a pie. Cuando había alguna fiesta en el castillo, se oía en el barranco la fiesta: las risas y la música, los gritos de los borrachos. Sin embargo, en los últimos tiempos no se habían celebrado fiestas en Hochgubernitz, dijo el hijo del molinero. El príncipe se aislaba cada vez más. El molino, dijo, lo habían recibido como regalo de un Saurau, muerto el pasado siglo, que una noche, en el castillo, había apostado que regalaría al instante el molino si, al día siguiente, no lograba cazar determinado ciervo de doce cuernos. *No* había podido cazar el ciervo y, *al instante*, había regalado el molino a los Fochler, que trabajaban en él desde hacía siglos. «Lo que un Saurau promete lo cumple», dijo el hijo del molinero. El príncipe era «tan loco como rico», dijo mi padre que, mientras yo estaba otra vez con el hijo del molinero ante la casa, salió de ella. El hijo del molinero se rió. Mientras lo veía reír así, me di cuenta de que hacía con las manos movimientos seudogeométricos: los mismos que empleaba para matar a los pájaros.

Penetramos en coche en el barranco. Al final de él, «donde era más sombrío», dejaríamos el coche y subiríamos a pie al castillo, dijo mi padre. Es decir, por la pared rocosa de la izquierda: un camino peligroso, dijo, pero él estaba acostumbrado y yo era joven y suficientemente ágil para poder seguirlo sin miedo. El príncipe esperaba a mi padre en sábados alternos. Desde el castillo, dijo mi padre, se podía contemplar todo aquel bello país y orientarse como desde ningún otro punto de Estiria. Desde Hochgubernitz se podían ver todas las regiones limítrofes y, hacia el sudeste, Hungría. Por el otro lado, en el costado opuesto al barranco, una buena carretera conducía al castillo, pero llegar hasta ella significaba un rodeo de más de ochenta kilómetros por Planhütte.

Hablamos, mientras nos acercábamos al extremo del barranco, del molino

Fochler. Mi padre describió al molinero como un pesado sexagenario que se estaba *podriendo* bajo su piel, echado siempre en un viejo sofá y sin poder andar ya; su mujer, cuya halitosis indicaba un avanzado proceso de descomposición de los lóbulos pulmonares, tenía hidropesía en los pies. Un perro lobo viejo y gordo iba del uno al otro: del sofá de él al sofá de ella y de nuevo al de él. Si no hubieran esparcido por todos los cuartos manzanas frescas, dijo mi padre, no se hubiera podido aguantar el olor de los dos viejos y el perro lobo. La pierna derecha del molinero, dijo, se estaba pudriendo más rápidamente que la izquierda; el molinero no podría levantarse ya. «Cuando algún entierro atraviesa el barranco», dijo mi padre, «resulta siniestro». Así pues, también él había visto algún cortejo fúnebre en el barranco. La molinera sólo podía tenerse sobre las piernas por períodos muy breves, dijo mi padre, de manera que los dos viejos yacían casi siempre frente a frente, en su cuarto común, y se ocupaban del perro. Como éste no salía nunca del cuarto, resultaba *peligroso* en su trastorno. Uno de los dos, la mujer o el marido, tenía que sujetarlo siempre cuando mi padre entraba en el cuarto. En las últimas semanas, a causa del griterío de los pájaros, el perro había corrido «como loco» entre los dos viejos.

Gracias a la muerte de los pájaros, los molineros confiaban en que el perro se tranquilizaría para, de esa forma, tranquilizarse ellos. El molinero le había dicho a mi padre que había dado la orden de matar a los pájaros teniendo en cuenta, principalmente, el estado del perro. Los dos, el molinero y su mujer, sostenían alternativamente la correa del perro en la mano, de día y de noche. A causa de su enfermedad, estaban confinados desde hacía meses en su habitación y perdían cada vez más el control sobre sus hijos. A uno de ellos, el mayor, lo describía el molinero siempre como propenso a la violencia: había pegado a menudo a su madre, los había amenazado de muerte a los dos y, una vez, había atacado a su padre con una azada, hiriéndolo gravemente. El que me había enseñado los pájaros muertos en la dependencia era un débil, totalmente sometido a su hermano mayor. Todos los del molino Fochler eran *débiles* mentales, dijo mi padre, no *enfermos* mentales.

Una hermana de la mujer del molinero se ocupaba de momento de la casa, y estaba entonces en Knittenfeld. En el establo había cuatro vacas, dijo; no comprendo de qué viven porque allí sólo hay bosque.

Dije que el «hijo débil» me había enseñado los pájaros muertos de la dependencia. Era curioso, dije, que hubiéramos ido al molino Fochler precisamente el día en que habían matado —en que iban a matar— todos los pájaros.

Durante todo el tiempo, *siempre*, dije, había recordado el cortejo fúnebre que vi en mi anterior visita al molino. Hasta los Fochler habían hablado del homicidio —ellos decían siempre «asesinato»— de Gradenberg. Mi padre, sin embargo, había evitado intencionadamente decir que estaba enterado del caso.

Un notario de Köflach quería comprarles el molino, dijo mi padre —de eso habían hablado los molineros—: quería convertirlo en lugar de veraneo (!), pero los del molino no tenían ninguna intención de venderlo.

Era una buena fuente de agua la del molino, dijo mi padre, y añadió: «En la habitación del viejo Fochler hay un óleo». Mi padre le atribuía trescientos cincuenta o cuatrocientos años. No era un cuadro religioso, al contrario: representaba a dos hombres desnudos, de pie, que se daban la espalda, con las cabezas «totalmente vueltas», «rostro con rostro». Admiraba el cuadro desde hacía tiempo y siempre lo había relacionado con las ideas más diversas y de carácter «más bien horrible». «Si se descolgase de esa pared, de la que cuelga sin duda desde hace cientos de años», dijo mi padre, «se sacase de ese espantoso cuarto y se colocase en una pared blanca, se vería toda su belleza». Luego me explicó que el cuadro era feísimo y, al mismo tiempo, hermosísimo. «Es hermoso porque es verdad», dijo mi padre.

En muchos hogares de Estiria, dijo, precisamente donde más oscuridad había, como en el barranco, se habían podido descubrir y sacar a la luz, todavía recientemente, obras de arte valiosísimas. Acometidos a mediados de siglo por una terrible obsesión por las antigüedades, los habitantes de las grandes ciudades habían saqueado sistemáticamente el país en los últimos años, en lo que a sus tesoros artísticos se refería, dejando a cambio su propia vacuidad proletaria.

El barranco se estrecha más aún. En las orillas del río, los pinos sustituyen a los abetos. Tenía que haber truchas, dijo mi padre. Si no hubiéramos tenido tanta prisa — antes de visitar al príncipe quería ver aún a los hijos de Krainer, que vivían en una dependencia de la servidumbre, de una sola planta, inmediatamente debajo del castillo—, se hubiera detenido, hubiera bajado y hubiera buscado truchas en el río.

Me horrorizaba la idea de que allí vivieran seres humanos, allí donde estaba el molino Fochler. ¡Y *qué* seres humanos! Los pájaros muertos, dije, despedían todos un extraño olor a putrefacción. Algunas personas, como las del molino, dije, se veían obligadas a pasarse la vida en una soledad como la que reinaba —del modo más espantoso— en el barranco: no tenían otro remedio, estaban atadas a su casa, a una mezquina fuente de ingresos, a un río como el que, ahora, recorríamos hacia sus fuentes; otras, como el industrial, se refugiaban libremente en un aislamiento como el de Hauenstein, con toda deliberación. Sin embargo, después de haber dicho «libremente», pensé que nadie hacía nada libremente, que el libre albedrío era un absurdo y le dije a mi padre: «Naturalmente, tampoco el industrial ha ido a Hauenstein *libremente*», y el mundo me pareció de repente realmente siniestro; nunca me había parecido tan siniestro como entonces, mientras seguíamos adentrándonos en el barranco. Pronto no pudimos ver casi nada, pero mi padre conocía el camino desde hacía años. La Naturaleza, cuanto más pura e imperturbada está —como aquí, en el barranco—, tanto más siniestra resulta.

¿Había notado mi padre, le pregunté, que el turco daba la impresión de estar completamente asustado? Lo habían instalado en la gran habitación del difunto criador de pájaros, dije, pero en medio de la noche había salido y se había acostado alternativamente en las camas de los hijos del molinero, rogándoles que no lo echaran. Dejarían que el turco durmiese algunos días en sus camas, me había dicho el

que me había mostrado los pájaros muertos de la dependencia, hasta que se hubiera *acostumbrado* al barranco. No podían acordarse del nombre del turco, dije —ni podía acordarme yo tampoco—, y por eso lo llamaban simplemente «turco». Los hijos del molinero sabían sólo que el turco tenía en casa siete hermanas y unos padres a los que escribía de vez en cuando, porque, si no, ¿para qué había comprado tanto papel de escribir antes de ser contratado por el mayor de los hijos, que se lo había quitado a una empresa constructora de Knittenfeld? No habían podido hacerle comprender por qué mataban a los pájaros aquella madrugada. *Ellos* no lo comprendían a él, porque no sabían una palabra de turco, y *él* no los comprendía a ellos, porque apenas hablaba alemán. El turco, apoyado en la pared de la casa y completamente inmóvil, se había asustado de los dos, había dicho el hijo del molinero, cuando había visto que mataban a los pájaros, sacándolos de la jaula. Podía haber creído que estaban *locos*. Los primeros pájaros —porque no se habían dado cuenta de la barbaridad que ello representaba— los habían matado delante de la jaula, delante de los pájaros todavía vivos, apretándoles simplemente el cuello, lo que, sin embargo, los salpicaba de sangre. Entonces a uno de los Fochler se le había ocurrido enrollar el cuello del pájaro en torno al índice y *quebrarle* la cabeza; para hacerlo, se había ido *detrás* de la jaula. Los pájaros perdían ya el conocimiento al enrollarles con fuerza el cuello alrededor del dedo. Se podía oír cómo se rompía el espinazo bajo la cabeza. Una y otra vez habían pedido al turco que los ayudase y matase *también* pájaros de la misma forma, cogiéndolos de la jaula, pero se había negado. De pronto, sin embargo, había comprendido al parecer y, él solo, había matado diez o doce pájaros, utilizando el mismo método con mucha más habilidad que ellos. Luego había buscado sacos de harina vacíos y había cubierto con ellos a los pájaros, colocados en hilera sobre la tabla con la cabeza rota.

De repente me pareció que la única solución para salir de una depresión totalmente concorde con la oscuridad que reinaba en el barranco era empezar a hablar de Leoben; me dio la impresión, al hablar de pronto de Leoben, de que hablaba del *mundo exterior*. Me obligué a mí mismo a imaginarme alternativamente en la Escuela de Minas y en el internado. Me concentré en la contemplación detallada de mi habitación del internado. Ahora veo la habitación y no está vacía, pensé. Ahora veo el comedor y yo estoy en el comedor. Veo la plaza de Leoben y estoy en la plaza de Leoben. Veo a los ingenieros profesores y estoy con ellos, aunque no estoy con ellos, sino en el barranco. En realidad estoy en el barranco. Sin embargo, también estoy en realidad en Leoben. Todo es *realidad*, pensé.

Desde hacía ya tiempo no estaba *entregado* a mis estudios, dije, sino *dedicado* a ellos con una seguridad cada vez mayor. Desde hacía tiempo no me resultaban ya fantásticos. Ya no me era tan difícil como al principio someterme a una disciplina. Si, durante todo el primer año, había sido una víctima más o menos digna de lástima de la melancolía reinante entre *todos* los estudiantes, que lo envenenaba todo por igual y en todas direcciones, y por ello sólo había podido hacer unos progresos ridículamente

mínimos en mi especialidad, ahora todo me resultaba fácil y claro. «Soy capaz de alejar de mi cuerpo y mi mente las malas influencias», dije. «Sé lo que me conviene», dije. Sin embargo, el salir de mi propia ceguera intelectual, siendo totalmente despiadado conmigo mismo, había sido un proceso terrible. La juventud es un estado horrendo, pensé. No obstante, me pareció absurdo decírselo a mi padre. Desde hacía tiempo le estaba dando una falsa imagen de mí. Me pareció que no tenía sentido decirle que, sin embargo, muchas cosas me seguían oprimiendo y que no era una persona sin dificultades. Que, con el tiempo, mis dificultades aumentaban también. A lo mejor piensa, pensé, que no tengo dificultades. Le transmito, de forma plenamente consciente, una imagen falsa. No se me ocurría ahora *por qué*. «Siempre me ha producido un gran placer», dije, «resolver mis propias dificultades». ¿Había dicho *demasiado*? Mi padre no me escuchaba. Sólo quería pensar en los dos hijos de Krainer y en el príncipe Saurau. Ahora soy suficientemente fuerte para enfrentarme conmigo mismo, pensé. A menudo me avergonzaba la sensación de ser más fuerte que otros, una sensación que tenía siempre. Pero no lo decía.

Lo más extraño en mí era mi falta de comunicación, que era totalmente distinta de la falta de comunicación de mi hermana. Mi silencio era *opuesto* al de mi hermana. Y el silencio, la falta de comunicación de mi padre era, a su vez, totalmente distinto del mío. Lo que sé de él, pensé, es siempre demasiado poco para podérmelo imaginar en todas sus partes, *tal como es*.

Por un momento pensé: este día hubieras debido pasarlo con tu hermana.

Dije: «Lo más bonito es lo imprevisto».

Aún me queda el día de mañana, pensé. La idea me alivió. Mañana, domingo, me levantaré temprano y daré con mi hermana un paseo muy largo. Y hablaré con ella. En Leoben, pensé, me paso toda la semana encerrado en mi cuarto y, dentro de mi cuarto, encerrado en mí mismo, y a final de año estoy cada vez más herméticamente aislado del mundo exterior, pensé. ¡No me permito ni una bocanada de aire! Al aislarme *así* ofendo a mucha gente. Si alguna vez, ablandándome, me permito alguna diversión porque los otros me empujan, me arrepiento luego. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Tengo que irme a la cama antes de las once, pienso, y levantarme a las cinco. La menor desviación de mi plan de estudio me desequilibra. Cuando se es un hombre de ciencia sólo se puede ir por la vida por el interminable camino oscuro —casi siempre totalmente desierto— de la propia ciencia.

Dejamos el coche junto a la cascada y nos esforzamos por llegar rápidamente a lo alto, por la peligrosa *subida*. Teníamos que prestar atención constante y no era aconsejable mirar en torno. Sin decir nada llegamos pronto a las murallas exteriores del castillo. A mi padre no le había costado ningún trabajo subir. Eso me asombró. Ante nosotros vimos la casa de una sola planta, perteneciente ya al castillo, en que vivían los hijos de Krainer. El joven Krainer, hijo de unos padres honrados que han servido al príncipe Saurau durante toda su vida, es contrahecho. Su hermana nos hizo pasar enseguida a su cuarto. Llevaba ya mucho tiempo oyéndonos venir, dijo, y

estaba intranquilo. Sus padres habían ido ese día temprano al castillo. El joven Krainer tenía exactamente la misma edad que yo, veintiuno, pero me dio la impresión de tener el doble. Llevaba un gorro negro en la cabeza y le tendió a mi padre la mano como un loco, *pero a mí no*. Me senté en un sillón, junto a la puerta, y desde allí observé todo lo que pasó en el cuarto mientras estuvimos en él. La hermana del joven Krainer dijo que había corrientes junto a la ventana y la cerró. El reconocimiento de hoy era un «reconocimiento general», dijo mi padre.

Aunque, al llegar arriba, nos habíamos dirigido inmediatamente a casa de los Krainer, tenía la sensación de que seguía reinando una calma total. Todo era ya menos oscuro que en el barranco, pero tenía también una *influencia* sombría. La casa de los Krainer, como había visto, queda siempre a la sombra del castillo. El aire es nítido sobre el barranco y desde allí se ve claramente, cuando se mira hacia abajo, una región de pesada atmósfera.

Mi padre y su hermana desnudaron al inválido. Me pareció que mi padre era la única persona —salvo los padres, que trabajaban todo el día en el castillo y, en realidad, sólo estaban en casa por la noche— que veía al joven Krainer.

Antes, cuando habíamos salido del barranco y estábamos ya en lo alto, mi padre me había propuesto que, mientras él entraba en casa de los Krainer, me pasease por las murallas inferiores del castillo, pero yo quería ver al tullido y a su hermana. Tuve la impresión de que mi padre quería mantenerme alejado de los Krainer. Precisamente porque, en el fondo, no quería llevarme, fui con él. (Más tarde, cuando bajamos otra vez al barranco, me dijo que los dos hijos de Krainer le recordaban demasiado a los suyos; tenían la misma edad que nosotros, mi hermana y yo, aunque fueran «muy distintos».)

Al joven Krainer la cabeza le venía pequeña. Sus ojos parecían querer salirse de ella. Cuando su hermana quitó la manta que le cubría el cuerpo, vi que tenía una pierna más larga que la otra. Durante mucho rato no pude decidir si la más larga era la derecha o la izquierda, hasta que vi que era la izquierda la más corta. Pensé que cuando aquel ser se levantase y anduviese tendría que hacer los movimientos de un enorme insecto.

Sólo con dificultad pudieron tranquilizarlo. Siempre que se le tocaba, dijo mi padre, le acometía una gran intranquilidad por todo el cuerpo y se volvía peligroso: podía pegar, morder o escupir. Continuamente hacía movimientos que dificultaban sus esfuerzos por prepararlo para el reconocimiento. Varias veces intentó golpear en la cara a su hermana. Sin embargo, mi padre consiguió finalmente sujetarle los brazos contra los laterales de la cama, al propio tiempo que lo auscultaba. El cuarto estaba lleno del olor que despiden los que llevan años en cama. El cuerpo de Krainer estaba mojado. Lentamente, por los cambios progresivos que se iban produciendo en todo su cuerpo —los llamados *cambios catastróficos*—, iba perdiendo totalmente el habla. Sólo se comprendían ya fragmentos de lo que decía. Lanzaba las palabras como si las escupiese. En su mayoría, sonaban como si perteneciesen a algún idioma oriental. El

ritmo de su articulación guardaba relación con su deformidad física. Lo que decía era tan contrahecho como él mismo. De vez en cuando agitaba repentinamente en el aire sus largos brazos, los dejaba caer y se reía. Su vientre era una esfera jadeante que, con frecuencia, rodeaba con sus brazos por algún tiempo. Su cabeza era relativamente pequeña, lo que se pudo ver más claramente cuando mi padre se la inclinó sobre el estómago, para poder escuchar mejor los ruidos de su interior. Su rostro se contraía casi sin descanso en nerviosas muecas. Se sentaba como si fuera a dar saltos en cuclillas. Quizá se imaginaba que iba a caballo, pensé. La ropa de la cama estaba limpia, probablemente, pensé, porque esperaban a mi padre. De vez en cuando había que convertir su cama en una verdadera jaula, mediante una reja que se corría sobre ella. Sin embargo, según su hermana, el tullido atravesaba ahora un período más tranquilo y no necesitaba la reja. Mi padre había aconsejado siempre a los Krainer que no quitaran nunca la reja de la cama, pero ellos no le hacían caso. Creía que el enfermo podía dejar alguna vez la cama y, posiblemente, hasta matarlos. No obstante, con el tiempo, su hermana no podía soportar ya la vista de la reja. La reja estaba en el desván, dijo la hermana. No podía soportar más, dijo, tener a su hermano en una jaula. ¡Ojalá no tuviera que bajar la reja nunca más del desván!, dijo. Su hermano no podía levantarse ya por sí solo, dijo, y si alguna vez se caía de la cama no sería tan malo como tener que verlo permanentemente en una jaula. Mi padre cogió la cabeza del tullido y la joven le sujetó los brazos. De pronto, el joven Krainer consiguió soltarse la cabeza y los brazos e intentó dar un salto. Pero no lo consiguió. Se rió de repente. Evidentemente, le divertía que mi padre le reconociera la cabeza, que le escuchara. Mi padre le dio golpecitos en la frente, le bajó los párpados y luego se los subió mucho. También le hizo una prueba de reflejos en la rodilla. Quería llevarse, dijo, una muestra de orina. Cuando le quitó al joven Krainer el gorro de la cabeza me quedé horrorizado, porque no tenía ni un solo pelo. En sus sienes pude ver manchas amarillas, las mismas manchas, aunque más pequeñas, que tenía en el pecho: manchas amarillas por todo el cuerpo. Entre los dedos de los pies le había aparecido un desagradable hongo, muy profundo, dijo su hermana, y por ello, durante toda la noche, hacía sin interrupción movimientos de remo con las piernas. Ya no podía dormir. A ella, el cansancio la hacía cerrar los ojos a menudo, pero tampoco dormía. Los temblores y el saliveo los tenía el tullido desde hacía un año. Sus necesidades las hacía en la cama. A menudo, dijo la hermana, su hermano oía como si «un ejército» desfilase por el barranco.

En el cuarto, dondequiera que había sitio, se veían instrumentos musicales que el joven Krainer, cuando estaba sano, había sabido tocar. Vi un violonchelo y un oboe sobre la cómoda. Durante años, un profesor de música de Knittelfeld había subido hasta allí y le había dado clases de música. Su hermano, dijo ella, había tocado de memoria en el violín las composiciones más difíciles. Su instrumento favorito era el violonchelo y Béla Bartók su compositor favorito. En los cajones de la cómoda se amontonaban cientos de partituras que él se había sabido de memoria. Composiciones

propias: un «Magnificat». A los ocho años podía tocar ya en el piano, de memoria, sinfonías de Mozart. Hacía sólo medio, todavía dedicaba una hora por la mañana y otra por la tarde a tocar el violonchelo en la cama, y lo hacía hasta quedar agotado.

Vi que su espalda estaba llagada; en el pecho tenía manchas rojas además de las amarillas.

El profesor de música de Knittelfeld había venido desde el valle durante años «gratuitamente», dijo la joven Krainer.

«A menudo tocaban durante la mitad de la noche», dijo. Un día, su hermano golpeó al profesor de música en la cabeza con el arco del violín, sin motivo aparente, y desde entonces no habían vuelto a ver al profesor. La enfermedad de su hermano había empeorado enseguida con rapidez.

Ahora no podía armonizar mentalmente ninguna clase de música. Su música era *espantosa*.

Durante cuatro años, me contó mi padre al regreso, el joven Krainer había estado en Steinhof. Durante esos cuatro años, su hermana había alquilado una habitación en Ottakring, para estar cerca de él. Al principio había parecido que no saldría del manicomio; los médicos utilizaban siempre la palabra «desesperada» para calificar la enfermedad del hermano, pero de pronto, después de cuatro años en Steinhof, después de haber pasado cuatro años en el mayor y más terrible de los manicomios europeos, los médicos le dijeron a la joven Krainer que podía llevarse a su hermano.

«A su propio riesgo», habían dicho los médicos, pero también que era *inofensivo*. En los primeros tiempos, ella lo llevó a su habitación de Ottakring y le enseñó la capital. Cuando iban por la ciudad llamaban mucho la atención, porque todos encontraban cómica la deformidad del joven, unida a su locura. Sin embargo, a la joven Krainer ya no le dolía que la gente, en cuanto veía a su hermano, sintiera una fascinación que la incitara a la hilaridad. Le enseñó a su hermano el Prater y fue con él a la Opera y al Burgtheater, y estuvieron juntos en el circo Rebernigg. Durante toda una semana fueron de un sitio a otro, entraron también en la iglesia de San Esteban y en el Naschmarkt —varias veces en la iglesia de San Esteban y varias veces en el Naschmarkt— y escucharon un concierto del famoso violonchelista Casals, que tocó en la Musikverein las sonatas de Beethoven. Sin embargo, pronto se cansó él de aquel continuo deambular por una ciudad que, al cabo de una semana, le parecía aburrida, y a ella le daba reparo gastar el dinero que el príncipe Saurau había puesto a su disposición (también la estancia en Steinhof la había pagado el príncipe) en una ciudad que a ella sólo le resultaba repulsiva, de manera que dejaron la habitación de Ottakring y volvieron a Hochgobernitz. Al principio, él tenía muchas ganas de dar paseos tan largos como podía. El campo le gustaba. La Naturaleza le encantaba. Les gustaba caminar hasta el abrupto acantilado y mirar hacia abajo. Desde allí arriba, su hermana le decía los nombres de las localidades del valle. En aquella época, el joven Krainer era más receptivo que nunca. Pronto empezó otra vez a tocar el violonchelo, el violín y el piano. Ella daba con él paseos cada vez más largos. Sin embargo, un día

que había ido con él hasta los robles, desde donde puede verse con claridad el molino Fochler, su hermano la golpeó súbitamente en la cabeza desde atrás, con un palo. Cuando volvió en sí de su desmayo, estaba sentado a su lado, llorando. Se fueron a casa. Durante la noche, cuando estuvo segura de que él dormía, bajó del desván la reja y la colocó en la cama de su hermano. Desde entonces tiene la sensación de que su hermano la odia. Ella, sin embargo, lo quiere.

Raras veces, dijo la joven, podía salir sola de casa, pasear un poco hacia el castillo, entrar en el patio o andar por las murallas. Siempre tenía que informar a su hermano cuando volvía. Sin embargo, dijo, desde hacía tiempo no pasaba nada. «Cuando no le cuento nada», dijo, «me amenaza.» De vez en cuando, su hermano le pedía que le empolvara el rostro, para que no pudiera verse que tenía fiebre continuamente.

El reconocimiento fue difícil, pero sólo duró media hora.

Por último, mi padre hizo que Krainer —realmente loco y totalmente contrahecho— le mostrase la lengua. Mientras mi padre escribía una receta, hice un extraño descubrimiento: en las cuatro paredes del cuarto —en el que, de forma atroz, tenían que vivir *los dos* hijos de Krainer por falta de espacio— colgaban una serie de grabados de tamaño notable —probablemente, pensé, propiedad de los Saurau— que representaban a los *grandes de la música*. Al principio no me había llamado la atención el que todos aquellos grabados —franceses y sin color— representasen compositores. Sin embargo, de repente vi que, en todos ellos, el joven Krainer había escrito algo con tinta roja. Sobre la cabeza de Mozart había puesto: «¡Muy grande!», y sobre la de Beethoven «¡Más trágico que yo!»; sobre la de Haydn, «Cabeza de cerdo» y sobre la de Gluck, «No me gustas». En el rostro de Hector Berlioz había escrito «Espantoso» y en el de Franz Schubert «Feminoide». Los dos grabados que había detrás de su cama no podía verlos bien ni descifrar lo que había escrito. El joven Krainer había observado todo el tiempo mis esfuerzos por leer las inscripciones y, cuando vio que no podía hacerlo con los dos grabados que había sobre su cama, se rió de mí. En la cara de Anton Bruckner decía «¡Chundarata!» y en la de Purcell «¡Cállate ya, escocés!» Bajo una gran fotografía de Béla Bartók había escrito: «Te escucho». En el ángulo en que había estado yo todo el tiempo descubrí, antes de que saliéramos, tres violines con el mástil roto; los mástiles estaban atados con cuerdas. Una vez terminado el reconocimiento, la intranquilidad del joven Krainer había dejado paso al agotamiento. Sin resistencia, dejó que su hermana volviera a reclinarle la cabeza en la almohada. Pidió agua para beber, y su hermana le trajo un poco en una escudilla de hojalata; pensé que, probablemente, había estrellado a menudo el vaso contra la pared después de haber bebido.

A esa clase de deformidad, dijo mi padre cuando estuvimos fuera, viene a añadirse siempre la correspondiente locura. A causa de la enfermedad *física* se produce, como consecuencia, la enfermedad *mental*.

Le pregunté a mi padre si había leído las inscripciones de los grabados. Me dijo

que sí. El joven Krainer le había explicado una vez, muy detalladamente, lo que significaba cada uno de aquellos comentarios, cada una de aquellas inscripciones. Por lo demás, dijo mi padre, el tullido escribía o pintarrajeaba todo papel que caía en sus manos: había escrito también en los cientos de partituras de la cómoda, llenándolas de miles de curiosas observaciones. «Una persona como el joven Krainer puede llegar a una edad terriblemente avanzada», dijo mi padre. «Sólo por razones de estudio» me llevaba con él, dijo mi padre; siempre decía «por razones de estudio».

El príncipe

La vista se extendía realmente en todas direcciones centenares de kilómetros.

Hasta entonces sólo había oído hablar de Hochgobernitz, del castillo, pero ahora lo veía de veras.

Como nos esperaban, nos abrieron enseguida y nos dijeron que el príncipe estaba en las murallas exteriores o en las interiores del castillo. Lo vimos en los exteriores.

Mientras nos dirigíamos hacia allí, mi padre me explicó que, además del príncipe, sólo vivían en el castillo las dos hermanas y dos de las hijas del príncipe. El único hijo, añadió, estudiaba en Inglaterra. Encontramos al príncipe Saurau en las murallas interiores, paseando mientras monologaba.

Nos saludó a mi padre y a mí con la mayor naturalidad. Desde hacía mucho rato se ocupaba en los más extraños pensamientos en relación con la mañana, dijo. Al saludarnos, no se detuvo para nada: fuimos nosotros los que nos incorporamos a su paso. No permitió que lo molestásemos. Pensé que desde allí se disfrutaba probablemente de la mejor vista panorámica de toda la región.

El príncipe Saurau dijo que, indudablemente, había sobreestimado la dificultad de encontrar un nuevo administrador, después de la muerte del antiguo. Aquel mismo día, dijo, en que se había publicado en el periódico su anuncio, se habían presentado, ya de mañana, tres hombres: uno de treinta y cuatro años —un tal Henzig— que (al principio) le había parecido demasiado joven; uno de cincuenta años —un tal Huber— que le había parecido demasiado viejo, y uno de cuarenta y dos años —un tal Zehetmayer— que no sabía nada de silvicultura ni explotación forestal: un pobre loco. Mientras Zehetmayer, el de cuarenta y dos años (un hijo de agricultor del valle del Puschach y, en otro tiempo, maestro de escuela) se había presentado en Hochgobernitz solo, poco después de las ocho, para solicitar el puesto —*un hombre dotado de talentos variados pero, en definitiva, catastróficos para él y para todos*, que hablaba con frases cortas y, desgraciadamente, se encontraba en un estado físico lamentable para su edad (corazón, pulmones, etc.), y al que el príncipe había dicho enseguida claramente que aquel puesto de administrador estaba muy por encima de sus fuerzas y que ninguno de los dos saldría ganando si lo contratase («ni siquiera a prueba», había dicho el príncipe; «no, ni siquiera a prueba lo contrato») —, los otros dos se habían presentado inmediatamente después: Henzig a las diez y Huber a las once. «Traté con ellos en el despacho», dijo el príncipe. «No tuve que convencer a Zehetmayer —que hablaba un dialecto del valle del Puschach harto descuidado— de que no tendría sentido para él entrar a mi servicio: los requisitos que ese puesto de administrador exigía eran altísimos y sólo podían reunirse con las mayores dificultades. De todas formas, le dije», dijo el príncipe, «le dije —y era ridículo decirlo— que de todas formas tenía la impresión de que sobreestimaba sus fuerzas.

¡Sobreestima mucho sus fuerzas!, le dije, y Zehetmayer —naturalmente, porque no es tonto— no contradijo en nada lo que yo le dije, y le dije muchas cosas. Desde luego, todo lo que tenía que reprocharle», dijo el príncipe, «era de lo más convincente. Una cosa, en efecto, había comprendido yo inmediatamente: a ese hombre puedo decirle la verdad con sinceridad absoluta; no necesito —aunque es débil, de constitución débil, de lo más débil— andarme con miramientos y puedo decirle de entrada lo que pienso; y no pensaba (al principio) nada bueno de aquel hombre, porque inmediatamente pude leer en él —en el momento mismo en que entró en el zaguán— como en una tragedia que, de pronto, hubiera entrado en mi zaguán; como en la reproducción, primero de tamaño natural y luego, incluso, superior al natural, de la tragedia humana *original* llamada Zehetmayer, Augustin Zehetmayer». El príncipe dijo: «Ese hombre vestido de forma cómoda pero barata no era otra cosa que la representación tópica de toda la pobreza y todas las deficiencias humanas. Lo que yo dije y lo que *él* dijo, todo lo que yo hice y lo que pasaba en *mí* y lo que *él* hizo y pretendió hacer, lo que yo pretendí hacer y lo que pasaba en *él*, todo era sólo esa reproducción, esa representación tópica de las deficiencias, la pobreza, la decrepitud, la inferioridad y el cansancio mortal de la existencia humana, y al instante tuve la impresión» (cito al príncipe casi textualmente) «de que había entrado en mi casa un hombre enfermo, de que tenía delante a un enfermo, un *necesitado*. Lo que yo decía, se lo decía a un enfermo, querido doctor, y lo que oía, querido doctor, salía de los labios de un enfermo, de una mente sumisa al máximo, enfermiza, llena de los imaginarios fracasos más enfermizos —aunque también más fantásticos— que cabe imaginar... El hombre no sabía lo que quería, y yo se lo hice comprender de la forma más efectiva diciéndole que era enfermizo lo que hacía, que su vida entera era enfermiza, su existencia una existencia enfermiza y que, por consiguiente, todo lo que hacía era insensato, cuando no sin sentido. Insensato era que solicitara el puesto de administrador. En ello se manifestaba claramente una especie de misteriosa megalomanía suya, porque carecía de —le faltaba— toda condición para el puesto, no reunía una sola condición, dije. Sin embargo, podía imaginarme muy bien lo que le había empujado a *responder*, así dije, al anuncio que yo había insertado. Es insensato, dije», dijo el príncipe. «Un hombre lee en el periódico un anuncio en el que se ofrece un puesto, que ese hombre sabe que nunca obtendrá porque, como queda dicho, le faltan totalmente las condiciones para él; sin embargo, el anuncio lo atrae, no puede *apartarse* de él; simplemente, no se aparta ya del anuncio; pretende el puesto, sabe que es absurdo que pretenda el puesto, se da cuenta de que todo lo que hace en relación con el anuncio es absurdo, todo, y sin embargo contesta a él. Puedo imaginarme muy bien, le dije a Zehetmayer», dijo el príncipe, «que un hombre lea un anuncio y que crea que el anuncio ha sido puesto expresamente (¡sin duda alguna!) para él, y que se sienta totalmente cautivado por el anuncio y que, por insensato que ello sea, solicite el puesto anunciado. Sin embargo, le dije que como él, Zehetmayer, sabía muy bien que no reunía la más mínima condición para el puesto de

administrador por mí anunciado; sabía muy bien, *había sabido* siempre muy bien que era maestro, que no entendía nada de silvicultura y explotación forestal —por no hablar de dasonomía—, que no entendía a la Naturaleza porque no creía en la simplicidad de la Naturaleza y se había limitado siempre a *estar en la Naturaleza* como víctima sin voluntad de ella, pretender el puesto de administrador sólo podía calificarse de enfermizo. Era, le dije a Zehetmayer», dijo el príncipe, «un engaño, un engaño más para él (el propio Zehetmayer) que para mí, porque que era un engaño para mí el que pretendiese el puesto de administrador por mí anunciado era evidente... No le dije», dijo el príncipe, «que todo aquello en lo que y para lo que existía y había existido hasta entonces era un engaño —aunque es cierto que es un engaño—, pero le dije que *un elemento engañoso*, su evolución, *lo había destrozado ya*. Me imaginé, siempre en relación con él, las más catastróficas relaciones familiares», dijo el príncipe. «Le digo a Zehetmayer: probablemente ha tenido usted una niñez vehemente, atolondrada, en modo alguno *natural*. Pero el hombre no me comprende. Pienso que es del valle del Puschach y por eso no me comprende, pero enseguida me doy cuenta —al decir esa frase: *probablemente ha tenido usted...* etc. —», dijo el príncipe, «de que el hombre no me comprende, y no sólo porque es del valle del Puschach. Sé muy bien que a un hombre así (lo mismo que, naturalmente, a una *gente* así) tienes que hablarle con sencillez: lo complicado, lo que exige esfuerzo, no debes expresarlo acústicamente. No debes perpetrar en un hombre así, en un Zehetmayer, el crimen de tu propia naturaleza, es decir, perpetrar un crimen al empujarlo a tus propios pensamientos, a tu monumental *laberinto natural infinito* de números, cifras y guarismos. Los mayores crímenes», dijo el príncipe, «son los que cometen *de palabra* los *dominantes* con los *dominados*, los crímenes, etc., creo yo, cometidos de pensamiento y palabra. Zehetmayer se da cuenta ya, a los pocos minutos de encontrarse ante mí, de que su permanencia en mi casa» (el príncipe no dijo: mi *castillo*) «es absurda. Sentado frente a mí, balancea su inmovilidad de una forma estúpida mecánica. Cuando abría la boca para decir algo que, sin embargo, no decía —no se *atreveía* a decir—, podía estudiar en él lo grotesco. Estudiaba en él lo grotesco de la existencia misma; no sólo, como he dicho, lo que se refería a él y a él como ser humano, lo que se refería a *todo*... Dijo que había leído mi anuncio durante el desayuno y que, de repente, se habían proyectado en su cerebro innumerables imágenes, todas relacionadas con mi anuncio, todas motivadas por él. Lo dijo con otras palabras», dijo el príncipe, «pero, en cualquier caso, se trataba de una proyección; Zehetmayer *no* dijo: me excitó —siempre en relación con el anuncio — una película repentinamente producida y proyectada a la vez en mi cerebro por ese anuncio, sino que dijo —y eso era muy propio de él—: no hacía más que *pensar* en el anuncio. Y dijo: mi mujer no era partidaria de que solicitase el puesto; aunque *quiere* que solicite algún puesto, *de éste* no era partidaria. Su mujer le dijo que no era idóneo para el puesto, que él era maestro. Le dijo: ¡Tú eres maestro! y añadió, como añadía siempre: «¡Un *mal* maestro!» El príncipe dijo: «Zehetmayer dijo: me vestí y *aquí*

estoy. Las palabras *aquí estoy*», dijo el príncipe, «quedaron flotando en el aire cuando Zehetmayer las pronunció y tuve que *bajarlas* repitiéndolas, tuve que quitarlas para dejar libre la atmósfera para las siguientes. Zehetmayer dijo», dijo el príncipe, «que también para él era un misterio por qué había solicitado el puesto. *Pero se hacen tantas cosas cuyo por qué sigue siendo un misterio...*, dijo. Ya ve, querido doctor, dijo: *No sé por qué*. Dijo que todos los días leía el periódico y que siempre leía todos los anuncios, que lo hacía empujado por su mujer. Su mujer trabaja y gana dinero, y él se aburre, pero nunca había *reaccionado* ante un anuncio como reaccionó ante *mi* anuncio. Pensé», dijo el príncipe, «que quizá mi anuncio estaba redactado de una forma extraña. Sin embargo, no me lo pareció. (Se busca administrador para una gran explotación silvícola y forestal... Saurau... etc...) Mi anuncio está redactado en un tono muy poco interesante. No hay nada de irritante (ni de atractivo) en (ni en relación con) él. Lo redacté deprisa y lo di a la imprenta, y me sorprendió lo impersonal, lo poco atractivo de su redacción, cuando originalmente, como es lógico, había querido redactar un anuncio personal, atractivo, por lo menos interesante; no un anuncio *poco* interesante... Lo entregué y pensé», dijo el príncipe, «que el anuncio era absurdo, que nadie se presentaría, etc... Y a primeras horas de la mañana apareció ya en mi casa Zehetmayer y poco después aparecieron los otros dos solicitantes, Henzig y Huber, y creo que vendrán más, porque es *improbable* que, de pronto, no aparezca ningún otro. Por eso, pensé, a juzgar por el efecto, mi anuncio debe de ser fascinante. Tengo una idea muy concreta de lo que es un anuncio fascinante, pienso, pero si resulta que precisamente fascina porque no es fascinante... A eso hemos llegado, querido doctor, a que un Saurau tenga que poner un anuncio en los periódicos», dijo el príncipe, y añadió: «Le dije: señor Zehetmayer, ¿es posible que, sin embargo, crea usted seriamente que entiende algo de explotación silvícola y forestal? Y me respondió: no, no sé nada de eso, de veras, no tengo ni la menor idea; el que me haya criado en el campo no quiere decir que sepa nada de explotaciones silvícolas y forestales. *Naturalmente* que no. Le di un vaso de aguardiente (yo no bebo desde hace semanas, doctor, como me ha recomendado) y le pregunté —la pregunta me pareció totalmente natural— por qué no era ya maestro, porque era insólito no ser ya maestro a los cuarenta y dos años cuando se *había sido* maestro. De pronto las ideas, el idioma, querido doctor, se han convertido en algo raro. Me dijo que hacía ya diez años que había sido separado del servicio; *¡sin derecho a pensión!*, dijo. Lo habían acusado de un delito (¿violación?) que no había cometido y por el que había tenido que pasar dos años en prisión y tres en el establecimiento penitenciario de Garsten. No podía decir de qué delito se trataba (¿violación?). Le gustaba ser maestro, había apreciado sobre todo la libertad que la profesión de maestro supone, la *pulcritud diaria* en que debe moverse un maestro, su *hermoso mundo de posibilidades* en el campo (*¡es bonito ser maestro!*, había dicho). Era verdad que ahora vivía», dijo el príncipe, «del trabajo de su mujer, de su esfuerzo y que, en el fondo, era un caso desesperado. Y hoy, por la mañana temprano, había leído el

anuncio y había *respondido* a él. *Zehetmayer*, dijo de una forma realmente irónica, lo que me asombró, querido doctor. Podía averiguar, dijo, que el apellido *Zehetmayer* era el de una antigua familia de comerciantes de ganado y tejedores de Estiria y de la Alta Austria, *obligada a enmudecer, venida a menos*». El príncipe se rió. «El apellido no significa ya nada», dijo. «De repente», dijo el príncipe, «*Zehetmayer* lo explicó todo. Una inteligencia montañesa abandonada, pensé; sin duda, pensé, es un *loco*, un hombre que, porque el esfuerzo que tiene que hacer para salvarse le resulta *simplemente* demasiado grande, se ha dejado hundir enseguida otra vez en la cómoda estupidez original de sus progenitores. Es absurdo, dijo *Zehetmayer*, pero cuando leí el anuncio... Le causaba placer aquella frase empezada, pero pronto abandonada, desechada a medio camino», dijo el príncipe. «*Sí*, no tengo ninguna gana; *no*, ninguna gana, ninguna gana, dijo *Zehetmayer*. Se puso en pie, como si, por un momento, se sintiera —en su mágica relación con la Naturaleza— todavía más ridículo de lo que hasta entonces le había sido posible. Por la forma en que se levantó», dijo el príncipe, «y salió de mi despacho, puso de relieve esa ridiculez. ¿Complacencia en la propia desgracia?, pensé. Absurdo, añadió *Zehetmayer*, y se marchó, claramente deseoso de atormentarse. Pensé: aparece un hombre, me dice que viene al castillo por mi anuncio, me dice que se llama *Zehetmayer* y no sé qué hacer con él. ¡El efecto es contraproducente!», dijo el príncipe. «Inmediatamente puedo apreciar en ese hombre varias enfermedades avanzadas, incluso venéreas, como es típico en esta comarca. Los hombres de la Estiria nororiental tienen características inconfundibles, una tendencia ilimitada a la mística de la consanguinidad, un ritmo de lenguaje y movimientos especialmente apático y abúlico. Hablo del *valle* del *Puschach* y el hombre se dispone a contarme una larga historia ocurrida en el *lago* de *Puschach*», dijo el príncipe. «En realidad, me doy cuenta de que los hombres están siempre dispuestos a reaccionar ante una palabra determinada, ante *palabras que despiertan su sensibilidad* a las que asocian enseguida alguna historia desgraciada que vivieron en otro tiempo y los impresionó profundamente. Así, *Zehetmayer*», dijo el príncipe, «se cayó una vez desde una lancha al lago de *Puschach*, siendo niño. ¿Conoce usted el lago de *Puschach*, doctor?» Mi padre dijo: «*Sí*». El príncipe dijo: «Su hermano mayor intentó sacarlo desde la lancha, pero no pudo. *Zehetmayer* estuvo cinco horas en el agua, hasta que vino su padre en otra lancha y lo sacó. En el lugar del accidente el lago tiene doscientos metros de profundidad, pero aunque sólo hubieran sido seis o siete metros, etc...Él, *Zehetmayer*, no hubiera podido mantenerse ni cinco minutos más a flote. Es un tipo extraordinariamente sensible, sobre todo a las palabras con más de una A, pero en especial, naturalmente, a ciertas palabras abstractas que se relacionan con acontecimientos más o menos espantosos de su vida. La expresión *hermosa vista*, por ejemplo, que dije recordando una hermosa vista, le indujo inmediatamente a contarme otra historia que, aunque más corta, era tan desgraciada como la del lago de *Puschach*. Me contó —más bien me describió—», dijo el príncipe, «que en las proximidades de la posada *La hermosa vista* de *Salla* fue

asaltado por un evadido de Suben, y eso apenas dos semanas después de haber salido él mismo del establecimiento penitenciario de Garsten... El hombre atacó a Zehetmayer por detrás y le robó la cartera. Era verdad que en la cartera sólo había veinte chelines, pero también estaba, por desgracia, la única fotografía de su madre que Zehetmayer poseía. El ladrón compareció ante un tribunal de Linz y fue condenado a doce años de prisión. Probablemente, según Zehetmayer», dijo el príncipe, «estaría ahora, transcurridos cuatro años, otra vez en libertad. Conozco a la justicia de este país, dijo Zehetmayer», dijo el príncipe. «Realmente», dijo, «como me ocurre por otra parte no sólo con Zehetmayer, tenía que tener cuidado de no utilizar palabras que pudieran excitarlo (como tengo cuidado de no excitar a otros). Zehetmayer es uno de los muchos que reaccionan de forma francamente desanimadora ante determinadas palabras, que probablemente guardan con ellos una relación siempre siniestra. Ante mi padre, por ejemplo», dijo el príncipe, «yo no podía utilizar nunca la palabra *torcido*, ni las palabras *embutido*, *Auschwitz*, *SS*, *champaña de Crimea* o *política realista*. Todos tenemos palabras que no se nos pueden decir. Mis hermanas, mis hijas, mi hijo, todos sufren porque ante determinadas palabras reaccionan siempre de forma inevitablemente penosa. Pensé que delante de Zehetmayer no debía emplear la palabra *topo*. Sin embargo, de repente dije la palabra *topo*, seguramente para ponerlo a prueba; dije: *es una horrible comarca de topos, la del Puschbach*, y pude observar el penoso estado en que instantáneamente había quedado sumido. Realmente tuve desde el principio la sensación de que no debía enfrentar a Zehetmayer con la palabra *topo*. (¡Con su patria!) Lo enfrenté con ella, y mi suposición de que le dolía oírme pronunciar la palabra *topo* (le recordaba a su patria) quedó confirmada. Tampoco hubiera debido pronunciar ante él, como entonces comprendí, las palabras *vomitar*, *Bundschek*, *Krennhof*, *lienzo*, *mineros* o *mina*, ni las palabras *establecimiento penitenciario*. Pero debo confesar», dijo el príncipe, «que mientras estaba con Zehetmayer me sentía tentado a utilizar precisamente esas palabras que él temía. Acuérdate», dijo el príncipe hablando consigo mismo, «siempre utilizabas la palabra *remolacha*. No tuve miramientos con él», dijo el príncipe; «no he tenido miramientos con él, ni por un segundo he tenido miramientos con él. Zehetmayer es, en sí y de por sí, un tipo humano con el que hay que tener miramientos, querido doctor, lo mismo que hay que tenerlos con la mayoría de los seres humanos, pero yo no los tuve; desde el primer momento me di cuenta de todas sus flaquezas, de todas sus enfermedades, y precisamente por eso no tuve ninguna consideración con él. Con ese hombre no tengo que *tener* ninguna consideración, pensé por un momento —el decisivo—, no le servirá de nada, no le servirá de nada, etc... ¿Por qué? Querido doctor, siempre caigo en esas preguntas totalmente absurdas», dijo el príncipe, «que buscan una aclaración, una *clarificación*. Pero no hay nada que aclarar, nada que *clarificar*. Ante la palabra *Stainz*, dijo el príncipe, «le vino a la mente a Zehetmayer (*¡no a mí!*) la palabra *Rassach*, y con la palabra *Rassach* otra historia. Esa historia», dijo el príncipe, «no

puedo dejar de contársela», dijo. «Al parecer, Zehetmayer vive sólo de historias relacionadas con ciertas palabras que lo irritan, y *tiene* que contarlas cuando surge una de esas palabras. En Rassach», dijo el príncipe, «Zehetmayer jugaba de niño en casa de unos parientes, en el granero. Por la tarde, querido doctor, en pleno calor, cuando los niños temen asfixiarse sin que sus padres puedan ayudarlos. Ya sabe: el espantoso calor de los graneros. De repente, Zehetmayer —que tiene cuatro años— oye a su tío que lo llama para cenar y se sobresalta; y se vuelve y se sobresalta aún más al descubrir en una viga el cadáver de un hombre. *Ahorcado*, dijo Zehetmayer. El niño le habló al ahorcado, le ordenó que bajase de la viga porque, a sus cuatro años, se imaginaba que el ahorcado podía bajar sin más de la viga. *¡A cenar!*, decía el niño, y repetía: *¡A cenar!* El muerto era el primer hombre totalmente desnudo que Zehetmayer había visto. De repente, a sus cuatro años, comprendió que el que colgaba de la viga estaba *muerto*, y entonces dio un grito que hizo que sus parientes acudieran corriendo al granero. Un completo desconocido para todos ellos se había colgado de la viga, según Zehetmayer, seguramente la noche anterior. *En un arrebatado de excitación* (Zehetmayer, hoy). Zehetmayer contó entonces cómo su tío, para no tener que cortar la soga, había *sacudido, movido y removido* el cadáver, y cómo los parientes se habían preguntado quién podía ser el suicida. Rebuscaron en los bolsillos de su ropa, que estaba en el suelo (nada más que los pantalones y la chaqueta) y no encontraron nada. Miraron una y otra vez», dijo el príncipe, «alternativamente al cadáver y a quien lo había encontrado, el pequeño Zehetmayer. De pronto, su tío dijo mirándolo: *¡Pobre niño!*, y él, Zehetmayer, se asustó mucho y huyó del granero al zaguán y del zaguán al bosque, en el que se perdió llorando..., etc...Mientras Zehetmayer contaba esa historia, que para él estaba relacionada con la palabra *Rassach* (*Stainz*, etc.), me di cuenta de que aquel hombre no estaba sobrio. En todo el tiempo no se me había ocurrido que Zehetmayer pudiera estar borracho. Pensé: probablemente ha salido de casa ya borracho; y pensé: Zehetmayer está siempre borracho. Habría que contar toda una serie de rarezas con respecto a ese Zehetmayer», dijo el príncipe. «Renuncio. Lo observé más tiempo que el que he observado nunca a ningún hombre, mientras salía de la casa y hasta que estuvo fuera de la muralla. Hasta que ya no se lo *podía* ver. Las nueve», dijo el príncipe; «leo una vez más mi anuncio y pienso que es un anuncio completamente corriente e insulso. Me asombra que haya una sola persona que venga al castillo por mi anuncio; y entonces llegan los otros dos: Henzig y Huber. Primero Henzig», dijo el príncipe. «Una pequeña descripción de Henzig.» (¡El tono del príncipe es enfermizo!) «A sus treinta y cuatro años», dijo el príncipe, «Henzig me parece (a diferencia de Huber, que me parece más simpático que naturalmente idóneo para el puesto) magníficamente dotado para el puesto, pero nada simpático. Henzig es de la comarca del Aussee, de una familia forestal y silvicultora: el padre inspector forestal, Escuela de Estudios Forestales de Ort, edafología, etc...Henzig muestra seguridad en todo lo que dice; además, *es verdad* todo lo que dice», dijo el príncipe. «Franjas de

protección / sistemas de abrigo / sistemas de grupo, etc. Me asombra, desde luego, la naturalidad con que ese hombre lo sabe *todo* (verticalmente: talas de selección, etc...) La corrección de ese hombre me disgusta», dijo el príncipe; «su pulcritud, su limpieza, etc., aspectos positivos que, de repente, me repelen. ¿Por qué? No me hacía falta mirar sus calificaciones para saber que tenía delante a un *hombre admirable*. Ya al principio de la conversación tengo que dejar escapar, riendo, la palabra *Zehetmayer*; digo: un pobre hombre, lastimoso; digo, y le pido a Henzig que me haga una enumeración —y al mismo tiempo una descripción— de sus actividades hasta hoy, mientras sigo disfrutando de las palabras, no pronunciadas, *lago de Puschach*. Pensaba en Zehetmayer, no en Henzig, querido doctor. Me ocupaba de la desesperación general de Zehetmayer mientras Henzig daba datos concretos sobre su carrera (¿evolución?). De pronto digo en voz alta: naturalmente, hay personas tan horribles que nos preocupan constantemente, y además de forma que nos resulta *agradable*. Henzig se irritó», dijo el príncipe, «pero sólo por un segundo, y luego siguió dando detalles. Era para mí un placer escuchar a Henzig y pensar en Zehetmayer», dijo el príncipe. «No tuve ninguna dificultad para aumentar ese placer al máximo. Henzig dijo que había pasado seis años en Kobernausserwald, *la mejor escuela superior de silvicultura de Austria*», dijo el príncipe; «llevaba trabajando ¡seis años *ya!* en esos bosques en otro tiempo de los Habsburgos y ahora estatales, republicanos. Dijo algo de *abetos de California*, de *suelos profundos áridos y húmedos*, de *vegetación ancha y Primus radiata*, de condiciones de pago, compras y ventas; oigo la palabra *Liberia* y la palabra *mangles* y, varias veces, con sonido muy grotesco: *los Habsburgos*. Lo mejor hubiera sido contratar a aquel hombre allí mismo», dijo el príncipe, «porque enseguida supe una cosa: que era el mejor. Pero no lo contraté enseguida», dijo el príncipe. «Ese hombre me recordaba mi juventud, mis largos paseos, vestido con trajes de la mejor calidad, con el inspector forestal Siegmund. Mis conversaciones sobre colores de plumas y pelajes, derechos de caza, enfermedades arbóreas, exportación de maderas a Francia e Italia, mi juventud ya avanzada. De repente recordé muchos temas científicos», dijo el príncipe, «una política grandiosamente olvidada, largas conversaciones en cualquier caso secretas y acabadas. Sentía el olor de todas esas conversaciones y temas y bosques y trajes, y el olor del aire a orillas del Ache, el olor del Tirol, Salzburgo, la Alta Baviera y la Alta Austria, el olor de los *bosques de mis parientes*. Vi una oficina en los linderos de un bosque tirolés, en la que las tablas del pavimento traicionaban a quien las pisaba. Decían: *viene el inspector forestal*; decían *viene el Dr. Konstanz o María*. La puerta se abre sobre una biblioteca, en la que se alinean dos mil volúmenes de Historia falsa, desde Descartes, Pascal y Schopenhauer hasta los escritos del Schlern. Cuando miraba a Henzig veía los bosques gigantescos que hay entre el Innviertel y las llanuras de Baviera o la *infinitud de los bosques* eslovenos», dijo el príncipe. «Creo que la calma que reina en la Naturaleza es y seguirá siendo la calma infinita», dijo el príncipe. «A Henzig le dije de pronto: *en fin de cuentas*», dijo el príncipe, «—y lo

dije con el mayor embarazo—, en fin de cuentas me parece usted demasiado joven para el puesto. Porque comprenderá, le dije a Henzig, que tendría que soportar, totalmente solo, una enorme responsabilidad. En el Kobernausserwald, dije, hay muchos funcionarios públicos que quizá no sean muy competentes, pero no tienen ninguna responsabilidad. Los funcionarios públicos no tienen ninguna responsabilidad. En la República, la palabra responsabilidad es un extranjerismo, dije. Lo sé, digo», dijo el príncipe; «en los bosques del Estado todos son *i* responsables; eso es lo más notable en los sistemas pretendidamente nuevos y en realidad viejísimos: que no hay ninguna responsabilidad. Y yo digo», dijo el príncipe, «que las consecuencias de esa falta de responsabilidad son evidentes, querido. Son evidentes, dije; quiero decir, dije, que sé muy bien lo que entiendo por responsabilidad. Esa responsabilidad, *la Naturaleza...*, dije. En ese puesto tendría usted la máxima responsabilidad. En ese puesto no existe el ridículo Estado. En las tierras de los Saurau no existe ese ridículo Estado. *Todavía* no, dije, y añadí: eso que ve ahí es un Estado *en sí*. Aquí imperan, digo, las leyes naturales propias, las de los Saurau, ¿comprende?, digo, las leyes naturales de los Saurau; no las de la República, no las de la pseudodemocracia. Y le digo: la superficie es grande; seguramente sabe usted lo grande que es la superficie de las tierras de los Saurau, lo grande que *es todavía*. Henzig asintió. Pues entonces, digo, ¿se siente capacitado para un puesto así? Quiero hacerle notar, le dije al hombre, que no se trata de una empresa pública, sino de una empresa privada. ¡Eso implica una responsabilidad inmensa! Y pienso: precisamente este hombre, este Henzig, es el apropiado para el puesto, pero le digo: puedo imaginarme que un hombre *más viejo* ocupe ese puesto, pero que un hombre *tan joven...* Pienso: Henzig es el hombre para el puesto, y digo: indudablemente, se exige usted demasiado... Henzig se calló. Además, dice, hablo francés (naturalmente), inglés, ruso e italiano. Bueno, le digo, no puedo decidirlo en este momento; no puedo *resolverlo*, digo», dijo el príncipe; «no, no puede esperar que decida al momento. Le digo: le escribiré; deme su dirección exacta. Dentro de dos días recibirá un telegrama. Me pongo de pie», dijo el príncipe, «le tiendo la mano a Henzig, abro la puerta —porque no hay nadie más que pueda abrírsele, nadie— y se marcha. Henzig y nadie más, me digo, y pienso, sentándome en el despacho: ¿por qué te ha repelido el aspecto ordenado de ese hombre, *el orden en general?* ¿La educación? Tuve que sujetarme la cabeza. Esa repentina aversión hacia sus grandes conocimientos..., me dije», dijo el príncipe. «Me digo y me repito: un buen hombre, un buen hombre, qué hombre más bueno es ese Henzig... Me paseo de un lado a otro del despacho. Calculo los ingresos de primavera de las canteras. Pienso: ¿son rentables todavía esas canteras de grava? Cuando estoy empezando a pensar en los trabajadores superfluos de las canteras (y de las minas), a pensar si no debo cerrar simplemente las minas —cerrarlas, pienso; cierras las minas y cierras también las canteras, cierras las minas y las canteras *de una vez*—, llaman a la puerta y aparece otro solicitante (el tercero): Huber.» El príncipe dijo: «Huber es del Bundau. Utiliza

un lenguaje, tiene una forma de expresarse que inmediatamente me sugiere la expresión *anticivilizado*. Pienso que es un hombre que sale a gusto o que *no* sale a gusto del Bundau. O más bien: que salió a gusto del Bundau cuando todavía podía salir a gusto, etc... Sin embargo, ¿no habrá salido del Bundau sólo por el anuncio? Le pregunto enseguida: ¿Has salido del Bundau por mi anuncio? Este hombre no me vale, pienso. Me dice: por el anuncio, sí. Le digo: yo busco a un hombre perfecto. Pienso en Henzig. Huber dice entonces que tiene treinta años de experiencia, sin decir *qué clase* de experiencia. Miro al hombre y sé», dijo el príncipe, «qué clase de experiencia ha adquirido durante treinta años: *ha trabajado como capataz forestal*. Le digo que se siente: ahí tiene un sillón, le digo, y Huber se sienta. ¡Grotesco! Le doy un vaso de aguardiente y le digo otra vez: yo no bebo, el médico me lo ha prohibido, pero se charla mejor cuando se bebe. Huber se bebe el vaso de un trago. ¡Grotesco! Su traje es atildado porque cuelga siempre de una puerta, no de un armario. Le doy otro vaso de aguardiente. Miro su sombrero, su chaqueta, sus pantalones, los botones de su chaqueta y pienso: en el Bundau hace frío, reina un invierno continuo; los que allí viven son claramente *hombres invernales*. Vidas, pienso, querido doctor, vidas. Ese país permite sólo un mínimo vital. Reina allí un verde *negruzco*, un negro *verdoso*, una oscuridad tan grande que excluye el suicidio. El pensamiento de esos hombres está a punto de ahogarse, su gusto por la vida, a punto de morir; todo se hiela y se *congela* alternativamente. ¿Cómo van las cosas en el Bundau?, le pregunto a Huber. Siempre igual, dice Huber. Dice varias veces, querido doctor: *siempre igual*. En el Bundau vive Drack, digo, el aserrador. Sí, Drack, dice Huber, el aserrador. Yo digo: ¿Fue Drack quien hizo los suelos del Belvedere, no? Digo: Drack tiene tres hermanas. Hablar con Drack es un placer, digo», dijo el príncipe. «Drack es el único que tiene dinero en el Bundau. Sí, dice Huber. Creo», dijo el príncipe, «que me resulta inexplicable que en la primera mañana hayan respondido ya a mi anuncio tres solicitantes. ¿Qué le parece, doctor, tres solicitantes en la primera mañana, por un anuncio ridículo en un ridículo periódico, redactado de una forma totalmente ridícula? ¿Qué le parece? Le digo a Huber», dijo el príncipe: «Drack se dedica ahora sólo a parqués, ¿verdad? Ya no hace fondos para buques. Salvo excepciones, digo. Sí, hace excepciones, dice Huber. Pienso que mi anuncio es un mal anuncio. Sin embargo, ¿por qué se presentan tres solicitantes por un mal anuncio en la primera mañana? Misterio. ¡Misterio!», dijo el príncipe. «Pensé: Huber no tiene la culpa. ¿Culpa? ¿Huber? ¿Por qué? Ya basta, pensé. Le pregunto a Huber *cuándo* ha leído mi anuncio», dijo el príncipe. «Eso me llama la atención: se me ocurre», dijo el príncipe, «que también se lo he preguntado a Henzig y a Zehetmayer. Digo: ¿Cuándo has leído el anuncio? Y me doy cuenta de que le hablo de *tú* a Huber, mientras que tanto a Henzig como a Zehetmayer les he hablado de *usted*. ¿Tienes el anuncio ahí en la chaqueta?, digo», dijo el príncipe. «Huber saca el anuncio de su chaqueta y lo pone sobre el escritorio. Lo leo otra vez de cabo a rabo. ¿Lo has leído mientras desayunabas?, le pregunto a Huber. Él deja ver que todavía no ha desayunado», dijo

el príncipe, «con lo que niega la pregunta. Consigue decir sin pronunciar palabra — todo en él lo dice de pronto— que todavía no ha desayunado. Voy a la cocina», dijo el príncipe, «veo que en la cocina no hay nadie, ninguno, y le preparo a Huber un pan con tocino; le unto el pan con mantequilla, se lo llevo al despacho y le digo que se lo coma. ¿Sidra?, pregunto. No, no quiere sidra. Naturalmente tiene hijos, lo único que no sé es si tres o cuatro; le digo: ¡*come!*, y le digo: ¿cuántos hijos tienes? Tres, dice. ¿De qué edad?, quiero saber. Treinta y uno, veintidós y diecisiete, dice. Cuatro han muerto. Pienso: ¿qué es lo que importa en la vida? Digo: ¿tu mujer está bien, no? Trabaja bien (seis fanegas)», dijo el príncipe, «dice él, Huber. Si no fuera por Drack, el Drack del Bundau... Él asiente. Drack, digo, da de comer indirectamente al Bundau. Drack, dice, se dedica a filosofar y sus tres hermanas lo alimentan, lo que le repugna. Es horrible tener tres hermanas, digo. El Drack y el Bundau...», dijo el príncipe. «Y entonces se me ocurre: también tú tienes tres hermanas en casa. Se me ocurre que tengo la misma edad que Drack. Y en realidad —se me ocurre—, las relaciones de Drack son exactamente las mías: las económicas, las familiares, las personales... La única diferencia es que Drack está *abajo* y yo estoy *arriba*, pero lo mismo podría estar *yo* abajo y *Drack* arriba... Le digo a Huber», dijo el príncipe: «pero las tres hermanas de Drack son jorobadas, y pienso que Drack es una víctima de sus tres hermanas; un hombre puede ser fuerte, tan fuerte como quiera; Drack es fuerte, pero sus tres hermanas son *más fuertes*... El resultado es un Drack soltero, un Saurau viudo, pienso. Digo —más para mí que para Huber—: Drack hubiera podido casarse bien una docena de veces, pero Huber lo oye», dijo el príncipe, «deja de comer y dice: con los Thurn und Taxis. Luego dice que la glosopeda se ha tragado casi todo el ganado del Bundau y que el Bundau no volverá nunca a levantar cabeza. ¡Fíjese, doctor, *levantar cabeza!* Las epidemias, digo, cuando *aparecen* es ya demasiado tarde. Para *el Estado*, digo, todo es siempre demasiado tarde. El Estado malgasta sus medicamentos en cadáveres. Entonces, digo, ¿cuándo has leído el anuncio, Huber? Su mujer trajo el periódico muy temprano de Knittelfeld. Una consulta médica», dijo el príncipe, «una afección renal. Huber le quitó el periódico *mientras se cambiaba* y ella, como todos los días, le hizo reproches: no había dinero en casa. Dijo que *él* no trabajaba y *ella* se mataba; *ella* ganaba dinero y *él* no daba golpe; *él* no ganaba un céntimo y *ella* se ocupaba de todo; *él* lo derrochaba todo y etc...Por último, le llamó *flojo para el trabajo y emboscado*, y entonces él se enfadó», dijo el príncipe, «y la *amenazó* con darle una bofetada, *pero no se la dio*, y se metió en el dormitorio, donde se echó en la cama. Allí, sobre la cama, leí el anuncio, dijo Huber. Dijo que se había puesto en pie de un salto inmediatamente, se había vestido y había salido de casa y del Bundau para venir a verme. Por el camino, dijo, le había parecido desatinado presentarse para el puesto (¡Zehetmayer!) Es igual, se había dicho una y otra vez: voy a verlo, voy a verlo, voy a ver al príncipe Saurau. Y con ese voyaverlo-voyaverlo había llegado pronto arriba. Dijo que la vista del castillo, sin embargo, lo había *desanimado* y que había dado cuatro o cinco vueltas

antes de llamar. Una y otra vez había pensado si no debía alejarse de allí y de todo aquello y meterse en alguna posada... Pero entonces, dijo, había visto salir a Henzig, *un hombre bastante bien plantado*, según Huber, y no había podido dejar de llamar. A mi edad sería idiota empezar un nuevo trabajo, me dijo Huber. Sin embargo, dijo que su mujer le hacía reproches continuamente», dijo el príncipe, «lo volvía loco; todos los días le demostraba que *ella era imprescindible y él inútil*. No obstante, naturalmente, no estaba *en absoluto capacitado* para el puesto anunciado por él, dijo Huber, con lo que quería decir *no totalmente incapacitado... seguramente*. Pienso que las calificaciones de este capataz forestal son las mejores», dijo el príncipe, «que las calificaciones de Huber son probablemente *las más satisfactorias*, y lo digo en voz alta; digo: tienes, sin duda, las mejores calificaciones. Sin embargo, podía imaginarse también, dije, que no resultaba apropiado para el puesto de administrador. No, no, dije», dijo el príncipe, «un puesto así requiere una experiencia muy distinta. Eso lo sabe, y yo digo claramente, no que Huber *no sea seguramente* apropiado para el puesto, sino que *simplemente es inapropiado*. Sin embargo, digo», dijo el príncipe, «que salir del Bundau es ya una ventaja. Sí, dijo Huber. Yo mismo no he estado en el Bundau desde hace dos años», dijo el príncipe; «siempre es algún entierro lo que me hace dejar el castillo y visitar los valles; siempre se va a las regiones más diversas del país (y del extranjero, naturalmente) porque ha muerto alguien con quien se está emparentado o a quien se conoce (o a quien no se conoce). Uno es, con independencia de su vida profesional, un viajante en entierros. Y siempre mueren precisamente, querido doctor, los que se sabía que morirían. Las sorpresas son pocas. Digo», dijo el príncipe: «¿ahora están ampliando el cementerio del Bundau, no? Y Huber dice: disputas. El alcalde, los socialistas... etc...Al municipio, dice Huber, nadie quería darle un pedazo de terreno. Por eso el municipio, sencillamente, lo ha *expropiado*. *Expropiado*, pienso. Es una palabra que me hace comprender toda la repulsividad del Estado, toda la estupidez estatal, toda la turba de estúpidos funcionarios estatales. ¡*Expropiado!* Por todas partes expropián, digo, por todos lados se expropia ahí abajo, con los más fútiles pretextos. Los políticos expropián a mansalva. Se *expropia* a mansalva. *Expropián* y *arruinan*. Arruinan la Naturaleza. ¡*Expropiado!*, exclamo, y digo: a ver si el Estado se expropia pronto a sí mismo. ¡Que se expropie cuanto antes!, exclamo, ¡que se *suicide!* Ha llegado el momento de que el Estado se *expropie* a sí mismo», dijo el príncipe. «Ese Estado ridículo, dije. ¡*Expropiado!* Le cortan a uno a hachazos los dedos de los pies, mi querido doctor, ya ve, los dedos de los pies; lo desjarretan a uno, lo dejan sin poder andar. De repente», dijo el príncipe —nos habíamos detenido y mirábamos hacia el barranco—, «me encuentro metido con Huber, al que había servido otro vaso de aguardiente, en plena discusión política. El Estado está apolillado, digo; en serio, el Estado está apolillado. En los últimos tiempos, mi frase favorita es, querido doctor, *el Estado está apolillado*. Todo es una porquería, le digo a Huber: los rojos son una porquería y los negros son una porquería; la monarquía es *naturalmente* una porquería y la república

es también, *naturalmente*, una porquería. Todo agoniza de una forma igualmente estúpida, ¿no es verdad? Todo, menos la ciencia. Le digo a Huber: sin embargo, la agonía republicana es sin duda la más repulsiva, la más penosa. ¿No es cierto, querido doctor? Digo: el pueblo es estúpido y huele mal; siempre ha sido así. Huber dice entonces que en el Bundau, concretamente entre los trabajadores de Drack, hay comunistas. ¡*Comunistas!*, digo, ¡*comunistas!* Sí, comunistas. ¡También yo tengo un montón, se lo aseguro! ¡Todo lo que hay bajo el castillo, digo, es comunista! ¡Todo! Sin embargo, el comunismo y los comunistas no saben lo que es el Comunismo. ¡Por desgracia! Y, volviendo a mi anuncio, le digo a Huber que él, Huber, es indudablemente *un buen hombre*, pero, como ya le he dicho, inapropiado para el puesto de administrador. Incluso le digo: te subestimas, pero no eres apropiado para el puesto de administrador». Dijo que él, el príncipe, había pensado que aquel hombre tenía cincuenta años, pero aparentaba sesenta. «Hace cincuenta años, un capataz forestal hubiera podido presentarse sin más para un puesto así», dijo el príncipe, «pero hoy no. Hoy la sociedad exige un tipo científico, un Henzig. No, le digo a Huber, nunca has pensado seriamente que el príncipe Saurau pudiera contratarte. Las once y media, Huber, digo», dijo el príncipe. «Le doy el tercer vaso de aguardiente. Le digo: ése que has visto antes, el que tenía buen aspecto: *ése es. Henzig*, digo; *ése es*. Escuela de Estudios Forestales de Ort, digo, edafología, Viena, París, Londres, Madrid. Y, además, un cuerpo robusto, como ya he dicho, digo; inglés, francés, italiano... Kobernausserwald, digo; la arrogancia y la tecnología modernas, despiadadas hasta consigo mismas. No tienen nada de tontos, digo. En el fondo creo», dijo el príncipe, «que lo forestal es hoy todavía una *ciencia económica*, cuando no una *ciencia natural pura*. Todo es hoy una ciencia, digo», dijo el príncipe. «Huber quiere levantarse, pero no se levanta. Todo es un gigantesco aparato científico, digo. Absurdo, digo. Huber se levanta. Sin embargo, le digo a Huber, en Austria todo es de un atraso perverso. Doscientos años de atraso en casi todas las esferas, digo. Ridículo, digo, no exagero nada, querido doctor; y digo: *sustancias, un producto químico poderoso*. Poderoso. Cuanto más se aleja uno del *concepto convencional de la Naturaleza*, tanto más hermoso, poderoso —yo diría poético— es. Huber, digo, querido doctor, ¿cómo es el servicio de correos en el Bundau? ¿Tan desastroso como siempre? Huber dice: un desastre. ¿Y los niños de las escuelas?, pregunto. Sin necesidad de expresarlo, al decir *niños de las escuelas* se me hace presente todo mi interés por la miseria de los niños de las escuelas de las comarcas montañosas. Huber se dirige hacia la puerta», dijo el príncipe; «yo pienso: sus pantalones son absurdos. Su chaqueta es absurda. Su forma de andar es absurda. Grotesca, pienso. El concepto niños de las escuelas, querido doctor, es en todo el mundo el *concepto de la miseria*, pero en la comarca del Bundau es el más *miserable*, el más *amargo*. Desde hace veinte años se viene diciendo que se va a construir una nueva escuela al final del valle del Bundau, pero hasta hoy no se ha construido. Siempre pienso: todo el sistema de enseñanza de nuestro país está atrasado, sencillamente superado, resulta

deplorable, ¿no es cierto, querido doctor? Y pienso qué ocurriría si se permitiera que toda ocurrencia repentina se *transformase* en idea... Digo: Huber, no hay que *pensar*... Pienso en la estupidez de todas las expresiones, doctor, en la estupidez, en la estupidez en que el hombre vive y piensa, piensa y vive, en la estupidez... Me permito vivir mi vida, ¡absurdo! Vivo, ¡absurdo! Todos viven, ¡absurdo! La estupidez de confiar en el idioma, mi querido doctor, ¡absurdo!, pienso; y no sólo en el idioma, pero sobre todo en él. La estupidez resultante del idioma, pienso... La estupidez de un mundo compuesto de ventajas y desventajas y de nada más... Filosofar, ¡no! En el Bundau vi una vez un gordo faisán sobre un jabalí, de verdad, le digo a Huber. Huber escucha. Escuche, doctor, Huber escucha... Está junto a la puerta. Sí, sí, digo, he ido con mi padre cientos de veces al Bundau; por los faisanes y por los jabalíes, digo. El Bundau siempre atrajo a mi padre; el atractivo del Bundau, digo. Es posible que yo tuviera ocho o nueve años, digo; entramos en el Bundau muy temprano y vemos de pronto, al fondo del valle, el faisán posado sobre el jabalí. Mi padre me describió entonces las relaciones entre faisanes y jabalíes —¡grotesco!, digo— y me contó toda clase de cosas sobre faisanes y jabalíes. Estamos sentados en un tronco, mi padre y yo y, cuando el faisán se pone a columpiarse en la cola del jabalí, de la forma más desvergonzada, mi padre lo abate de un solo disparo. *De la cola del jabalí*, digo. El jabalí se refugia de un salto en el bosque. Voy a buscar el faisán y, cuando me inclino sobre él, mi padre hace un segundo disparo. *Al aire*. Cuando vuelvo con el faisán le pregunto por qué ha hecho el segundo disparo *al aire*; digo: ¿por qué al aire? Mi padre no sabe responderme. Nunca he disparado al aire sin ningún motivo, dice. En el Bundau hay faisanes hermosos y hermosos jabalíes, digo ahora. Huber se quiere marchar. Entra en el zaguán. Naturalmente, digo, puedo *necesitarte*, aunque no para el puesto de administrador. Le propongo que trabaje conmigo como capataz, aunque sin derecho a pensión: Krainer necesita una ayuda. Sin embargo, no acepta mi oferta. Un hombre extraño. Es evidente: Huber no quiere trabajar, no quiere trabajar más, *nunca* más. Prefiere escuchar a diario los improperios de su mujer. Pienso que Huber me sería francamente útil. ¡Todo está tan abandonado, ya ve, doctor! No obstante, no hay nada que hacer y Huber se marcha. Pienso que mi anuncio le ha ayudado a salir del Bundau. El frío Bundau, pienso. Huber de administrador, pienso. Huber y Zehetmayer, ¡grotesco! A Henzig, pienso, lo voy a contratar enseguida», dijo el príncipe. «Henzig es el único apropiado. En el fondo, Henzig es lo que siempre he buscado sin encontrarlo nunca. Para mí es evidente que se trata de alguien que, en muy corto tiempo, se hará inapreciable, imprescindible. Es un hombre ventajoso. Naturalmente, hará falta todo un día», dijo el príncipe, «para que el telegrama llegue al Kobernausserwald. Si lo envío ahora, al mediodía, pensé», dijo el príncipe, «no estará hasta mañana temprano en el Kobernausserwald. ¡El correo, el totalmente imposible correo austríaco! Voy al zaguán y le dicto a mi hermana mayor el telegrama, y ella llama al viejo Krainer, que lo lleva a correos. Con Henzig no corro ningún riesgo», dijo el príncipe; «los aspectos financieros los he arreglado ya con él.

Vivirá en el pabellón de caza; no, en el pabellón de recreo; no, en el pabellón de caza, en el pabellón de caza. *Entrada en servicio inmediata por mi parte*, le he telegrafiado. Pero se me ocurre que Henzig tiene un contrato con el Estado y que, como muy pronto, podrá ocupar su puesto la semana próxima. Los bosques del Estado, que lo arruinan todo», dijo el príncipe Saurau; «el Estado que todo lo arruina, el suicidio interminable y constante del Estado. Querido doctor, hoy todos los Estados —y no sólo los europeos— cometen un suicidio incesante. Es mi viejo tema, querido doctor», dijo el príncipe: «el Estado que todo lo arruina; los hombres que no saben qué hacer con el Estado y lo arruinan. Se me ocurre la expresión *catástrofe espiritual*, querido doctor. Cuando Huber se ha marchado hago colocar una hoja con el letrero *Puesto de administrador adjudicado* en la gran puerta de la muralla y me voy al despacho. Efectivamente, todavía vienen una serie de solicitantes del puesto de administrador; los observo hasta que otra vez —algunos en cuanto han leído el letrero, la mayoría sólo después de muchas vacilaciones— se marchan. Demasiado viejos. Una y otra vez me digo que es curioso que precisamente por ese anuncio se presenten tantos solicitantes. Uno de ellos llama, pero no le abren. El que entre los tres primeros estuviese ya el apropiado resulta, creo yo, sorprendente, ¿no es verdad, doctor? Hablar con personas a las que se acaba de conocer lo deja a uno pensativo y resulta cansado. Burlarse de esas personas no está bien; tomarlas en serio, tampoco. Es siempre la vieja cuestión de saber hasta qué punto hay que establecer contacto, de si hay que establecer contacto en absoluto, doctor, ¿no cree?... Contactos», dijo el príncipe, «... como dice usted siempre, doctor, sólo *existo* en la medida en que establezco contactos, etc., pero eso despierta siempre en mí al elemento irónico de mi carácter... La ironía, que suaviza lo insoportable... El detenerse en la periferia de la neurastenia... Pienso: ¿he sido con Huber demasiado cordial o he sido demasiado poco cordial con Huber? ¿Y cómo he sido con Zehetmayer? Porque la idea de que he sido demasiado amable o demasiado poco amable se me ocurre siempre de pronto cuando alguien se va. Sin embargo, he sido bastante amable con Huber, pienso. Y también con Zehetmayer he sido bastante amable. Con quien menos amable he sido ha sido con Henzig; ha sido una conversación muy corta, un encuentro, un insultarse con antipatía. Henzig, pienso, es el administrador ideal.»

Cada vez más oía, dijo entonces el príncipe Saurau —también cuando estaba con sus hermanas e hijas, cuando «no podía aguantar más» en su habitación, «cuando bajaba a las habitaciones de abajo con la esperanza de sostener una conversación que lo distrajera», mientras ellas hablaban o callaban o, normalmente en el crepúsculo «que siempre reina en Hochgubernitz» y además lo ataca, «se preparaban para la noche, absortas en su propia contemplación»—, los ruidos de que había hablado a menudo con mi padre; «hacía meses que no» dejaba de oír esos ruidos.

El príncipe, sometido cada vez más a su «mecánica intelectual centrada en la alta exaltación y la alta especulación» (mi padre), en sus estados de debilidad, incluido aquel estado que se había convertido en los últimos meses en el más insoportable de

los tormentos, por sus «discusiones masoquistas» (mi padre) consigo mismo — encerrado con cerrojo en su propio cuarto—, que no había interrumpido durante la estancia en Londres de su hijo y que, probablemente porque tendría que vivir hasta el fin de sus días en Hochgubernitz, había llevado —de la forma más despiadada, sobre todo hacia sí mismo— a un paroxismo que, centrado en una irritación abyecta, exigía el máximo esfuerzo de su mente, un esfuerzo cada vez más despiadado de su capacidad intelectual, «orientado en forma consecuente a todos los fenómenos científicos» (príncipe Saurau), había oído, «había tenido que oír» esos «ruidos mortales» (mi padre) para él, incluso mientras, la pasada noche, estudiaba las memorias del Cardenal de Retz, aunque era incapaz de recordar el momento a partir del cual había tenido que oír esos ruidos. Dijo que los oía incesantemente, y no podía dormir ya y cada vez tenía más miedo de los ruidos. Que en las últimas semanas había sido acosado, trastornado por esos ruidos («¿antitipos?», [mi padre]), había sido «proyectado» continuamente hacia su muerte, de la forma más horrible, por esos ruidos.

Precisamente en la medida en que creía poder apartarse del mundo, se entregaba a él, dijo el príncipe Saurau: «Pensamos fantasías y nos fatigamos», dijo. Dijo que, en la «perfección de las posibilidades de agotamiento», el príncipe Saurau había oscurecido a Hochgubernitz y Hochgubernitz, en definitiva, lo había oscurecido a él, el príncipe Saurau. «Las analogías son mortales», es una de las frases decisivas que repite siempre.

Mientras su familia, dijo, «esa amputación siempre abyecta del espíritu» (príncipe Saurau) que reinaba aquí, con su nombre, en Hochgubernitz y que «absorbe desde las mayores distancias, primero en sus cuerpos y luego en sus cabezas, su vida cotidiana», como una de «los cientos y miles de sorprendentes *cleptomanías intelectuales*, con el desesperado desvalimiento para el que ha sido educada», él, el príncipe Saurau, en medio de ellos, en su «desastrosa compañía», se veía afectado por aquellos ruidos («¿erupciones intraterrestres?» [mi padre]). El estruendo, dijo, lo dominaba. Al sentir su cerebro («¿irrupción de agua en terrenos secos desde tiempos inmemoriales?», [príncipe Saurau]), atormentado como una membrana abusivamente utilizada en bien de la humanidad entera, en la que siempre habían estado esos ruidos («¿la transformación de algo que es en algo que será?», [príncipe Saurau]), no sólo oía esos ruidos, sino que los *veía* y *sentía* también en su cabeza. Su cerebro tenía que «soportar» esos ruidos («grietas que se ensanchan, ¡un proceso ideal de descomposición de la Naturaleza!», [príncipe Saurau]). Casi todas las frases en que, de pronto, inyecta en forma desmesurada su sufrimiento, las termina con las palabras «en bien de la humanidad entera».

Dijo que a menudo sentía «la inmensa historia de sentimientos y piedras derrumbarse y renacer en sustancias totalmente nuevas», lo que era para él un proceso en que «todo se aniquila para hacerse definitivo».

«Desde aquí, desde este lugar, hablaba siempre con mi administrador de todo lo

que se refería a Hochgobornitz», dijo el príncipe Saurau, señalándonos grandes zonas del valle devastadas por la crecida que, recientemente, había cubierto grandes extensiones, debajo de Hochgobornitz. «Mientras yo aquí —apenas han pasado tres semanas—», dijo el príncipe Saurau, «me paseaba de un lado a otro, incapaz de decir nada ante la monstruosa devastación de la crecida», dijo, «y observaba el lento descenso de las aguas, silencioso, asustado, trastornado durante dos horas, doctor», le había venido al pensamiento, dijo, la dudosa vida de su hijo, que estudiaba en Inglaterra. «En este lugar», dijo el príncipe Saurau, «me viene *siempre* al pensamiento mi hijo. En realidad, la vida de mi hijo está totalmente separada de la mía.» Dijo que en aquella ocasión, hacía tres semanas —poco después de la muerte del administrador—, él, el príncipe Saurau, había contemplado durante varias horas desde aquel lugar, «contra la Naturaleza», la crecida que retrocedía, y había vuelto luego al castillo «sin decir una palabra contra la Naturaleza». El príncipe Saurau dijo ahora: «Mi hijo está en Inglaterra y yo me extingo aquí».

En su última visita, recuerda mi padre, el príncipe Saurau, hablando de la crecida, había utilizado siempre la expresión «río de fango» y había hablado de una «ofensiva desesperación mental». Utilizando siempre la expresión «río de fango» y enfocándolo todo desde el punto de vista de «los costos de la crecida, las cifras de la crecida, las enormes *cifras* de la crecida», y también, porque toda la comarca había sido invadida por un olor leve pero «insidioso» a cadáver descompuesto —en las dos orillas del Ache había muchas reses varadas, abiertas, hinchadas, a veces «rotas por la fuerza de las aguas» (mi padre), innumerables cabezas de ganado mayor de los establos de los Saurau en el valle, todavía no recogidas—, utilizando la palabra *descomposición*, las palabras *proceso de descomposición* y las palabras *Diluvio Universal*, había hablado de pronto de una devastación causada *en su cabeza* por los ruidos de su cerebro, mucho mayor que la de allí abajo, en las orillas del Ache. «Aquí en mi cabeza», había dicho el príncipe Saurau, «existe realmente una *devastación inimaginable*».

Ese primer día después de la crecida le parece a mi padre de la máxima importancia para la enfermedad del príncipe Saurau, que se desarrolló desde entonces «con increíble violencia» (mi padre). «Ese día, los dos, horrorizados por la magnitud de la catástrofe, bajamos al Ache» (mi padre). Efectivamente, la magnitud de la catástrofe, como comprobaron ambos cuando las aguas volvieron a su cauce, era catastrófica. Para el príncipe Saurau resultaba incomprensible que la crecida se hubiera producido precisamente después de la muerte de su administrador. «¡Precisamente ahora, cuando estoy sin ninguna ayuda!», había dicho una y otra vez. Al principio, por la emoción, ninguno de los dos había podido hablar, aunque habían saludado a los trabajadores de la orilla del Ache, ocupados en sacar del río troncos y cadáveres, y habían intentado llegar tan lejos como era posible; el príncipe Saurau le había rogado a mi padre que no lo dejase tan pronto, porque no podía quedarse solo. Había hablado y hablado de «millones de pérdidas». Y lo mismo que antes, durante horas, había callado, el príncipe Saurau habló sin cesar cuando estuvieron de nuevo

en el castillo.

El príncipe Saurau me dijo ahora: «Cuanto más hablaba yo de la crecida, tanto más se *alejaba* su señor padre de la crecida. Y precisamente», dijo el príncipe Saurau, «*por culpa de la comedia* que representamos en el pabellón de recreo un día antes de la catastrófica crecida. Esa comedia, cada año distinta», dijo el príncipe Saurau, «es tradicional en Hochgobernitz. Eso es lo extraño», dijo el príncipe Saurau, «y me refiero ahora a una ridiculez que, sin embargo, resulta sintomática: en el momento en que empecé a hablar de la crecida, su señor padre empezó a hablar de la comedia. Cuanto más me ocupaba yo de la crecida, tanto más se ocupaba su señor padre de la comedia. Yo hablaba de la crecida y él hablaba de la comedia». Mi padre dijo: «Pensaba todo el tiempo: tienes que hablar de la crecida, pero hablaba de la comedia». El príncipe Saurau dijo: «Sin embargo, yo hablaba de la crecida y no de la comedia, porque ¿de *qué* otra cosa hubiera podido hablar ese día más que de la crecida? *Naturalmente*, no podía pensar en otra cosa que en la crecida. Y su señor padre sólo *pensaba* en la comedia. Cuanto más me ocupaba yo de la crecida, tanto más se ocupaba su padre de la comedia, y en la medida en que yo, que hablaba de la crecida, me irritaba con su padre, que hablaba de la comedia, su señor padre, que hablaba de la comedia, se irritaba conmigo, que sólo hablaba de la crecida. ¡Una irritación tremenda!», dijo el príncipe. «Una y otra vez oía a su señor padre comentar la comedia, interrumpiendo mi interminable discurso sobre la crecida. Eso fue lo increíble», dijo el príncipe, «que, con el paso del tiempo, hablase cada vez más y de nada más que de la crecida, y su padre de nada más que de la comedia. Y su señor padre hablaba cada vez más alto de la comedia y yo cada vez más alto de la crecida. Alto, igual de alto, igual de alto y simultáneamente hablábamos los dos: su padre de una *tremenda* comedia y yo de una *tremenda* crecida. Y entonces», dijo el príncipe, «hubo un rato en que los dos hablamos exclusivamente de la crecida y luego otro en que sólo se habló de la comedia. Pero mientras los dos hablábamos de la comedia, yo pensaba sólo en la crecida y mientras hablábamos de la crecida, su señor padre pensaba sólo en la comedia. Así, pues, hablábamos alternativamente de la crecida, mientras su señor padre pensaba en la comedia, y de la comedia, mientras mis pensamientos estaban en la crecida. *En atención a mí* hablábamos de la crecida y *en atención a su señor padre*, de la comedia. Si hablábamos de la crecida, yo pensaba que su señor padre quería hablar de la comedia, y si hablábamos de la comedia, yo quería hablar sólo de la crecida». «Yo», dijo mi padre, «quería hablar de la comedia en comparación con una comedia que vi una vez en Oxford: comparar los actores ingleses con los nuestros, hablar de las diferencias entre el idioma inglés y el nuestro». El príncipe dijo: «Naturalmente, yo estaba obsesionado por la crecida, pero su señor padre, también naturalmente, *no* estaba obsesionado por la comedia». «Mientras hablábamos de la comedia», dijo mi padre, «usted, príncipe, decía continuamente *¡pérdidas cuantiosas!* o *¡pérdidas enormes!*, en tanto que yo, mientras hablábamos de la crecida, decía siempre cosas como *bambalinas*, *mímica*, *exaltación*

y *marionetismo*». «En el fondo, sin embargo», dijo el príncipe, «ese día, hablásemos de lo que hablásemos, hablábamos sólo de la crecida».

«Inmediatamente después de la comedia», dijo el príncipe, «salí del pabellón de recreo y me dirigí a las murallas interiores, porque la comedia no había conseguido distraerme de los ruidos. Y precisamente había esperado que la comedia me distrajera de mis ruidos. En realidad, tampoco en las murallas interiores pude distraerme de los ruidos, y me dirigí a las exteriores. Por algún tiempo conseguí estar en las murallas exteriores sin ruidos, y desde esas murallas exteriores observé allí abajo a la gente que había venido a ver la comedia y se marchaba a su casa. Algunos bajaron al barranco», dijo el príncipe, «no sé para qué. Todavía hoy no sé para qué bajaron algunos al barranco. De pie tras el enorme pino, observé a la gente que se despedía de mis hermanas y de mis hijas. La comedia», me dijo el príncipe, «la organizan naturalmente las mujeres; en realidad yo no tengo nada que ver con toda esa comedia, pero las mujeres la montan todos los años e invitan a cientos de personas, para mí totalmente sin interés y, en su mayoría, repulsivas. Para las mujeres la comedia es siempre, naturalmente, un pretexto para invitar a cientos de personas, personas que efectivamente vienen, pero en ello la comedia desempeña también el papel menos importante», dijo el príncipe; «las mujeres aprovechan la comedia para recibir gente en el castillo, y la gente que viene al castillo a ver la comedia no viene por la comedia, sino por pura curiosidad. Si de mí dependiera», dijo el príncipe, «no subiría aquí nadie más, ni una sola persona. Desde luego», dijo, «ese aislamiento es también, naturalmente, un estado enfermizo. Sin embargo, la sociedad —y me refiero a *toda la sociedad*, pero en especial a la capa social que viene a ver la comedia— es una canalla abominable. Con todo, les doy gusto a las mujeres y les dejo invitar a quien quieren. Como yo nunca *quiero* ver a nadie en Hochgobemitz, la comedia me resulta espantosa. De hecho», dijo el príncipe, «estuve tras el alto pino unos segundos totalmente sin ruidos. Sin embargo, para entrar un poco en calor —tenía la sensación de helarme— caminé un trecho por el patio, corrí luego otro trecho y entonces, mientras aminoraba el paso, declamé silenciosamente algunas frases de la comedia. Mi memoria está intacta, pensé; mi memoria está *todavía* intacta, porque he podido repetir frases enteras, y precisamente las más difíciles de la comedia. Pensé que las mujeres y el joven polaco —un pariente— se habrían ido a la cama, mientras yo, declamando pasajes de la comedia, cruzaba el patio. Realmente me causó placer recitar parlamentos enteros, los más largos de la comedia, sin ninguna falta. Fragmentos enteros», dijo el príncipe, «recreándome en el ritmo de las frases. Me paseé más de una hora por el patio, y estuve en las murallas interiores y en las exteriores, sin darme cuenta de ello, mientras recordaba cuanto podía del texto de la comedia. Una comedia, creo, realmente buena», dijo el príncipe; «escrita por un primo mío expresamente para esa representación. Puse a prueba mi memoria», dijo el príncipe, «de la forma más despiadada, sin miramientos, y pude comprobar que mi memoria está intacta. Realmente, doctor, mi memoria estaba esa noche intacta.

Estaba, de repente, otra vez *totalmente intacta*. Reconstruí la comedia», dijo el príncipe; «me interesaba sobre todo su construcción más íntima. Lo que había en ella de efectivo. De pronto», dijo el príncipe, «tuve la sensación de que podría dormir, una sensación que me era ya completamente extraña, y bajé de las murallas interiores del castillo —donde estaba en aquel momento— al patio, para dirigirme a mi alcoba. En un principio no tenía la intención de pasar por la biblioteca, pero pasé por la biblioteca; me interesaba un libro y quería *empezar* a leerlo», dijo el príncipe. «Y cuando entro en la biblioteca me encuentro con las mujeres», dijo. «Me sorprendió que estuvieran aún allí. También estaba el sobrino polaco. Todos se sentaban en el suelo. Vi que eran las cuatro de la mañana. Extrañamente inmóviles, todos se sentaban en el suelo en almohadones. Muertos de cansancio se sentaban en almohadones con sus *whiskies*, en un estado de crispación trasnochada. De repente», dijo el príncipe, «sentí muchas ganas de iniciar una discusión con ellos. Efectivamente, les dije —sobre todo a mis hermanas—: ¿no hace frío aquí?, ¿no hace *demasiado* frío *ahí*?, y empecé a hablar enseguida de los anticuerpos de la Naturaleza. El tema se me ocurrió enseguida. En el fresco matinal», dijo el príncipe, «podía desarrollar mis ideas muy bien y con mucha rapidez. Tenía buenos oyentes; de pronto me dije: desde hace mucho no has tenido tan buenos oyentes, *durante años* has esperado unos oyentes así. ¡Es asombroso que puedan escuchar tan bien! ¡Y discutir además!, pensé. El joven polaco discutía admirablemente, admirablemente», dijo el príncipe. «Sin embargo, de repente —preste atención, querido doctor—», dijo el príncipe, «volvieron otra vez los ruidos. Así pues, durante todo aquel tiempo sólo había podido sofocarlos, pensé, sofocarlos *gracias a la comedia*. Sí, la comedia. Los ruidos destruyeron inmediatamente mis ideas, transformaron en un caos cuanto había en mi cabeza. Ensoyadores. Mis oyentes no se dieron cuenta de nada, naturalmente», dijo el príncipe; «naturalmente, no podían ver lo que pasaba en mi cerebro. Pero sin duda pudieron *sentir*», dijo, «que en mi cerebro un orden maravilloso se había convertido de pronto en un espantoso caos, en un caos espantoso y ensordecedor. El dolor», dijo el príncipe, «en el momento en que los ruidos aparecieron de nuevo y destruyeron cuanto había en mi cerebro fue tan horroroso, que pensé que tendría que interrumpir inmediatamente mi discurso y también toda la discusión. Sin embargo —porque, como ya he dicho, no había tenido desde hacía años unos oyentes tan atentos, tan *sinceros*, tan *exigentes*, me pareció, tan *interesados*, tan *capaces de discutir*—, me permití transigir y logré restablecer el orden en mi cerebro. Eran las cuatro y media de la mañana y, en parte porque era necesario, hablé en polaco —tenía que dirigirme principalmente al joven polaco— sobre el anticuerpo en la Naturaleza, sobre la Naturaleza y el anticuerpo y sobre el anticuerpo *de* la Naturaleza. Mientras profundizaba en la materia, investigaba el grado de dificultad de mi pensamiento en relación con el grado de dificultad del pensamiento de mis oyentes. Probablemente gracias a la comedia», dijo el príncipe, «de pronto fue posible lograr una tensión intelectual que no creía posible: una

comunidad de pensamiento que, sin duda, era también un estar juntos desde el punto de vista de la filosofía natural y que —gracias igualmente a la presencia del polaco— resultaba de la máxima concentración. En el apogeo de la discusión, e incluso antes de que la discusión comenzara, les dije a mis oyentes lo que *era* una discusión: que una discusión era algo muy distinto de lo que hoy se creía que era una discusión. Tuve la impresión de que allí en la biblioteca había en realidad personas totalmente transformadas; no *horribles parientes*, sino personas receptivas, capaces de reflexionar, de *desarrollar* ideas, de elaborar argumentos, capacitadas para discutir; encontré personas esencialmente cambiadas», dijo el príncipe. «¡Todos eran de repente distintos! Tuve la impresión de que hablaba a mentalidades científicas. ¡Mientras me paseaba arriba y abajo, hablaba a mentalidades científicas! Yo mismo tenía de pronto, no una *cabeza* caótica y únicamente dolorida, sino una clara mente científica. Como mi pensamiento era totalmente claro, a medida que lo expresaba, que lo comentaba, iba siendo incorporado continuamente —lo que no hubiera creído posible— por mis oyentes. Nos encantaba», dijo el príncipe Saurau, «esforzarnos en esa mañana, mientras la noche se disolvía a nuestro alrededor, llegaba de oriente la luz del día y el inmenso mecanismo de ranas y grillos se iba retirando al suelo, el barranco y los valles. Mientras amanecía, dejamos de sentirnos de pronto destructores de nervios. Nos habíamos vuelto mejores. Pude observar en todas nuestras fisonomías la calma —aunque sexualmente incitante— de nuestros sentimientos, concepciones y desarrollos intelectuales. Esa mañana comprobé que todavía no *estamos* totalmente aniquilados. Las hermanas de mi hijo», dijo el príncipe Saurau, «se adaptaron igual que mis propias hermanas; se sometieron a mi pensamiento que, *con toda calma*, les pareció a todos una fantasía soportable —no insoportable—, gracias a la comedia; gracias a la repentina claridad de nuestros cerebros, todos fuimos repentinamente conmovidos por la Naturaleza. Por aquella calma», dijo el príncipe. «¡Qué pocas veces somos capaces de apreciar esa calma! De repente, todos juntos éramos capaces de esa calma, que reina siempre en Hochgobernitz, y no sentíamos la menor flaqueza hostil. Sin la menor flaqueza —ni la más mínima— en su capacidad intelectual, todos seguían la explicación de una monstruosidad dentro de la máquina universal física y química que, como ellos (y yo) podían darse cuenta cada vez con mayor asombro, iba tomando posesión creciente de nosotros. Sin embargo», dijo el príncipe, «continuamente era atormentado por los ruidos de mi cerebro. Mientras con la mayor seguridad —porque los conozco— nos conducía a través de nuestro pensamiento y de nuestras propias tinieblas, me encontraba siempre en medio de los espantosos ruidos de mi cerebro, separado de la vida», dijo el príncipe Saurau. «Entre mi propia gente, sentía que para todos ellos hacía tiempo que me había vuelto invisible, y lo sentía cada vez con más fuerza. De pronto no estuve ya a su disposición, no estuve ya *allí*. Me esforcé por dejar un reflejo de mí —lo que me costó el mayor esfuerzo— y permití que se mirasen todos en ese reflejo. Me había imaginado», dijo el príncipe Saurau, «que gracias al rato pasado en las murallas y en el patio (después de la

comedia), podría hacer de nuevo en la biblioteca un avance en la vida; aproveché la oportunidad, pero en realidad no lo conseguí. Los ruidos de mi cabeza me impiden hacer nada. Los oigo desde hace ya tiempo, cada día duplicados», dijo el príncipe Saurau. «Sin embargo, mi tormento es algo a lo que usted no tiene acceso», le dijo a mi padre. Sólo visita al príncipe, pensé, para curarle el insomnio, sin hacer nada contra su enfermedad, contra su —como cada vez se ponía más de manifiesto, mientras paseábamos por las murallas exteriores del castillo— *demencia*. Porque de pronto vi con claridad que el príncipe *es* un demente, lo que al principio, mientras él hablaba de la mañana, no había comprendido; entonces me había parecido que el príncipe *no* era un demente, y había pensado, mientras él hablaba de los solicitantes del puesto de administrador vacante, que era cualquier cosa menos un demente, en contra de lo que decía mi padre, que siempre lo había calificado de demente. Sin embargo, ahora, mientras paseábamos cada vez más aprisa por las murallas exteriores del castillo, comprendí que el príncipe *es* realmente un demente. El príncipe dijo: «La dificultad de esa mañana, querido doctor, de la mañana *siguiente* a la comedia, consistió para mí en esto: desde el momento en que, al entrar en la biblioteca, vi a mis parientes sentados en el suelo, supe que *tenía* que dirigir la discusión, que pronunciar ese discurso; supe que no podía volver atrás, volver a mi pensamiento, separado de su mundo por miles de principios, que no podía, simplemente, volver a mi cerebro. Tenía que pensar *en voz alta*, volver a *aclarar públicamente* una cuestión que, aunque muy complicada y quizá incluso insuperable, era completamente lineal —el problema del anticuerpo en la Naturaleza—, pero al mismo tiempo, querido doctor, como una víctima artificial separada de esa cuestión por los siglos pasados y futuros, por los conceptos absolutos de la Naturaleza, tenía que avanzar por una maroma tendida sobre todo el mundo del espíritu, y atravesar con el cerebro —aunque probablemente adentrado ya en el aire universal— todas las ciencias, artes, causas y efectos, hacia una meta situada en la más completa oscuridad, de la que fluía hacia mí un frío glacial». Nos detuvimos: «Una noche como la que siguió a la comedia —la comedia era buena, doctor, era una comedia *muy buena*—», dijo el príncipe, «que fue una noche tranquila —la calma anterior a la crecida, doctor— (gracias a la comedia), una de las *noches tranquilas* que se han hecho raras en Hochgubernitz —ya puede imaginarse qué raras son esas noches tranquilas en Hochgubernitz desde que mi hijo está fuera: como la calma es completa en Hochgubernitz, está *ahí* efectivamente, ya no hay calma... sencillamente, ya no hay calma en Hochgubernitz—, esa noche y esa mañana fría entre nosotros y entre los libros, en esa atmósfera helada del amanecer en que los sentimientos pueden convertirse libremente en ideas y las ideas libremente en sentimientos y ésa es la magia ideal: estar juntos de pronto en la soportabilidad... En esa noche, en que los elementos destructores de la familia y los elementos desintegradores de la familia, de la forma más refinada —ya sea por fatiga *después* de la comedia, o por desvarío *antes* del alba, o por desvarío y fatiga *después* de la comedia y *antes* del alba al mismo tiempo—, están tan reprimidos que todo puede

existir simplemente en la *verdad*... Imagínese que, de pronto, todos los de la casa sintieron la calma que en la casa reina únicamente como calma que reina en la casa; se les evitó lo terrible, lo siniestro. Una sociedad repentinamente desarmada, orientada hacia el mal inmediato dentro de la naturaleza de esta casa, en la que, por una jornada excitante a causa de la comedia, algo *filosóficamente insoportable* se convierte en algo *soportable no filosófico* (¡quizá en una composición genial!) En esa mañana en la que, por primera vez, pude sentir en mí el otoño, en mí y en los otros como otro... pudimos ver de repente en nosotros este otoño (cada uno el suyo), gracias al estado de excitación *antes* de la comedia y *durante* la comedia: la calma del otoño *después* de la comedia, la geometría del agonizar de la Naturaleza exterior a través de la interior». A la mañana siguiente de la comedia, el príncipe Saurau les había hecho «*un análisis magistral*» en la biblioteca mientras estaban todos reunidos; «menos mi hijo, estaban casi todos los miembros de la familia reunidos», dijo el príncipe; «*todos*», repitió y dijo que, en muchos años, no había podido decir que estaban *todos* reunidos en Hochgubernitz. «Todos se sientan allí y escuchan lo que digo sobre la Naturaleza, y oyen hablar del concepto de Naturaleza y del concepto del anticuerpo en la Naturaleza y del concepto de la naturaleza del anticuerpo, y de repente veo a mi familia, un Hochgubernitz monstruosamente grande, monstruosamente envejecido, una historia aterradora cada vez más sombría hacia su origen, un espantoso hedor de la estirpe, un *arte*, una *artificiosidad* de la estirpe cada vez más hediondos, un laberinto de mensajes de horror de difuntos que llevaron el nombre de Saurau en el que, de vez en cuando, oigo todavía realmente gritos de espanto, querido doctor, oigo realmente gritos de espanto que salen del laberinto de mi familia, los gritos de espanto demasiado tardíos de los que murieron antes que yo... Sí», dijo el príncipe, «mi hijo no me escribe, mi hijo guarda silencio, mi silencioso hijo que estudia en Inglaterra, mi hijo silenciosamente estudioso en Inglaterra», dijo entonces el príncipe. «No escribe ni una carta sincera.» Y, unos pasos más adelante, dijo el príncipe: «La crecida me cuesta millón y medio. ¡Una crecida de millones!», dijo. «Sin embargo», dijo volviendo a la mañana siguiente a la comedia, «mientras yo, entre mi gente, entre la gente que me ha quedado en Hochgubernitz, mientras —sobre todo a ese rostro polaco sumamente inteligente— se lo aclaro todo, aclaro la Naturaleza y *clarifico* lo aclarado, porque todo lo *aclarado* debe ser también *clarificado* —se trata de un viejísimo proceso natural—», dijo el príncipe, «mientras intento, pues, *clarificar* y *aclarar* y *clarificar* nuevamente el concepto de la Naturaleza —el alba me ayuda, el aire cortante—, miro los rostros de mis hermanas y mis hijas —en esa frialdad del otoño se ve de pronto con mucha nitidez, querido doctor—, y los veo a todos, también a mi hijo, sí, a mi hijo ausente, querido doctor; los veo a todos existiendo *por mí*, y tomo conciencia de una situación monstruosa que es, probablemente, *el* espanto mismo: *¡soy su padre!*»

El príncipe dijo: «Como una realidad previa enormemente diferenciada, los veo a todos, veo esa realidad que está hecha de mí y de la que estoy hecho... ¡y en mi

cerebro sigue el estruendo!»

En la lejanía, allí abajo, en el valle, sobre un puente de madera, como en un teatro de marionetas accionado mecánicamente desde abajo, vimos unos trabajadores que obedecían a un capataz invisible, y oímos un estruendo que, de repente, se aceleró con rapidez y subió hasta nosotros, a través del bosque, por el aire repentinamente frío.

El príncipe dijo: «Tengo la impresión de que sería natural que, en cualquier momento, el mundo se desintegrara. ¿O es quizá la Naturaleza la que debe aniquilarse?», dijo. «Ese proceso procede siempre de dentro y actúa hacia fuera. No sólo tengo la *impresión* —cuando llego a esa observación, a esa contemplación que lastima cuanto hay en mí, cuando me veo obligado a ella porque, al parecer, soy un organismo adiestrado sólo para esa observación, para esa contemplación— de que el momento (al principio hay un desmenuzamiento, fisuras, rupturas, ¡un desgarro y un desmenuzamiento!), de que el momento *ha* llegado... Ese momento puede durar siglos, naturalmente; hacia atrás y hacia delante, naturalmente. Milenios. Lo que me desconcierta, sin embargo», dijo el príncipe, «no es el hecho de que todos esos ruidos hayan estado en mi cerebro, *estén siempre* en mi cerebro, hayan estado siempre y estarán siempre; lo terrible es que nadie con quien he tenido contacto nunca —y, mi querido doctor, he tenido contacto con tanta gente, con tantos personajes que, si los tuviera usted delante en un montón, delante en un montón, el mundo entero se desmoronaría ante usted: he dispuesto de una variedad tan grande de personas para elegir y cada día he dedicado algunos momentos al trato con toda clase de personajes y cerebros—, que ninguno de esos cerebros se ha dado cuenta nunca de esos ruidos y que nunca se dará cuenta de ellos. El hecho de que sea así no es estremecedor, sino el que sea *yo sólo* quien —que mi cerebro sea el *único* que— tenga que registrar lo que, por esa causa, resulta horroroso y mortal. Lo que me rodea —y siempre excluyo de mí, de mi cerebro, por decirlo así, de un Hochgobernitz intelectual, de mi entorno inmediato y más inmediato, el total, el mundo entero, etc...en el que, en cualquier caso», dijo el príncipe Saurau, «toda la Humanidad tiene cabida— es de una incapacidad de percepción, de registro, de recepción... que casi paraliza la vida. Ese hecho es para mí mortal, *eso* es un hecho mortal para mí: el que en ese hecho esté solo, el que *esté solo en ese hecho*. «¡Ese río de fango gigantesco!», gritó el príncipe, y luego repitió varias veces: «¡Ese río de fango gigantesco!» Nos dijo que mirásemos al valle, a los trabajadores colgados del puente. «A esas gentes ahí acurrucadas tengo que pagarlas, tengo que pagar a esas gentes ahí acurrucadas. Pago a esos hombres por culpa de un vicio de la Naturaleza, por un vicio de la Naturaleza pago a todos esos hombres inútiles.» Me pareció que, cuando decía *hombres*, se situaba a una gran distancia de aquellos hombres. «El que antes», siguió diciendo el príncipe, «antes encontrara dificultades, lo mismo que usted, doctor, para penetrar en las cumbres y abismos —separados todavía de la forma más peligrosa— de un solo problema, de un solo tema, de una temática, de una corriente de pensamiento; para investigar y

dominar, para contemplar ese tema, ese pensamiento, esa *corriente* de pensamiento por lo menos de un modo inusitado, me parece ahora fatal ante el estado de absoluta fatalidad en que siempre, para no ser absurdo, me veo obligado a actuar en tantos ámbitos simultáneos como pueda imaginarse, en imágenes para las que, como puede verse, no existe —de la forma más horrorosa— ninguna frontera porque, en lo que a mí se refiere, he llegado realmente al punto en que la falta de fronteras se ha convertido en seguridad; al nivel del trastorno permanente de la edad avanzada, a la soledad filosófica y filosófica cada vez mayor del intelecto, en la que se tiene conciencia de todo continuamente, con lo que el cerebro, como tal, deja de existir... La verdad es que cada vez creo más que lo soy todo porque realmente no soy ya nada, y por ello considero todavía todo lo humano —lo mismo que todo lo humanamente *posible*, que *todo* lo humanamente posible—», dijo el príncipe, «como algo vergonzoso sólo. Después de la comedia tuve plena conciencia de ese estado», dijo el príncipe, «de ese estado con respecto, sobre todo, a mis parientes, a los que siempre he llamado *los que no perciben*. Tuve conciencia, con mayor claridad que nunca, de una tremenda *distancia* ción y *aliena* ción, que era, al mismo tiempo, la mayor proximidad y compañerismo en el infortunio, aunque no compañerismo en el sufrimiento. Nunca he sido compañero de sufrimientos de los hombres, sino sólo su compañero de infortunios. Es como si, durante toda la vida, sólo hubiera tenido un pensamiento: ¡Qué posibilidades de esfuerzo guarda la mente humana! Y desde hace tiempo pienso», dijo el príncipe, «que en realidad vivo sólo en un sufrimiento, en un sufrimiento que es mío, que únicamente a mí me pertenece, en una naturaleza que es mi propia naturaleza, sustraída ya a la capacidad de sufrimiento humana, demasiado vieja para ella, para lo humano, demasiado vieja para todo lo posiblemente humano. El darme cuenta de que todo lo que me rodea (una generación por debajo o sólo una cabeza a mi lado) —ya sea ahí, en el Gubernitz, donde en los últimos tiempos todo me resulta claramente un continuo dolor, o aquí, en la altura, mucho más destructora por naturaleza, con su aire enrarecido— me *tiene* que parecer en el fondo totalmente falto de perceptividad hace que, desde hace mucho, todo me cause el mayor sufrimiento y, al mismo tiempo, el mayor placer».

Pasamos de las murallas exteriores a las interiores. El príncipe dijo entonces que, en sólo treinta años, había duplicado con creces las posesiones heredadas de su padre; «contra todos los rumores», dijo, «contra toda la evolución política europea, contra toda la evolución mundial». Toda su vida había pensado en extender Hochgubernitz, y un día había comprobado que Hochgubernitz *se había* duplicado. «Mi hijo, sin embargo», dijo, «destruirá Hochgubernitz en cuanto lo tenga en sus manos».

La pasada noche, dijo el príncipe, había tenido un sueño. «En ese sueño», dijo, «podía ver una hoja de papel que se movía lentamente, desde *muy abajo* hasta *muy arriba*, en la que mi hijo había escrito lo siguiente. Veo cada una de las palabras que mi hijo *escribe*. Mi hijo escribe: Yo, refugiado en alegorías científicas, creía haber vencido para siempre a mi padre, como se vence una enfermedad infecciosa. Hoy, sin

embargo, veo que esa enfermedad es una enfermedad mortal —estremecedora en sentido elemental— de la que todos sin excepción mueren. Ocho meses después del suicidio de mi padre —¡fíjese, doctor, después del suicidio!, ¡después de mi suicidio!, escribe mi hijo, ¡después de mi suicidio!—, ocho meses después del suicidio de mi padre todo está ya arruinado y puedo decir que soy yo quien lo ha arruinado, puedo decir que yo he arruinado Hochgobernitz, escribe mi hijo; y escribe: ¡Esa explotación floreciente la he arruinado yo! ¡Ese monstruoso *anacronismo* agrícola y forestal! De pronto veo, escribe mi hijo», dijo el príncipe, «por primera vez, mientras liquido esa explotación —con independencia de que sea la mejor posible o precisamente por ello —, que estoy poniendo en práctica mis teorías, escribe mi hijo», dijo el príncipe; «por primera vez he conseguido *realizarlas*, escribe mi hijo. Desde mi despacho veo que viene Moser, escribe (Moser es el secretario municipal); veo que el que odio se aproxima, escribe mi hijo, y me digo: sé lo que quiere, aunque quizá quiera ahora otra cosa... No, lo va a intentar por tercera vez. He observado a Moser tres veces ya, escribe mi hijo», dijo el príncipe; «desde la ventana del despacho, una vez que la niebla se ha disipado —una niebla idéntica, realmente idéntica a la niebla londinense — puedo ver ahora hasta el bosque, todas las tierras limitadas por el bosque que se extienden ante mi ventana; cuando miro afuera, miro afuera venciendo mi miedo personal elemental, escribe mi hijo, algo que se hace realidad, escribe, probablemente por mi antipatía hacia mí mismo y hacia todos, más concentrada aún desde mi vuelta de Inglaterra, y por mi soledad verdaderamente más o menos catastrófica, aunque también fantástica; por *miedo a la bajeza*, a ser sorprendido de repente por el *allegadizo* Moser, posiblemente además en situación embarazosa —lo que temo— en lo que afecta a mi naturaleza física y mental, que continuamente se transforma por completo en plazo brevísimo; no pasa minuto sin que mire por la ventana; miro por la ventana por lo menos cada dos o tres minutos y recorro con la vista las tierras, intentando descubrir si se mueve algo en el bosque, porque a menudo ocurre, escribe mi hijo, que alguien se esconde en el bosque para, cuando se cree inobservado, ponerse en movimiento rápidamente desde la posición de inmovilidad a la que, con astucia, se ha forzado entre los árboles, para parecerse a ellos, y lanzarse con increíble velocidad hacia su víctima... Realmente, escribe mi hijo, Moser, el secretario municipal, debía de haber estado mucho tiempo inmóvil entre los árboles: todo en él indicaba, mientras se dirigía al castillo por las tierras, que había pasado un rato en que había pensado algo relacionado con sus intenciones y, por consiguiente, conmigo, en que había meditado un plan que me afectaba, naturalmente de forma perjudicial... Desde el primer momento, escribe mi hijo, ese hombre me ha parecido sospechoso, sospechoso, y no tanto por su *físico* repugnante como por su *mentalidad* vil, en la que todo lo malo de sus cualidades, rebajadas al nivel de la repugnancia, parecía reunirse en una sola, constantemente peligrosa para la comunidad, en una impertinencia que suscita un asco continuo; escuche, doctor, lo que mi hijo escribe. Escribe: para mi padre, ese hombre —en realidad se trata de un hombre totalmente

extraordinario, por su *infamia melancólica en el sentido más temible* y porque su fisonomía desmiente a la humanidad entera en todo momento y en todos los casos y aspectos— ni siquiera existía, pero yo nunca he podido librarme por completo de ese delincuente habitual, en libertad toda su vida, que nunca ha tenido tropiezos con la Ley y nunca —porque el mundo es demasiado estúpido— tendrá tropiezos con ella. En realidad he visto a Moser —incluso sé con exactitud, escribe mi hijo, que ha sido en el momento en que, durante mi lectura de hoy, estudiaba la frase más peligrosamente excitante, que dice que *en las revoluciones burguesas el derramamiento de sangre y el terror, el asesinato político, fueron el arma indispensable en manos de la clase ascendente*; escuche, doctor, escuche— mucho tiempo antes de que saliera del bosque —entre los troncos de los abetos, en uno de los movimientos más breves que pueden percibirse con la vista—, y luego, al cabo de dos o tres minutos, cuando, por costumbre, miro otra vez por la ventana, lo veo de repente andando ya por el prado, a lo largo de las murallas exteriores; lo reconozco enseguida como Moser, el secretario municipal, y me digo: *el medio de locomoción comunal por excelencia*; y me levanto y voy al zaguán, escribe mi hijo, y cierro la puerta que, porque de pronto hacía calor, había dejado abierta, aunque probablemente *demasiado tiempo* porque, de pronto, hace otra vez *frío*: en esta casa hay que tener mucha sensibilidad para saber cuándo se deben *abrir* las puertas y ventanas y cuándo se deben *cerrar*, a fin de que no haga demasiado calor ni demasiado frío, y cada ventana y cada puerta requiere un ritmo distinto de apertura y cierre», dijo el príncipe, «y el tiempo es —esto lo veo—, a diferencia del tiempo en Inglaterra, totalmente distinto cada hora, y podría volverlo a uno loco si se perdiera en esa ciencia que no puede aprenderse. Mientras estaba cerrando la puerta de la casa», dijo el príncipe, «escribe mi hijo, pensé —repentinamente perturbado en mi lectura, arrancado a ella: de pronto no sabía ya para qué servía la frase que, a mi manera, había multiplicado y dividido más de cien veces, ni la otra frase, repetida una y otra vez por mí en alta voz y con clara pronunciación: *la revolución proletaria, que condena el asesinato, no necesita para sus fines el terror*— que no dejaría entrar a Moser, el secretario municipal. Corro las cortinas, escribe mi hijo», dijo el príncipe, «puedo haber salido muy bien, escribe; y escribe: realmente corro las cortinas, y enseguida las vuelvo a descorrer otra vez, porque me parece ridículo correrlas a causa de Moser, el secretario municipal; pienso: ¿tiene ya Moser, el secretario municipal, tanto poder sobre un Saurau que éste tenga que representar una comedia ante él? ¿Que tenga que representar algo, *tanto para él como para mí*? Que tenga que correr las cortinas ante él, que tenga que cerrar la puerta ante él... Y abro otra vez las cortinas, tanto como puedo, y voy otra vez al zaguán y abro la puerta, tanto como puedo. De repente hace otra vez calor; Moser está sólo a unos cien metros de distancia de mí, ya en las murallas interiores; ahora camina más despacio; antes me ha sorprendido la velocidad con que Moser —de quien se dice que está enfermo del corazón y al que anualmente, como me consta, la caja del seguro de enfermedad de la

región le paga una o dos estancias de varias semanas en un establecimiento para enfermos cardíacos de Holzöster— ha recorrido el prado; por las murallas interiores anda todavía más aprisa que por el prado que, desde hace ocho meses, no he hecho cortar; mientras yo viva, pienso —pienso otra vez en mi *realización*, escribe mi hijo», dijo el príncipe, «en mi triunfo, en mis teorías—, mientras yo exista no se cortará ese prado; mientras yo exista no se hará en esas tierras —y pienso: ¡en mis, en mis tierras!— nada que *pueda* ser útil, nada, nada, ¿me oye, doctor?, nada, nada», dijo el príncipe; «desde hoy las tierras de Saurau serán tierras totalmente inútiles... Moser resulta típico como representante de la ruindad y la bajeza del ser humano individual, escribe mi hijo, y escribe que resulta también típico como representante de la ruindad y bajeza del Estado; con Moser se puede demostrar cualquier cosa, menos el ideal más modesto; encarna algo que nadie debería ignorar: que el hombre es bajo y ruin y que quien lo engendra, por engendrarlo, es todavía más bajo y más ruin. *Moser descalifica al mundo y su Creador*. De pronto pienso, escribe mi hijo: ¿no es lastimoso hacer teatro ante un ser como Moser? Hubiera debido recibirlo aquí, en la puerta —donde me sigo ocupando en los pensamientos más ridículos sobre Moser—, pero no, escribe mi hijo, no lo recibiré en la puerta de la casa porque, a pesar de todo, me parecería un signo de incapacidad, porque, si no tuviera el más mínimo, el más extraño, el más —debo decir— secreto miedo de Moser, hubiera debido permanecer por de pronto detrás de mi escritorio, en el despacho, y hubiera debido recibir a Moser donde *estaba* antes de verlo. Se diría que no estoy a la altura del secretario municipal, que no estoy a la altura de Moser al que —cuando pienso en él— califico de cretino, aunque nunca haya expresado acústicamente ese concepto: ¡*un Saurau que no está a la altura de un Moser!* Sin embargo, ya no había forma de remediarlo y pronto recibiría al secretario municipal, en la puerta de la casa o en el despacho; y pienso que ese hombre es de los que, sin el menor reparo, entran por la puerta de una casa o incluso de un castillo que no encuentren cerrada, y van abriendo luego una puerta tras otra, preguntando hipócritamente si hay alguien. No obstante, Moser sabe, escribe mi hijo, que siempre que no duermo estoy en el despacho; por qué lo sabe no lo sé, pero sé que lo sabe. Moser es alguien que, básicamente, sabe todo lo que le conviene. Y hasta sabe que yo, escribe mi hijo —lo sabe muy bien—, para leer —también la última vez me interrumpió en mis lecturas: ¡Schumpeter, Rosa Luxemburg, Morus, Zetkin!—, cuando no estoy durmiendo estoy en el despacho —por el panorama— y no en la biblioteca, y que —eso es importante para él saberlo— en ese despacho no me ocupo de la explotación como mi difunto padre, en la medida en que mi plan de aniquilarla, de aniquilar la explotación entera —lo oye, doctor, ¡aniquilar la explotación entera!— no constituya también un esfuerzo en pro de la explotación de los Saurau. Mis reflexiones sobre ese colosal desconcierto como venganza contra mi padre... por un agravio que quizá no sea de cientos, sino de miles de años, ya tendré tiempo de precisarlas; toda esa gigantesca explotación agrícola paternal me ha parecido siempre, cada vez más, un gran error que se iba haciendo

infinito, pienso, escribe mi hijo. Leo en el despacho, escribe, y me asquea también, pero leo. Leer es, para mí, el más soportable de todos los ascos. Para Moser es una ventaja, escribe mi hijo, saber, entre otras cosas, que estoy en el despacho *para leer*. Realmente, la ridiculez de leer en medio de cientos de calculadoras y archivadores de economía agrícola y forestal, en los que no se calcula ni archiva ya nada, me parece *la ridiculez de mi padre*. Aquí digiero, una vez que él ha muerto, mi complejo de venganza. Ahí, aspirando el olor de una disciplina de trabajo forestal y agrícola de, por lo menos, medio milenio —hasta casi perder el conocimiento—, leo a Kautsky, Babeuf, Turati y gente así. Él, mi padre, sabe que yo —aunque hasta ahora sólo mentalmente—, he *alienado de sus fines* todo Hochgobernitz. E indudablemente, allí donde esté, sospecha su total alienación. ¿En el cielo? Así pues, leo en el despacho, escribe mi hijo, escuche lo que escribe», dijo el príncipe, «y Moser anda diciendo por ahí: ¡el joven Saurau se dedica ahora a *leer* en el despacho donde su padre *trabajaba!* Moser pregunta a menudo —siempre en el momento que más le conviene— *qué soy o qué no soy*, pero siempre dice que estoy loco. Siempre que habla de mí —y dondequiera que hable— la palabra «nefasto» no aparece con demasiada frecuencia ni rareza, aunque cuando *él* habla de hijo descastado resulta necesariamente lastimoso, porque todo en Moser es lastimoso. Sin embargo, Moser se guarda muy bien de tener una apariencia lastimosa. Pienso: real y sorprendentemente, aunque lo deseo, Moser no es nunca a mis ojos ridículo, escribe mi hijo», dijo el príncipe, «pero sí lastimoso, porque su bajeza no tiene mordiente, carece de todo elemento tragicómico. Me irrita y es odiado por las pocas personas que conocen a los hombres, pero incluso en mí, escribe mi hijo, cuando pienso en Moser, la irritación se transforma en odio. Un defecto me irrita; a Moser lo odio. Cuando de repente aparece un hombre como Moser en medio de un trabajo que exige *todo* el esfuerzo de una mente, la capacidad para sacar de la nada, desde muy por debajo del horizonte y gracias a una disciplina cada vez más dolorosa, *todo*, si es posible, *tirando de una sola idea*, al acercarse destruye cada vez más lo penosamente localizado, lo *aprovechable* y *consumible*. A medida que Moser se acerca, destruye todo lo que he averiguado leyendo durante toda la mañana y media tarde, y cuando Moser *ha llegado* todo ello, definitivamente, no sirve para nada; Moser, escribe mi hijo, demuestra con su llegada esa afirmación; inmediatamente siento una relajación mental deprimente, una sensación creciente, escribe mi hijo, de que *estoy perdido; de forma evidente*, mi concentración se desplaza, por culpa de Moser, hacia lo que para mí es secundario. Simplificando podría decir, escribe mi hijo», dijo el príncipe, «que cuando Moser *llega* mi razón *se va*. Me llamó la atención en Moser, que ahora estaba sólo a unos pasos de mí, escribe mi hijo, la importancia con que el vulgo camina. Cada paso de Moser es dado como si fuera importante. La estupidez inspira esos pasos, pienso. Mientras las personas de inteligencia aceptable caminan de forma poco importante, a menudo muy poco importante, el villano, el hombre ruin, camina de forma importante. El hombre excepcional camina de forma poco importante, escribe

mi hijo. La forma en que, por ejemplo, andan los obreros, escribe mi hijo, es importante; los campesinos, los trabajadores en general andan de forma importante. Sin embargo, entre los que andan de forma importante incluyo también a las tres cuartas partes de los intelectuales, escribe mi hijo. De forma importante andan los periodistas, los escritores, los artistas; todos los funcionarios andan de forma importante, pero los que andan de forma más importante son los nuevos políticos. Pasos por completo sin importancia», dijo el príncipe, «escribe mi hijo, una forma de andar completamente sin importancia y, por lo tanto, genial sólo la tienen las *personas de espíritu independiente*. Sin embargo, ¿dónde se encuentra ya un independiente de espíritu? En realidad, mi padre, escribe mi hijo, andaba con pasos, si no totalmente sin importancia, sí *bastante* poco importantes, y mi abuelo no concedía la menor importancia a su forma de andar... Sorprendentemente, la forma de andar de Moser me recuerda siempre la forma de andar combinada de los más diversos presidiarios... Moser tiene algo de criminal capturado, pero también, en fin de cuentas, de persona que triunfa sobre un secreto que sólo ella conoce; a menudo he meditado sobre *lo que* hay precisamente de malvado en la figura de Moser, sobre su bajeza. En el momento en que está ante mí pienso: ¡se atreve! Sin poder resumir en mi cerebro *a qué* se atreve. Me digo: ¡a qué no se atreverá este hombre! Y él quiere darme una mano que, sin embargo, no estrecho. Moser no espera, escribe mi hijo, que lo haga pasar; *nunca* lo he hecho pasar a Gobernitz. No conoce Gobernitz por dentro, escribe mi hijo, pero no sería Moser, escribe mi hijo», dijo el príncipe, «si no conociera el interior del castillo. ¡Ahí está otra vez: ese algo *siniestro* que viene hacia mí irremediablemente con Moser! La entrada de Moser, aunque sólo fuera en el zaguán, la hubiera considerado ya un baldón para siempre; la astucia con que los Moser acechan a cualquier pobre diablo y lo denuncian, la malvada relación que tienen los Moser con todo lo posible, a través de simples indicios, pienso... Los Moser llevan a cualquiera ante los tribunales o, por lo menos, al descrédito. Moser, porque no le había dado la mano, escribe mi hijo —y escribe: no lo saludé en absoluto— dio un paso atrás. Los Moser están siempre buscando en los otros algo criminal que delatar. Su intuición de todo lo que, siendo flaqueza, es malo, ¡su instinto de explotación! Cabe imaginar una masa de Moser, pienso, escribe mi hijo, que de pronto salga del mundo entero y empiece a reinar por todas partes, y en definitiva lo domine todo. Moser se ha visto burlado por mí en cuanto a su entrada, escribe mi hijo, y tiene que decir *inmediatamente* lo que quiere: ¡la cosecha! No tenía tiempo, le dije, escribe mi hijo; me molestaba, estaba trabajando —eso no le era desconocido sin duda: *leyendo* trabajaba—, estaba trabajando en la tesis de Marx acerca de *Los juicios sobre la relación entre la física democrática y la epicúrea*, acerca de *Las dificultades con respecto a la identidad de la filosofía natural democrática y epicúrea* —y por primera vez, escribe mi hijo, pronuncié ante Moser una palabra: la palabra *leyendo*—; no tenía tiempo para pedigüenos. Me sorprendía, dije, escribe mi hijo, que Moser estuviera *allí*. Después de todo, conocía mi decisión

de dejar *podrirse* la cosecha, mi decisión de dejar que Hochgubernitz degenerase, mi decisión consecuente de *aniquilar* Hochgubernitz, escribe mi hijo, doctor; no comprendía que él no comprendiera lo que yo hacía, pero yo sabía lo que hacía, escribe mi hijo», dijo el príncipe. «Sin embargo, increíble, Moser me propone ahora, ¡por tercera vez!, que deje a los trabajadores del municipio, en gran parte reclutados en el asilo, entrar en las tierras de Hochgubernitz, en mis tierras, para recoger la cosecha. ¡Quieren *recoger la cosecha* antes de que todo se pudra! Moser se atrevió a decir que se había podrido *ya bastante* y además, que si no lo sabía y —esto, sin embargo, no lo dijo— que estoy loco y que mi padre se removería *en su tumba* por mi culpa: sólo un loco no recogería la cosecha, sólo un loco dejaría que se perdiese una *agricultura tan floreciente*. Efectivamente, escribe mi hijo, doctor, el hecho de que deje perderse y destruirse *la herencia paterna* es una monstruosidad. Efectivamente, soy el único hombre de Centroeuropa que deja *perderse* tres mil ochocientas cuarenta hectáreas de tierra. Para el mundo de los Moser —todo el mundo del municipio, todo el *mundo vulgar* es de los Moser, el Estado entero es un Estado a lo Moser— es ya una monstruosidad el que yo, por un motivo para ellos absolutamente inexplicable, haya vendido todas las reses, me haya *des* hecho de todos los bienes muebles de las tierras de Hochgubernitz, haya echado a todas las personas de la casa, las haya echado antes de transcurridos ocho días desde el suicidio del viejo... ¡A mí eso me parece mi mayor obra maestra!, escribe mi hijo», dijo el príncipe. «Mi hijo escribe: el que haya expulsado también a las hermanas de mi padre de Hochgubernitz, *a todas y de qué forma*, resulta ejemplar. El que haya conseguido estar de una vez totalmente solo resulta ejemplar. Sin embargo, escribe mi hijo, cualquiera hubiera podido pensar aún que quizá continuaría una explotación sin ganado y sin personas, una explotación totalmente automatizada... pero pronto han visto que no realizo *absolutamente ninguna explotación*, que toda mi actividad se ordena a aniquilar la explotación, *todo* Hochgubernitz. ¡En una sola mañana he malvendido todas las máquinas y todos los tractores! Mi monstruosidad resulta superior a sus fuerzas, y lo han puesto en conocimiento de los tribunales y de las administraciones comarcales y regionales, sin ningún éxito... Todo eso me viene otra vez a la memoria, escribe mi hijo, en el momento en que Moser vuelve a utilizar la expresión *recoger la cosecha*. Así pues, Moser dice que quieren *recoger la cosecha* antes de que todo se pudra, que no puede creer en serio que lo deje pudrirse todo. Sin embargo, Moser sabe que no hay ninguna ley que pueda imponerme nada en las tierras de concentración parcelaria de Hochgubernitz. ¡¡Recoger la cosecha!! Escucho de nuevo lo que a menudo he escuchado ya acerca de la miseria del municipio, la miseria del pueblo, la miseria de la Humanidad, la pobreza, la comunidad, la comunidad *popular*, la lucha contra las plagas, etc., escribe mi hijo. ¡Cómo se atreve ese hombre, escribe, a entrometerse una y otra vez en un asunto que está terminado: ¡Hochgubernitz está terminado! He aceptado plenamente las consecuencias; y digo: *señor Moser, me está usted molestando*, escribe mi hijo; nada más. Me falta decisión

para darme la vuelta y hacer caso omiso de Moser. *¡Está ahí! ¡Moser está ahí!* Por un momento veo todos los caminos de acceso a mis tierras que he hecho cerrar; por todas partes he puesto letreros con las palabras *Prohibida la entrada*. También el secretario del municipio tiene que observar esa prohibición, porque aquí, en mis tierras, la entrada está prohibida para todos, *¡para todos y cada uno!* Salvo los repartidores de periódicos. Me veo ahora cavando otra vez fosos en los caminos de acceso, derribando árboles encima, desenrollando cientos y más cientos de metros de alambre espinoso, escribe mi hijo. Mi querido doctor», dijo el príncipe, «¿no le resulta *siniestro*? Naturalmente, escribe mi hijo, mi forma de actuar debe parecer extravagante, pero eso no me preocupa. El tono de Moser me ha resultado siempre angustioso; un hombre como Moser no renuncia: prueba una y otra vez, y siempre con un nuevo pretexto, pero hoy es de una insistencia insoportable. ¡Me habla de la salud del pueblo! ¡Yo soy mi realización!, escribe mi hijo. Sin embargo, no descubro, escribe, ninguna inseguridad en mí; de momento sólo hay inseguridad en Moser, y pienso: no me acuerdo de haber saludado a Moser una sola vez; y ahora escribe, doctor, escuche: tampoco mi padre saludó nunca a Moser, lo que, sin embargo, no impedía al secretario municipal, cada vez que yo lo encontraba o que mi padre lo encontraba, invadirnos a mí o a mi padre por un penoso momento, mediante un saludo hecho de la forma más hipócrita, con objeto de mancillarnos. Los Moser lo invaden a uno, y todo se vuelve en uno leproso, escribe mi hijo. Un hombre así no es nunca *aceptado*, escribe; no, un hombre así no *puede* ser aceptado. Oigo que *ha* contratado ya, dice, escribe mi hijo, la gente que necesita para recoger la cosecha de las tierras de Hochgubernitz, y dice: *naturalmente, en nombre del alcalde y de la salud pública*. Dice que mañana a las seis están todos citados ante el Ayuntamiento, que sólo esperan mi autorización. La autorización *de arriba, de Hochgubernitz*: pienso que los hombres obtienen siempre sus autorizaciones de arriba, de algún Hochgubernitz. ¡Pero yo no autorizo *nada!* Las herramientas y las máquinas, dice, las pone el municipio. El producto bastará aproximadamente, repite Moser una y otra vez, mirándome pero sin mirarme, escribe mi hijo, para alimentar a varios miles de personas durante un tiempo que no puede precisarse con exactitud, pero que se calcula en más de medio año. No, digo yo, y Moser dice que la cosecha actual es *la mejor* cosecha. El secretario municipal procura acortar precipitadamente las frases largas, porque sabe que sus alusiones me atacan los nervios. *Antes de que todo se pudra*, dice Moser patéticamente. Oigo varias veces el concepto de buen fin, pero soy sordo a ese concepto; no hay ningún fin bueno, digo. Para recoger la cosecha de mis tierras se ha convenido un salario por horas elevado, dice Moser, pero no dice *cómo* de elevado es el salario. Ese hombre lleva siempre, pienso, cualquiera que sea la estación, el mismo tabardo de invierno, ese barato y pesado tabardo invernal; su cuerpo, que una vez vi totalmente desnudo, escribe mi hijo», dijo el príncipe, «rellena ese tabardo militar. Junto al de su mujer (igualmente desnudo), escribe mi hijo, vi una vez el cuerpo de Moser a orillas del Ache; todavía recuerdo el infantilismo de su

miembro, la miserabilidad matrimonial del domingo que se cree sola tras los arbustos, que rehuye el agua clara y que, con p rfida familiaridad, se entrega al embrutecimiento en el crepúsculo. Había que empezar *inmediatamente* a recoger la cosecha, dijo Moser, porque si no se pudrir a *todo*. Poco después, oigo repetidas veces, subiendo desde el patio del castillo, la palabra *inhumanidad*.  Oigo repetidas veces la palabra *inhumanidad*! Ahora, en su tercer intento por *salvar* Hochgobornitz —y yo pienso que, *mientras yo viva, no se cosechar  más en mis tierras; a eso aspiro para siempre:  aniquilar  Hochgobornitz!*— Moser se atreve a pronunciar la palabra *inhumanidad*.  La masa se ha vuelto megal mana! La palabra *inhumanidad*, que la masa ha hecho pronunciar aquí, en el patio de Hochgobornitz, por medio de Moser, me ocupa durante cierto tiempo que —naufregando en mi esfuerzo por volver a mis lecturas y a mi ciencia— lleno con la relectura de frases que no comprendo.  Moser ha naufragado!, me digo, pero también yo he naufragado; Moser *huye*, pero también yo huyo.  A dónde? La derrota de Moser, la derrota de la masa, es también mi propia derrota. Pero mi derrota es mucho más deprimente que la de Moser, pienso. El disgusto cede ante un cansancio que no conduce a nada que me importe. Miro por la ventana, escribe mi hijo, y veo a Moser en las murallas. Poco después pienso: ahí va Moser, por ahí se ha ido, se ve por dónde se ha ido.  *Inhumanidad*! No aguant  más en el castillo, me puse las botas y salí del castillo, primero a las murallas interiores y luego a las exteriores, y mir  hacia abajo con los gemelos para comprobar hasta qué punto estaba todo realmente podrido, escribe mi hijo», dijo el príncipe. « No es extraño?», dijo el príncipe, «un escrito tan largo y puedo ver cada una de sus palabras... Así pues, no me resulta ningún misterio lo que pasar  después de mi muerte», dijo el príncipe. « Lo s  muy bien!»

Pasamos entonces a las murallas exteriores del castillo. «Ahí abajo, miren», dijo el príncipe, «está Hauenstein. Y ahí Stiwoll. Y ahí Köflach. Ayer por la noche», dijo, «estuve en el barranco. Tenía la intención de entrar en el molino, pero no pude aguantar el ruido que hacían los pájaros en la gran jaula de detrás del molino, su horrible griterío. Inmediatamente salí otra vez del barranco», dijo. «Aunque no vivo solo, hago lo que quiero. Mientras yo, con el tiempo, me he ido apartando casi por completo de toda compañía y no recibo ya visitas», dijo el príncipe, «las mujeres se consumen cada vez más en un absurdo y bestial deseo de estar acompañadas. Como sabe, he dejado incluso de jugar al ajedrez con Krainer. He suprimido todo lo que guarda relación con el trato entre los hombres. Sólo me relaciono con las personas con que *tengo* que relacionarme. También mantengo unas relaciones profesionales mínimas. ¿Acaso podrían interesarte los cereales, podría interesarte la explotación entera? El personal forestal sí, todavía me interesa: *los hombres de las tierras* de Saurau. Pero nadie más. Para las mujeres es distinto. Sus veladas de los miércoles me son insoportables. Sus veladas de los sábados, más insoportables todavía. Me niego a hacer acto de presencia en todas esas veladas. Pero hasta en mi cuarto oigo cómo las mujeres se lanzan mutuamente por todo el edificio —de la misma forma siempre, desde hace decenios— los nombres de los que aparecerán en Hochgobornitz en la noche del miércoles o en la noche del sábado, los nombres de unos seres miserables. La mayoría de esos seres entraron ya en liquidación al nacer. Gentes repulsivas de la ciudad, pero todavía más repulsivas de los alrededores; vecinos aburridos, embrutecidos. Los martes arrastran ya por toda la casa los sillones, bancos y mesas para los invitados del miércoles, y los viernes para los del sábado. Oigo el tintineo de la vajilla y no puedo trabajar, no puedo pensar. Un entrechocar de cubiertos y vasos invade Hochgobornitz, ¿entiende? Me llaman, pero no contesto. Quieren que esté con ellos, pero yo no quiero bajar. Esas veladas de los miércoles cuestan un montón de dinero, pero las de los sábados cuestan más aún. Por unas horas se abren nuestras tumbas, se deja escapar su hedor, se abren los gigantescos cementerios familiares y se perturba su calma. Se deshace con palabras la región entera, hasta que se siente cansancio y, en medio de un asco general, se sale del castillo y se vuelve, se descende a tientas a las tierras bajas. Los miércoles y los sábados reinan en Hochgobornitz las sabandijas humanas», dijo el príncipe, «los tarados humanos. El onanismo de la desesperación», dijo. Su hijo podía estudiar en su padre lo que sería su vida futura, opinó. Los objetivos para los que el padre había vivido, dijo, serían en todo caso los del hijo; los placeres del padre, los placeres del hijo; el asco del padre ante el mundo, el asco del hijo. En definitiva, dijo, el hijo moriría *de la misma forma* que su padre, en una soledad en la que sólo se podía entrar en el propio cerebro o salir de él. Cuando miraba a su padre, dijo, el hijo veía la lastimosidad del padre, lo mismo que el padre veía continuamente la lastimosidad del hijo. Padre e hijo se miraban continuamente en sus respectivas lastimosidades. «Sin embargo, el hijo, en fin de cuentas, tendrá que ser mucho más horrible aún que el padre.» Dijo que, a menudo,

observaba a su familia desde la ventana de la biblioteca, cuando estaba absorta en el patio en sus conversaciones. Encerrados en *un mundo de vocabulario primitivo*, sus parientes eran *criaturas de raíces podridas*, impensables sin él. Esa idea, dijo, le hacía olvidar a menudo su aburrimiento y sentir un asco *intrascendente* por sus cuerpos. «Esos cuerpos salidos de mí», dijo, «engendrados por mí sin el menor afecto por la vida». Dijo que en Hochgubernitz se producían con frecuencia trastornos durante semanas. «¿Los motivos?», preguntó. «No soy yo solo el afectado por esos trastornos», dijo; «*todos* se ven afectados por ellos. Vivimos en un edificio que, en contra de lo que pudiera creerse, no es grande, sino pequeño, pero estamos a cientos de miles de kilómetros unos de otros. Si nos llamamos, no nos oímos. El tiempo atmosférico nos gobierna durante semanas, en un desastroso sistema nervioso *elemental*. Hasta que llegamos a un grado total de postración en el que, de pronto, empezamos a hablar otra vez, a ayudarnos mutuamente; empezamos a comprendernos para, enseguida, resultarnos más incomprensibles que nunca. El paso a esa confianza, a esa amabilidad entre parientes», dijo, «¿quién lo da primero? Comemos otra vez juntos, bebemos juntos, hablamos juntos, nos reímos juntos, hasta que otra vez estamos separados. Sin embargo, esa situación de convivencia dura cada vez menos». Hoy debía haber vuelto su hijo de Inglaterra, dijo; no sólo, como en años anteriores, para descansar, para hacer acto de presencia, «no sólo para charlar, para sostener conversaciones estivales», no sólo para la función de teatro —«*todos los años se representa en Hochgubernitz una de esas comedias en tres actos*», dijo el príncipe, «y todas tienen un prólogo y un epílogo»—; a su hijo no se le esperaba simplemente para que se divirtiera, sino sobre todo para que sostuviese «entrevistas» con su padre, «sobre cuestiones jurídicas relacionadas con la propiedad». En las cartas que el príncipe escribía casi diariamente a su hijo en Inglaterra, dijo, había aludido repetidas veces a su intención de cambiar Hochgubernitz, había subrayado cada vez más su decisión de aumentar la extensión de las posesiones y, al mismo tiempo, simplificar radicalmente su mantenimiento y administración. «Sin embargo, esos cambios fundamentales», dijo el príncipe, «—y no se trata sólo de Hochgubernitz, sino también de Ötz y Terlan, de la cantera de Gmunden y de las casas de Viena— no se pueden explicar por carta». No obstante, cuando su hijo había estado en Hochgubernitz, dijo, el tiempo había pasado tan rápidamente como siempre, sin que tuvieran una sola entrevista de esa clase. «Él cree que estará todavía cuatro o cinco años en Londres», dijo el príncipe. «No sé qué piensa, sólo lo sospecho. Está escribiendo algo plenamente político. También durante las vacaciones lo he visto estudiar la mayor parte del tiempo en relación con ese trabajo científico, en realidad, plenamente político. Sin embargo, me dijo que las vacaciones de este año habían sido *ideales*. A veces también él padece incapacidad para concentrarse», dijo el príncipe; «me recordó de nuevo que es útil interrumpir un trabajo científico largo, un trabajo emprendido por largos períodos de esfuerzos cada vez mayores, hacia un objetivo que, aunque inalcanzable, está siempre *a la vista*. Me dijo que, en el barco en

que cruzó el Canal, se había dado cuenta de que Hochgobornitz le era *totalmente extraño*. No lo creo. Que tenía que sentir miedo de Hochgobornitz, dijo mi hijo. Por una parte es bueno, dijo, venir a casa en vacaciones: ¡con qué facilidad se ha destruido de repente un trabajo intelectual, dijo, por no haber tenido el valor de interrumpirlo en el momento y el lugar decisivos, por no haber obedecido a la Naturaleza!» Ese momento decisivo, dijo el príncipe, había llegado para él, para su hijo, poco antes de las vacaciones. Había sido acertado interrumpir el trabajo en el momento en que el príncipe le había escrito: ¡Ven! «Yo quería tenerlo en Hochgobornitz, quería tenerlo *conmigo* con un fin concreto. Ese fin concreto no lo he logrado. Sin embargo, la utilidad de la interrupción para su trabajo alegró a mi hijo» dijo el príncipe. «Vi con claridad, mientras mi hijo venía de Inglaterra y se iba acercando a mí, a Hochgobornitz, que las desigualdades y deterioros de nuestras mutuas relaciones aumentarían y se intensificarían de hora en hora. Entonces llegó mi hijo y pude ver con claridad esas deficiencias. Dijo que trabajaba en *un escrito ya rescatado*. Vive en una habitación siempre sin sol, desnuda, barata, en las proximidades de Hyde Park. Mi hijo debe agotarse. Cuando se *haya* agotado por completo volverá.» El príncipe dijo: «La última vez pude persuadir a mi hijo para que diéramos un paseo por el barranco: durante la cena consintió ya en dar un paseo al amanecer por el barranco. Efectivamente, nos levantamos temprano y bajamos al barranco. Ese paseo», dijo el príncipe, «fue, una vez más, uno de esos *paseos en silencio* que me gustan. En esos paseos —no hace falta decirlo, querido doctor— no se debe decir palabra. A quien no observa esa regla —la de no decir palabra en los paseos— lo excluyo para siempre de esos *paseos sin palabras*. No obstante, aquella mañana —de repente el paisaje se oscureció porque habíamos bajado al barranco, aunque había aclarado— empecé a hablar yo de pronto. Le dije a mi hijo que, desde hacía ya mucho tiempo, tenía un dolor en la cabeza, que tenía en la cabeza *esos ruidos* y que ese dolor y esos ruidos me eran cada vez más insoportables, dije. Esos ruidos, dije, no me permitían *imaginar* nada, fuese lo que fuese. Sin embargo, le dije a mi hijo, precisamente ahora era para mí de la máxima importancia pensar en lo que de momento me preocupaba, en Hochgobornitz. Esos ruidos, dije, me anonadan. Dolor y ruidos, dije, son una misma cosa. Es posible, le dije a mi hijo mientras estábamos allí abajo, en el barranco, que esos ruidos, ese dolor, tengan que ver con mi enfermedad mortal. *Es posible*. Dije: querido, estoy enfermo de muerte. Y dije: ¿no es triste, querido? Él, sin embargo, no dijo nada. Cuando veo hombres, veo hombres desgraciados», dijo el príncipe. «Son personas que arrastran por las calles su sufrimiento y convierten así el mundo en una comedia que, naturalmente, hace reír. En esa comedia todos padecen úlceras de naturaleza mental y física, y sienten *placer* por su enfermedad mortal. Cuando oyen su nombre —da lo mismo que la escena se desarrolle en Londres, en Bruselas o en Estiria— se asustan, pero intentan no mostrar su sobresalto. La verdadera comedia la ocultan todas esas personas en esa otra comedia que es el mundo. Cuando se creen inobservados, huyen siempre de sí

mismos hacia sí mismos. Grotesco. Sin embargo, el lado más ridículo no lo vemos, porque el lado más ridículo es siempre el de atrás. Dios habla a veces por su boca, pero utiliza las mismas palabras vulgares que ellos, las mismas frases torpes. Da lo mismo que un hombre tenga una enorme fábrica o una enorme explotación agrícola o una frase igualmente enorme de Pascal en la cabeza», dijo el príncipe. «La pobreza es lo que iguala a los hombres; todo, hasta la riqueza más grande, es en los hombres pobre. La pobreza es siempre, en el cuerpo y en la mente de los hombres, una pobreza corporal y una pobreza mental a la vez, lo que *tiene* que volverlos enfermos y locos. Escuche, doctor: durante toda mi vida no he visto más que enfermos y locos. A dondequiera que mire, sólo veo moribundos, seres a la deriva que miran hacia atrás. Los hombres no son más que una monstruosa comunidad de moribundos, cuyo número se eleva a millares de millones, repartidos por los cinco continentes. ¡Comedia!», dijo el príncipe. «Cada hombre que veo y cada hombre del que oigo algo, lo que sea, me prueban la absoluta inconsciencia de toda la especie, y que esa especie y la Naturaleza entera son un engaño. Comedia. Como se ha dicho tantas veces, el mundo es realmente un escenario en el que continuamente se ensaya. Dondequiera que miremos, vemos un continuo aprender a hablar y aprender a leer y aprender a pensar y aprender de memoria, aprender a engañar, aprender a morir y aprender a estar muerto que ocupan todo nuestro tiempo. Los hombres no son más que actores que nos representan algo que conocemos. Personas que aprenden un papel», dijo el príncipe. «Cada uno de nosotros aprende continuamente un (su) papel, o varios papeles o todos los papeles *imaginables*, sin saber para qué (o para quién) los aprende. Ese escenario teatral es un tormento y nadie considera como un placer lo que pasa en él. No obstante, todo sucede en ese escenario *de forma natural*. Continuatamente, sin embargo, se busca un director de escena. Cuando el telón se levanta, todo ha terminado.» La vida era una escuela, dijo, en la que se aprendía a morir. Millones y millones de alumnos y profesores la poblaban. El mundo era la escuela de la muerte. «El mundo es primero la *escuela primaria* de la muerte, luego la *escuela secundaria* y, por último, *para los menos*», dijo el príncipe, «*la escuela superior de la muerte*». Los hombres, dijo, eran alternativamente maestros o alumnos de esas escuelas. «El único objetivo docente alcanzable», dijo, «es la muerte». Su hijo le había dicho, dijo el príncipe, que en Londres se despertaba a veces, se vestía y salía de casa, y bajaba por Oxford Street, convencido de que al final de la calle estaba el Ache, desde el que podría ver Hochgobernitz. «Todos los hombres están más o menos locos, incluso mi hijo», dijo el príncipe. En realidad, la locura de su hijo era extraordinaria, «si es verdad que baja por Oxford Street creyendo que al final está el Ache. Siempre y en todas partes puede verse el Ache», dijo el príncipe, «cuando se quiere. Todo hombre tiene *su* Ache, todo hombre tiene un Ache distinto. Yo mismo», dijo, «me despierto a menudo y me visto y bajo al patio y atravieso la puerta del castillo hacia las murallas interiores o las exteriores y, en realidad, estoy andando por Bruselas». En cada cabeza humana se encuentra la catástrofe humana que

corresponde a esa cabeza, dijo el príncipe. No hacía falta abrir las cabezas, dijo, para saber que en ellas no había más que una catástrofe. «Sin su catástrofe humana el hombre ni siquiera existe», dijo el príncipe. El hombre, dijo, amaba su desgracia y, si estaba un segundo sin ella, hacía lo que fuera para *recuperarla*. «Siempre que miramos a los hombres, los vemos sumidos en su desgracia o buscando su desgracia. No hay hombre sin desgracia humana», dijo. El hombre, dijo el príncipe, se encontraba continuamente en una *situación muy peligrosa*; lo que ocurría era que no tenía conciencia de que estaba *siempre contra sí mismo, continuamente* en situación altamente peligrosa. Por eso existía, pero por eso estaba también enfermo. «Moribundos», dijo el príncipe. «Probablemente, los padres engendran a sus hijos y los echan al mundo —con la mayor desconsideración imaginable— únicamente por malevolencia. Cuando buscamos un hombre», dijo el príncipe, «es como si paseáramos todo el tiempo por un enorme depósito de cadáveres para encontrarlo». Todos se limitaban a monologar, dijo el príncipe; «estamos en una época de monólogos. El arte del monólogo es un arte muy superior al del diálogo», dijo. «Pero los monólogos son tan absurdos como los diálogos», dijo el príncipe, «aunque también, mucho menos absurdos». Había que estar preparado, dijo, a que siempre, cuando se hablaba con alguien —«cuando se entabla un diálogo con alguien (¡consigo mismo!), porque de pronto se tiene miedo de ahogarse—», ese alguien hiciera cuanto pudiese para difamarle a uno. «Eso puede ocurrir de la forma más refinada, de la más difícil, pero también de la más vil. Siempre, cuando los hombres dialogan, se difaman. El arte del diálogo es el arte de la difamación y el arte del monólogo el más horrible arte de la difamación. Siempre pienso», dijo el príncipe, «que mi interlocutor intenta precipitarme en su propio abismo, cuando precisamente acabo de salir del mío. Los interlocutores intentan precipitarlo a uno, a ser posible, en muchos abismos al mismo tiempo. Todos los interlocutores se precipitan mutuamente en *todos los abismos*». Dijo que, a menudo, se iba a la cama con alguna melodía clásica o *todavía poco formada* en la cabeza y se despertaba con la misma melodía. «¿Tengo que suponer», dijo el príncipe, «que esa melodía ha *estado* incesantemente en mi cabeza durante toda la noche? Naturalmente. Como sabes, me digo siempre, todo está siempre y siempre está todo en tu cabeza. Todo está siempre en todas las cabezas. Únicamente en todas las cabezas. Fuera de las cabezas no hay nada. Da igual de qué hablo o con quién hablo», dijo el príncipe: «siempre, *por el hecho* de que hablo con alguien, me siento agotado». El hombre adulto era *fundamental*, dijo; el no adulto todavía, *infinito como la Naturaleza*. La mayoría de los hombres, dijo, se agotaban en sus dos cualidades principales: comprar y consumir. Mirándolo bien, los hombres, en muchos milenios, «como vemos hoy», dijo el príncipe Saurau, «sólo han desarrollado esos dos instintos: el de *a* sumir y el de *con* sumir. Podemos comprobarlo estremecidos», dijo el príncipe Saurau, «y sentirnos espantados por ese estremecimiento». Todo el mundo, dijo, hablaba siempre un lenguaje que él mismo no entendía pero que, *de vez en cuando*, era entendido. Gracias a eso se podía existir

y también, por lo menos, ser *mal* entendido. Si hubiera un lenguaje que se entendiera, dijo el príncipe Saurau, todo estaría de más. «Siempre hemos encontrado refugio en un problema», dijo. «Los hombres andan juntos y hablan juntos y duermen juntos, y no se conocen. Si se conocieran, no irían juntos, hablarían juntos ni dormirían juntos. ¿Te conoces?, me pregunto a menudo», dijo el príncipe Saurau. Un abismo, dijo, era siempre una cumbre: cuanto más profunda era la profundidad de la altura, tanto más alta era la altura del abismo, y viceversa. «Te imaginas», dijo el príncipe, «que miras a un pozo infinito (lo mismo que a un hombre infinito), sus alturas, sus cimas infinitas, etc...Creo», dijo, «que mi hijo está en Londres, porque sé que está en Londres; *creo* que le escribo una carta porque sé que le escribo una carta, pero no sé que está en Londres porque *creo* que está en Londres, etc...La imposibilidad es un fundamento totalmente horrible», dijo; «todo se basa en la imposibilidad. He llamado a mi hermana mayor, le he pedido que bajase conmigo al Ache y ha bajado conmigo al Ache. Sin embargo, cuando hemos vuelto he pensado: ¿ha *estado* realmente conmigo abajo, a orillas del Ache? Me encuentro en un estado de tormento continuo, querido doctor. ¿No es eso, no es *todo* en mí el signo de una brutal realización en la muerte? Nunca pienso», dijo el príncipe Saurau, «en mi mujer», aunque, dijo, era el ser que más había querido. Había pensado en por qué no soñaba tampoco con ella, y dijo: «Tampoco, desde hace años, sueño ya con mi mujer. Ni pienso en ella ni sueño con ella. Ha *desaparecido*. Se ha *ido*. ¿A dónde se ha ido? Naturalmente sigue existiendo, porque ahora estoy hablando de ella. La tragedia, querido doctor, es que nada está nunca *realmente* muerto. En cuanto a mi hijo: quiero recogerlo en la estación, se lo escribo y responde que no quiere que lo recoja; *de repente* aparece ante la puerta. Sus actos han sido siempre totalmente imprevisibles. Siempre hemos compartido la afición por los periódicos. Ya desde sus orígenes, una existencia como la de mi hijo es plena. Yo no siento ningún interés por expresiones como “percepción sensorial”, etc., que mi hijo emplea tan a menudo. Además, soy —a diferencia de él — un hombre totalmente *reacio* a las citas literarias. Las citas me atacan los nervios. Sin embargo, estamos encerrados en un mundo que continuamente lo cita todo, en una cita continua que *es* el mundo, doctor. ¿Y qué piensa usted de una cita como: “Hay que admitir el azar y no Dios, como cree la mayoría”? Esa clase de frases emplea mi hijo. Todos los actos son actos punibles y por eso es tan fácil convertir todo acto en acto punible. Por esa razón es posible pronunciar y ejecutar condenas justificadas contra cualquiera. El Estado lo ha comprendido así. En eso se basa el Estado. Yo sigo utilizando palabras insoportables para mi hijo, como la palabra *melancolía*, la palabra *fiel*, *monstruoso*, la palabra *doloroso*, la palabra *mortal*. Mi panteísmo contra su apostasía», dijo el príncipe. «Mi hijo», dijo, «ha caído realmente en una seudometafísica. La verdad es que somos aparatos indiferentes accionados por un monstruoso galvanismo. La falta de objetivos en que perdemos cada vez más la orientación es un pensamiento fijo en los últimos tiempos, desastrosamente concreto. Mi hijo», dijo el príncipe, «vestía antes con mucha elegancia, pero ahora le da igual

llevar lo que sea. Se ha vestido a lo proletario, pero lo que repugna en ello es que en cualquier momento puede dejar de hacerlo. Eso es lo espantoso. Antes, mi hijo podía emitir rápidamente un juicio *acertado*; ahora, sólo con lentitud llega a uno *erróneo*. La distancia entre nosotros aumenta y también la tensión entre nosotros. El mundo, en conjunto, se ha hecho muy provinciano. Durante mucho tiempo, la Naturaleza ha permitido que él, mi hijo, se desarrollara entre sus hermanas, mis hijas, sin llamar la atención en absoluto. Pero de pronto esa misma Naturaleza desarrolló cruelmente, de forma muy sorprendente, sus cualidades intelectuales, como si estuvieran dirigidas (inventadas) exclusivamente contra sus hermanas, que siguen jugando y flotando, intensamente entregadas a sus delirios de infancia y juventud. Él se ha vuelto cada vez más difícil, en el sentido de una continua disyunción de nosotros. Nosotros, sus padres, sólo hemos procurado siempre llevarlo a los límites de la verdad. Cuando nosotros mismos no podíamos percibir la verdad, sabíamos, su madre y yo, dónde estaban esos límites. Siempre decía ser *feliz/infeliz* en sus estancias en la gran ciudad e *infeliz* en sus estancias en el campo. Luego nos abandonó, durante sus estudios superiores —de forma siempre imprevista—, y abandonó también nuestra forma de pensar, marchándose sin disculparse. Entre los veintiuno y los veintitrés años se encerraba en su cuarto durante días enteros, sin dejarlo siquiera para comer, por amor a sus ideas. Todos tenemos largos períodos en que no existimos: sólo parecemos existir. A veces, la existencia real y la aparente de un hombre se mezclan de una forma que le resulta mortal. Todo en Hochgubernitz se centra en mi hijo, pero mi hijo sólo está dominado por Hochgubernitz, no centrado en Hochgubernitz. A veces demuestra conocimientos insospechados que me desconciertan, *absolutamente inútiles* por otra parte. Cuando venga a esta casa, cuando reciba su herencia, todo se pudrirá. Con cuatro años y medio iba ya al colegio, que era para él un medio de *relajamiento* intelectual. Siempre relacionamos a nuestro hijo con desgracias. Cuando alguien se ha caído al barranco, pensamos que nuestro hijo se ha caído al barranco. Es una figura totalmente ontológica», dijo el príncipe. «Su última visita no fue más que un eclipse que duró cuatro semanas y se extendió por nosotros, ensombreciéndolo todo. Todo Hochgubernitz se ensombreció. Ya en Inglaterra, durante semanas antes de que llegara, Hochgubernitz había ensombrecido a mi hijo; luego, cuando llegó a Hochgubernitz, mi hijo lo ensombreció, nos ensombreció a todos. Los estados nerviosos de las mujeres invaden también a veces el paisaje entero. En las habitaciones de abajo, en las habitaciones de las mujeres, reina el orden; en las de arriba, en las mías, el desorden. Pero donde hay desorden hay orden. En sentido estricto», dijo el príncipe, «los métodos por los que mi hijo se aleja de mí son los míos. Hay hombres que se contentan con la materia prima de la vida y no la elaboran; esa materia prima les basta. En las cartas de mi hijo, todo, salvo él mismo, los bastidores, los pensamientos no son más que decorados bajados del telar teatral del mundo (¡del universo!), y su cerebro no es más que un moderno aparato luminotécnico, muy complicado, que modifica continuamente esos decorados. A

través de esa ficticia existencia política que lleva, yo contemplo siempre su horrorosa situación financiera. La locura se hace más soportable y el mundo es, en el fondo, un sistema totalmente carnavalesco. A las mujeres el tiempo se les hace cada vez más largo; para mí, es el más corto de los tiempos largos. Mi estado: absoluta ataraxia. El suicidio», dijo el príncipe, «un climaterio. Tenemos el mayor porcentaje de suicidios de Centroeuropa. ¿Por qué? Hasta la fecha, hasta mediados de siglo, no hemos sabido desarrollar al máximo otro tema que el suicidio. Todo es suicidio. Lo que vivimos, lo que leemos, lo que pensamos... son instrucciones para suicidarse. Los muertos», dijo el príncipe, «son más atractivos que los que no lo están todavía. Se nos recuerde lo que se nos recuerde y se nos señale lo que se nos señale, se nos recuerda la muerte y se nos señala la muerte. Junto a la ventana, en la noche, observamos a varios funámbulos que caminan por sogas tendidas hacia el infinito, y los gritos se castigan con la muerte. Sin embargo, siempre, cuando hablamos de suicidio, ponemos en marcha algo cómico. *Me vuelo (o me meto una bala en) la cabeza, me pego un tiro, me ahorco...* resulta cómico. ¿Cómo puedo pedirte —le escribí ayer a mi hijo— que tengas confianza en mí cuando yo no tengo en ti la más mínima? No tengo la más mínima confianza en mi hijo. Es verdad que has gastado tu dinero, pero todavía no me has demostrado que lo hayas invertido bien en tu cerebro, como se invierte bien en un banco, en la Bolsa. De tu cerebro como Bolsa, como institución bancaria, he dudado siempre. Naturalmente, se puede considerar el propio cerebro como una central eléctrica que suministra energía al mundo entero... ¿Sabe?», dijo el príncipe, «mi hijo ha puesto siempre los ojos únicamente en mi fortuna. No creo en sus estudios. Es un *entusiasmo lamentable* el que le hace entregarse en Londres a esa estafa de la historia universal y, de esa forma, perder la cabeza. Lo que me irrita es que me imagino menos a mi hijo en buenos restaurantes del Haymarket que, inclinado siempre sobre sus escritos, en su *cuarto de erudito*. Por lo demás», dijo el príncipe, «el arte de escuchar está casi muerto. Sin embargo, querido doctor, observo ese arte todavía en usted». Volviéndose hacia mí, el príncipe dijo que mi padre debía llevarme alguna vez a las cacerías que los Saurau organizaban dos o tres veces al año. «Las cacerías de los Saurau son famosas. Yo, personalmente, no me intereso ya por ellas, pero para mi familia son la cosa más imprescindible. Ensayamos continuamente en los otros», dijo el príncipe, «lo que no ensayamos en nosotros mismos. Matamos y volvemos a matar seres humanos y observamos ese proceso y su resultado. Lo terrible lo ejerce el hombre siempre en los otros, pero pocas veces en (o sobre) sí mismo. Ensayamos siempre todas las enfermedades posibles en los otros. Hoy por la mañana», dijo el príncipe, «he sentido de repente la necesidad de tenderme en el suelo, de tenderme totalmente desnudo en el suelo. Me he quitado la ropa y me he tendido en el suelo totalmente desnudo. Lo he contado luego durante el desayuno, pero nadie se ha reído». Su forma de pensar y de actuar, dijo el príncipe, habían estado determinados toda su vida por sus tierras, *por Hochgobernitz*. «Hasta lo más alejado procede de mis tierras», dijo, «de Hochgobernitz. Podría pedirme, doctor, que

diese nombres: exigirme nombres, nombres, conceptos. Puedes adentrarte en las ciencias, en las artes cuanto quieras: siempre llegarás a tus tierras, a Hochgobernitz», dijo. «El horizonte es el absurdo más útil de todos. Esta mañana», dijo, «le hice una observación insólita a mi hermana mayor; le dije: *lo poético me resulta sospechoso, porque produce en el mundo la impresión de que lo poético fuera la poesía y, a la inversa, la poesía lo poético. La única poesía, dije, es la Naturaleza y la única Naturaleza la poesía. El único concepto establecido, doctor*». Dijo que, de repente, por la mañana, había sentido la necesidad de leerles a las mujeres un fragmento de las *Afinidades electivas* y, con ese fin, las había congregado en la biblioteca. Sin embargo, cuando estaban todas en la biblioteca, dijo, había tenido de pronto la impresión de que sería absurdo leerles de las *Afinidades electivas*, y les había leído «de un viejo *Times*. Había querido leerles a las mujeres... el capítulo titulado *El tablado estaba pronto...*», dijo, «y les leí cómo se guardaban las patatas en Inglaterra durante el invierno. Inmediatamente, después de haberles leído cómo se guardaban las patatas en Inglaterra durante el invierno, las he invitado a salir de la biblioteca y les he gritado: ¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡A trabajar, bobas! Poco después he bajado al patio y he leído el capítulo *El tablado estaba pronto...* para mí solo. Sin que me molestaran. Sin que me mancillaran. ¡Sin mujeres!» «Con mucha frecuencia veo a mi hijo en un tramo de calle de Londres», dijo, «que conozco de la época de mis propios estudios en Londres. Árboles. Hombres. Hombres como árboles. Árboles como hombres. Mi hijo lleva el mismo traje que yo llevaba cuando estaba en Londres. A veces se pasea con *mis* pensamientos por Trafalgar Square y a través de Hyde Park. Con *mis* problemas. Y pienso: se pasea con tus problemas por Trafalgar Square y a través de Hyde Park. Mi hijo se sienta con mis pensamientos exactamente en la misma silla de Hyde Park en que yo me sentaba. Y piensa, mientras se sienta en Hyde Park en mi silla de Hyde Park, en Hochgobernitz, lo mismo que yo pensaba en Hochgobernitz sentado en la silla de Hyde Park. Cuando se piensa en Londres en Hochgobernitz», dijo el príncipe, «se cree que Hochgobernitz es un Hochgobernitz totalmente inalterado, lo mismo que en Hochgobernitz se cree, cuando se piensa en Londres, que Londres no ha cambiado, que no cambia, aunque Hochgobernitz sea, en cada momento, un Hochgobernitz totalmente cambiado. Y pienso que mi hijo se sienta en la silla de Hyde Park o recorre la Tate Gallery y piensa en mí porque, cuando yo estaba en Londres, mientras recorría la Tate Gallery —a causa de William Blake— pensaba en mi padre. Pienso que el hijo piensa en Londres en su padre de Hochgobernitz, lo mismo que el padre piensa en su hijo de Londres. Ver continuamente en Londres Hochgobernitz pone tan enfermo y vuelve tan loco, creo, como ver continuamente Londres en Hochgobernitz. Y yo veo y oigo Londres», dijo el príncipe, «lo mismo que mi hijo, en Londres, ve y oye Hochgobernitz. Pero siempre es un Londres distinto y un Hochgobernitz distinto». Dijo que su hijo creía que sólo en Londres podría desarrollar su espíritu en todas direcciones, pero él, su padre, creía que el espíritu de su hijo sólo podría desarrollarse en todas direcciones en

Hochgobernitz. «Es verdad», dijo el príncipe, «que el espíritu no encuentra límites en Londres. Pero tampoco encuentra límites en Hochgobernitz». Al parecer, cuando mi padre lo visitó la última vez, el príncipe Saurau había hablado siempre de «confusión de líneas»: todo era siempre para el príncipe «una confusión de líneas». «En mi cabeza hay una confusión de líneas», le había dicho a mi padre. Mientras visitaban a los colonos, después de la muerte del administrador, el príncipe decía siempre, al parecer, que los colonos eran «elementos físicos» con los que tenía que «arreglar cuentas». Había dicho con frecuencia, al parecer, que había que arreglar cuentas con esos elementos físicos: «Hay que arreglar cuentas con *lo físico*. Todo es un arreglo de cuentas con *lo físico*». Se agotaba rápidamente en medio de *espantosas privaciones*, dijo ahora el príncipe. Había nacido en Hochgobernitz como en un espacio vacío, de una *madre desprevénida*. Dijo que él hablaba siempre con palabras que, en realidad, ya no existían. «Las palabras con que hablamos no existen en realidad», dijo el príncipe Saurau. «Todo el instrumental verbal que utilizamos no existe ya. Sin embargo, tampoco es posible enmudecer totalmente. No», dijo, «no es posible utilizar la vida como una ciencia, en forma contable», dijo. «Entre las cualidades especialmente características que pronto pude apreciar en mí», dijo, «se encuentra la falta de escrúpulos para guiar a cualquiera que me convenga a través de su propio cerebro, hasta que siente náuseas; a través de ese mecanismo cerebral, doctor, que es de todas formas mortal, de todas formas. Mi hijo me echa en cara mi vejez», dijo, «y yo le echo a él en cara su juventud. Mi vejez es en sí ingenua, pero la juventud de mi hijo no lo es». Dijo que él, el príncipe, tenía que explicar siempre a una sociedad necia que era necia, y que siempre hacía todo lo necesario para probar a esa necia sociedad *que era necia*. A veces, dijo, esa sociedad necia decía entonces que el necio era él. «Es su única salida», dijo. «Desde luego», dijo el príncipe, «yo he tenido siempre, durante largos períodos de mi vida, algún amigo, pero mi hijo no. ¿Por qué? La ciencia a que se dedica excluye los amigos. Esa ciencia lo habrá destruido todo. Precisamente porque *tiene* que destruirlo todo, esa ciencia es también ingenua. Sólo tenemos ciencias ingenuas. Mi cerebro he podido siempre compartirlo temporalmente con otro, sin la menor dificultad, pero mi hijo no ha podido compartir jamás con otro su cerebro». «El modernismo *de* un cerebro me reconforta, *el modernismo interno*», dijo; «el *externo* me repugna. El modernismo que no se ve», dijo, «me reconforta, el invisible que hace que todo progrese; no el visible, que no hace progresar nada». La pasada noche, dijo, se había levantado, había entrado en la biblioteca y les había dicho a los libros: *¡alimento mío!* «Sin embargo, ese alimento está ahora envenenado», dijo, «mortalmente.» Dijo que en el momento en que se había decidido a pasar otra vez con nosotros de las murallas interiores a las exteriores había comprobado una «continuidad muy dolorosa de los ruidos» de su cerebro. «A veces me complace saber que dependo sólo de mí y estoy lleno de dolores.» A menudo le *impresionaba* también, dijo, la idea de morir sin que se dieran cuenta en mucho tiempo las personas más próximas. «Todo lo que les digo», dijo, «es principalmente

esotérico. Nunca he visto reír a mi hijo. Tampoco a su madre; doctor, ¿ha visto usted reír alguna vez a su propia madre? No, nunca la ha visto usted reír. Y su hijo, ¿ha visto reír a su madre? No, jamás la ha visto reír. Sin embargo, yo mismo tenía antes, a menudo, motivos para reírme. Ahora me río a menudo con una risa sin motivo, ¿comprende? La *antipatía* de mi hijo por los cuentos de hadas me llamó ya pronto la atención. Como también, por otra parte, la espantosa *simpatía* de sus hermanas por esos cuentos. Él me discute demasiado. Todos me discuten demasiado. ¡El caos es ya tan grande que todos discuten demasiado! Sin embargo, mientras sus hermanas se pronuncian siempre precipitadamente sobre cualquier asunto, él no se pronuncia con precipitación sobre asunto alguno. Yo, en cambio —como sabe, querido doctor—, sólo hablo de mí entre comillas; lo que digo lo digo siempre entre comillas. *A media voz*. Todos los días me despierto y pienso: ¿a quién le dejo todo esto? Y como no hay nadie más que tomar en consideración, siempre llego a la conclusión de que debo dejárselo todo a mi hijo. Incluso cuando mi hijo calla tengo constantemente la sensación de que tengo que defenderme... Cuando estoy con mi hijo se ponen de manifiesto todas aquellas de mis cualidades que (como a mí) le son repulsivas. Esas cualidades insoportables sólo se manifiestan cuando estoy con mi hijo; otras, cuando estoy con otras personas, etc...Me pregunto: ¿tiene también mi hijo cualidades insoportables sólo en mi presencia? Hoy podemos analizarlo todo, doctor, pero no la Naturaleza en sí. Todo es siempre una cuestión del *nous*. Los hombres», dijo el príncipe, «se ponen de pronto una ocupación, como si fuera un traje de abrigo, que llevan luego durante toda la vida, hasta que es sólo un harapo raído; remiendan ese traje raído durante decenios, lo forran, lo ensanchan, lo estrechan, voluntariamente o por la fuerza, pero sigue siendo el mismo harapo raído. Puede verse a pueblos enteros vestidos con harapos ridículos, totalmente raídos. Toda Europa anda con harapos raídos. Todos se ponen una ocupación como se ponen un traje, y ponerse unos estudios es lo mismo que ponerse una ocupación o ponerse un traje. La mayoría de los que se ponen una actividad intelectual sólo llevan en definitiva harapos ridículos. Todos llevamos únicamente harapos ridículos. Ayer me imaginé, mientras iba a desayunar», dijo el príncipe, «que había hecho talar todos los árboles. Miro hacia abajo desde el castillo y sólo veo millones de árboles cortados. Entonces tuve la idea de *lo que ocurriría* si hiciera cortar todos esos millones de árboles cortados, primero en pedazos de un metro de largo y luego en pedazos de un centímetro de largo, y si por fin hiciera que los trabajadores los pulverizaran. De repente he visto toda la región cubierta del polvo de mis árboles, y he vadeado por ese polvo hasta el Mur y luego hasta el Plattensee. No se veía ningún ser vivo, a nadie *ya*. Probablemente, he pensado, todos se han ahogado en el polvo de los árboles que, de pronto, los ha invadido. Ayer», dijo el príncipe, «las memorias del cardenal de Retz, que estudio desde hace tiempo y que siempre me ha parecido que valía la pena estudiar, me irritaron. ¿Por qué?, se preguntará usted. No me pude dormir por culpa de las memorias del cardenal de Retz. Durante horas hojeo las memorias del cardenal de

Retz y no me puedo dormir. Sin embargo, soy incapaz de levantarme y tirar el libro por la ventana. Por último, me levanto y tiro las memorias del cardenal de Retz por la ventana y me doy cuenta de que las he hojeado durante cinco horas, que me han irritado durante cinco horas sin haber sido capaz de tirarlas por la ventana. Hay hombres», dijo, «que mueren con la mayor decisión y están decididamente muertos de una vez por todas; así quisiera morir yo también, pero la mayoría de los hombres mueren de una forma vaga, vaga para los ojos y para el cerebro: nunca están muertos. Nos divertamos con lo que nos divertamos, lo único que nos ocupa siempre es la muerte», dijo. «Eso es lo más distintivamente humano», dijo: «el que todo sucede en la muerte». Luego dijo: «Mis hermanas, pero también mis hijas, procuran siempre mantenerme ocupado mediante engaños pequeños y grandes, mediante un engaño infame: *su atención*. Cada una, por sí sola, sabe que el mundo se hundirá cuando yo no esté. Cuando pierda el interés y me haga amortajar en el pabellón de recreo. Haré que me amortajen en el pabellón de recreo, igual que mi padre. Un padre muerto», dijo, «inspira realmente miedo. A menudo pienso durante muchas horas únicamente en el cartero. Tiene que llegar correo, pienso. ¡Correo! ¡Correo! ¡Noticias! Algún día llegará una carta que no te defraudará. ¿De quién? ¿No sería agradable, querido doctor, abrir una carta y decirse: ¡vaya, voy a morir el 24!? De repente», dijo, «tengo la impresión de que la superficie terrestre se convierte poco a poco en un espacio totalmente desprovisto de aire. Observo a los hombres que, al principio, no saben *qué* pasa y, naturalmente, se quedan inmóviles en medio de la calle, mientras otros, naturalmente, *siguen* andando, andan más aprisa, andan más despacio, andan, andan, entran todavía en las tiendas o salen de ellas, y de repente descubren ese fenómeno que no saben *qué* significa, *qué es*, y uno tras otro —los débiles primero, los más fuertes después— van cayendo al suelo. Pronto están todas las calles, todas las grandes arterias cubiertas de hombres asfixiados, de cadáveres; todo se ha detenido y muchas catástrofes causadas por máquinas sin conductor ni se notan ya, porque se han producido *después* de la total extinción de la Humanidad y, por consiguiente, no son ya catástrofes... El fin es un monstruoso estruendo, al que sigue un proceso de putrefacción natural», dijo. «En la conversación», dijo el príncipe, «la gente se siente siempre como si se columpiase sobre una maroma, y tiene miedo continuamente de caer al bajo nivel que le corresponde. También yo siento ese miedo», dijo el príncipe Saurau. «Por eso, todas las conversaciones son conversaciones sostenidas por gentes que se columpian en una maroma y tienen miedo siempre de caer a su bajo nivel, de ser arrojadas a su bajo nivel. Naturalmente, suena muy distinto», dijo el príncipe Saurau, «cuando mi hijo en Inglaterra, en Londres —por ejemplo, en la estación Victoria—, dice que odia a los hombres, que cuando yo lo digo en Hochgubernitz, pero sin embargo se trata del mismo odio ridículo hacia los ridículos hombres. Si en la estación Victoria llamamos a nuestra madre o a nuestro padre, es lo mismo que si llamamos a nuestra madre o a nuestro padre en Hochgubernitz. ¿Comprende? En realidad, cuando nos movemos de forma consecuente y, sobre todo, en los libros, nos

movemos siempre por paisajes que hace tiempo conocemos. No encontramos nada nuevo. Lo mismo que no encontramos nada nuevo en las ciencias. Todo está *prescrito*. El frío», dijo el príncipe, «está dentro de mí, de modo que da igual a dónde vaya: el frío entra *en mí conmigo*. Me congelo de dentro afuera. Sin embargo, en la biblioteca ese frío se hace aún más insoportable. Nada más que cerebros impresos a muerte», dijo el príncipe. «Con cada libro descubrimos, para nuestro espanto, un hombre impreso a muerte por los impresores, editado a muerte por los editores, leído a muerte por los lectores. Por ejemplo», dijo el príncipe Saurau, «una carta de Bombay de un comerciante en lanas a mi hermana menor, de un amigo de su juventud. La carta está en el escritorio de mi hermana. Eso lo sé. Sin embargo, le pregunto a mi hermana —aunque sé que la carta está desde hace semanas en su escritorio—: *¿dónde está la carta de Bombay?* Y ella dice —aunque sabe que yo sé que la carta está en su escritorio—: *en el escritorio*. La ridiculez con que los hombres se levantan y se vuelven a acostar», dijo, «es siempre, naturalmente, digna de un estremecimiento. ¿Por qué no? La ridiculez de ese levantarse y acostarse es siempre distinta. La ridiculez con que, por ejemplo, caminamos ahora por las murallas», dijo el príncipe: «¿tiene conciencia de esa ridiculez? ¿Y tiene conciencia su hijo? Estamos de pie ante las preguntas como ante una tumba abierta que enseguida se cierra. También es ridículo que constate lo ridículo», dijo. «Se puede calificar mi carácter, con razón, de frío. Pero con el mismo derecho califico al mundo de *totalmente frío*. El amor es un absurdo y no existe en la Naturaleza.» Dijo: «Como consecuencia de los cambios que pienso hacer en Hochgubernitz, todo se restringirá aquí. Todo aumentará y todo se restringirá. Un aumento de las tierras significa una restricción de nuestra existencia. Pienso una y otra vez que *estoy* abandonado. Y siento esa idea como la más repugnante de las ideas: *estar* abandonado. La soledad es el camino de los hombres hacia la repugnancia. La vejez es una gran repugnancia. La juventud es un asco, pero la vejez es repugnante. Mis parientes deambulan como muertos y a veces tengo ganas de llamarlos y gritarles a la cara que dejen de estar muertos. Todos los días lo mismo», dijo el príncipe: «en mi cuarto hace frío porque hace frío dentro de *mí*; salgo de mi cuarto —con la imaginación, ¿comprende?—, salgo de Hochgubernitz y compruebo que en todas partes hace el mismo frío. A menudo pienso que tengo la obligación de escribirle a mi hijo en Londres lo que un día, cuando yo esté muerto, le espera en Hochgubernitz: frío. Aislamiento. Extravío. Soliloquacidad mortal. Demencia a través de uno mismo como demencia del mundo, de la Naturaleza. Mi padre», dijo el príncipe, «hablaba a menudo de vender Hochgubernitz y todo lo que forma parte de él. Al principio quería deshacerse de la cantera de grava, luego del aserradero, luego del molino, luego de Hochgubernitz mismo y ordenó a su administrador, un tal Gombrowicz, que le hiciera un plan para disgregar la propiedad. Hablaba durante días enteros de librarse de Hochgubernitz, pero cuando pensaba en los trabajadores —en los de la cantera, en los molineros, en los aserradores— que dependían de Hochgubernitz y, en consecuencia, sólo de él, se

olvidaba del plan... En los últimos tiempos decía a menudo: estoy cansado, cansado de Hochgobernitz, pero estoy demasiado cansado para renunciar a Hochgobernitz, prefiero renunciar a mí mismo. Se me ocurre», dijo el príncipe, «que pensó en un enlace matrimonial entre el administrador y mi hermana mayor; esa unión la consideraba como un *acontecimiento futuro*. El administrador le desagradaba física y también intelectualmente, pero mi padre había *contemplado* esa unión, había querido provocarla. *Al administrador se lo debemos todo*, decía siempre», dijo el príncipe. «Fue entonces cuando el administrador se cayó por el barranco, fue enterrado y vino otro. En los últimos tiempos», dijo el príncipe, «a mi padre lo asustaba cada vez más la idea de tener que liquidar Hochgobernitz. Sin embargo, al final le daba lo mismo. Tuvo un final miserable. Con las mujeres sólo tenía contacto cuando sentía hambre y conmigo para reñirme, para maldecirme. Echaba una hoja de papel por debajo de la puerta de su cuarto, en la que había escrito con lápiz rojo lo que quería de comer o de beber». Las dos últimas semanas, dijo el príncipe, su padre había escrito sólo *pan y agua* en la hoja. Ya no abría la puerta. Tampoco se lavaba ya y, con frecuencia, muy de mañana, lo oían pasear de un lado a otro del cuarto hablando solo en voz alta, pero no entendían nada. Repentinamente, dos días antes de su suicidio, dijo, había renunciado a sus paseos por el cuarto y a sus *soliloquios incomprensibles*, y todo en el cuarto había enmudecido. No obstante, ya no les inquietaba porque, a causa de su padre y hermano, se habían vuelto *totalmente apáticos*. Durante dos semanas, dijo, el viejo príncipe Saurau sólo había abierto la ventana de su cuarto para echar al patio del castillo sus necesidades, que hacía en un gran cubo. Antes de que se recluyese definitivamente en su cuarto, dijo, había sido visto por su familia, *de cuando en cuando*, sentado inmóvil ante el escritorio de su despacho. En medio de la noche se había levantado y había salido frecuentemente de su cuarto para bajar al despacho y sentarse en su escritorio. Su hijo, dijo el príncipe, que entraba en el despacho para verlo, le preguntaba si podía ayudarlo en algo, pero su padre no decía nada. Al hijo le parecía como si su padre tuviera siempre algo importante que decir, pero no *podiera* ya decirlo. Durante horas, dijo, el viejo príncipe Saurau había permanecido sentado, en una inmovilidad cada vez mayor, para levantarse de repente y subir a su cuarto. «Nada más entrar en su cuarto», dijo el príncipe, «mi padre se encerraba». Dijo que sospechaba que su padre, encerrado en el cuarto, *lloraba*. Las mujeres habían sido en los últimos tiempos, dijo, totalmente ineptas en relación con su padre. «Casi todos los Saurau se han suicidado», dijo el príncipe. «Hochgobernitz termina en el suicidio para casi todos los Saurau.» Las mujeres, dijo, lo habían dejado todo en sus manos, en las del hijo del loco. Había tenido que soportar toda la *carga*. El último día de su padre lo describió el príncipe del siguiente modo: hasta las tres de la tarde no había oído absolutamente nada en el cuarto de su padre. La tranquilidad que reinaba en la planta le había parecido sospechosa. Se había entrevistado en el despacho con los trabajadores de la gravera, los aserradores y los peones forestales y, durante todas esas conversaciones había pensado continuamente que, a esas horas, nunca había

tanta calma. Por lo menos había oído a su padre pasearse arriba y abajo, «arrastrarse de un lado a otro», dijo el príncipe, «pero aquel día, a últimos de octubre de 1948, no oía nada». Cuando los trabajadores de la gravera, los aserradores y los peones forestales se hubieron ido, había estudiado y ordenado los documentos recibidos de la jefatura del distrito, «relativos también a una crecida», dijo el príncipe, y luego había ido a ver a las mujeres en la cocina y les había dicho que iría arriba a echar una ojeada. Había llamado a la puerta, pero tras la puerta no se había movido nada, ni siquiera después de llamar varias veces. «¡Padre!» Nada. Otras veces, dijo, su padre había respondido siempre, «aunque confusamente». Nada. Entonces el hijo se abrió paso a la fuerza en la habitación de su padre, empujando la puerta con los hombros. Encontró al desgraciado con la cabeza atravesada por una bala, en medio del cuarto, en el suelo. En las articulaciones de las manos del muerto, dijo, había visto unos tumores, que había relacionado enseguida con la locura de su padre. Cuando el médico del municipio (el antecesor de mi padre) apareció, le había señalado enseguida esos tumores, pero el médico había rechazado cualquier relación entre la locura del padre del príncipe y los tumores. «Sin embargo, yo creo, y cada vez con más firmeza, doctor», dijo el príncipe, «que entre la locura de mi padre y sus articulaciones hinchadas había una relación. A este respecto debo decir», dijo el príncipe, «que *nunca* he creído en los médicos y que tampoco hoy creo en el arte de la medicina. Para mí, usted no está aquí como médico, no está como médico», dijo el príncipe, «y todavía hoy creo que los médicos son siempre los hombres más alejados de la naturaleza humana, los que menos *conocen* la naturaleza humana». Dijo que podía imaginarse que, en los últimos tiempos, su padre no hubiera podido levantarse ya y se hubiera arrastrado por el cuarto. En realidad, dijo, con independencia de su locura, no estaba ya en condiciones de tenerse de pie, como consecuencia de su estricta negativa a tomar alimentos durante semanas. «En los últimos tiempos era un hombre completamente debilitado, totalmente debilitado, doctor», dijo el príncipe. No era difícil imaginarse, dijo, había dicho entonces el príncipe mientras miraba a su padre amortajado en el pabellón de recreo, lo que había tenido que sufrir su padre para «poder estar por fin muerto. Descubrimos en todo su cuerpo huellas de los malos tratos que se había infligido a sí mismo», dijo el príncipe. Todo su cuerpo, dijo, estaba *marcado* por los malos tratos. «¡Aquel hombre tan inteligente!», dijo el príncipe. De sus libros en otro tiempo favoritos —de *El mundo como voluntad y representación*, por ejemplo—», dijo el príncipe, «que se había llevado de la biblioteca a su cuarto, faltaban las páginas más decisivas. Se las había comido», dijo el príncipe. «Schopenhauer ha sido siempre para mí el mejor alimento», había escrito su padre, unas horas antes de suicidarse, en un papel que un funcionario de la comisión judicial había encontrado, con la fecha «22 de octubre de 1948». Su padre, dijo el príncipe, había deshecho su chaqueta y la había cortado en tiras estrechas que ató en una soga. «Al principio quiso colgarse», dijo, «pero en el último momento le pareció mejor pegarse un tiro. Y así, su última comunicación fueron las palabras

mejor pegarse un tiro, escritas en una hoja en blanco arrancada de *El mundo como voluntad y representación*. Todo indicaba, dijo, que su padre se había pegado un tiro horas antes de que él lo descubriera. «Mientras todos estábamos abajo, en el Ache, viendo la crecida que se retiraba», dijo el príncipe. Instintivamente, dijo, había abierto la ventana del cuarto de su padre y había pensado por un segundo si no se trataría de un *accidente*. «Pero era indudablemente un suicidio», dijo el príncipe; «mi padre se pegó un tiro con toda deliberación. Su locura no excluyó su plena deliberación de matarse». Antes incluso de decírselo a las mujeres, dijo el príncipe, se había puesto en comunicación con el médico del municipio. «El que no quisiera relacionar los tumores de las manos de mi padre con su enfermedad», dijo el príncipe, «es un buen ejemplo de la falta de perspicacia, de las limitaciones de los médicos». Las mujeres, dijo, cuando estuvieron con él ante su padre muerto, dentro del cuarto, fueron incapaces de hacer nada razonable. La comisión judicial se presentó ya a las cuatro y media: «gente joven», dijo el príncipe, «que continuamente hablaba de casos muy distintos, totalmente alejados del nuestro. Las mujeres», dijo el príncipe, «llevaron al muerto al cuarto de baño para lavarlo. Mientras, dirigidas por el médico municipal, intentaban asegurar con pinzas de la ropa el cráneo destrozado y tapaban el orificio de entrada con algodón empapado en cera, algunos trabajadores pusieron orden en el pabellón de recreo, en el que amortajamos a nuestro padre. A causa de la comedia de entonces —representada unas semanas antes, por el mal tiempo, en el pabellón de recreo en lugar del patio—, el pabellón de recreo estaba todavía lleno de docenas de decorados, accesorios, vestidos y asientos». Le había sorprendido la rapidez con que los trabajadores lo transformaron en cámara mortuoria, dijo el príncipe. Durante el traslado del muerto desde el cuarto de baño hasta el pabellón de recreo, a través del patio, a las mujeres se les había caído de las manos y el hijo tuvo que cargar solo con su padre hasta el pabellón. Lo envolvieron únicamente en sábanas y lo cubrieron igualmente con sábanas. Durante varias horas, dijo, a su padre le había salido aún sangre de la cabeza, la boca y los oídos, lo que había hecho necesario cambiar frecuentemente las sábanas. El padre estaba ya frío cuando el hijo bajó a la ciudad para organizar la ceremonia del entierro. Las mujeres informaron a los parientes. «Todos tienen una increíble rutina funeraria», dijo el príncipe. «Como causa de la muerte consignaron locura repentina. ¿Locura *repentina*?», dijo el príncipe. «Los peones forestales y los trabajadores del aserradero y la gravera fueron los primeros, a excepción de los familiares más próximos», dijo, «que visitaron a nuestro padre en el pabellón de recreo. Ninguno de ellos había comprendido a mi padre». Después del entierro, dijo, las semanas pasaron deprisa. La explotación había pasado a él con tanta rapidez, dijo, que le había resultado a la vez doloroso y fácil. «Estoy solo», dijo el príncipe; y dijo: «No puedo llevarlos ahora a la casa porque todo está en desorden, todo está en desorden»; y dijo: «Estoy solo», mientras la repentina oscuridad nos sorprendía en las murallas interiores del castillo, «pero eso no le preocupa a nadie. Sin embargo, en mi soledad, soy el más modesto de todos ellos. Me

pongo mis viejos trajes y desde hace diez años no me he comprado un par de zapatos. Renuncio a todo. Ayer por la noche», dijo, «cuando mi hija mayor volvió de su excursión a Hohenwart —se encontró con su amigo— me di cuenta plenamente de mi propia austeridad. En realidad ya no estás ahí, pensé; ahora están *ellas* ahí. Luego, mientras ella me contaba su visita, pensé que me había alejado tanto de mis parientes, no sabía hacia dónde, que me *separaba* de ellos a tanta velocidad, que ya no podría volver. También Hochgobernitz», dijo, «se oscurece cada vez más. Quizá no esté muy lejos el momento en que estará *totalmente* oscurecido. Comprendo muy bien», dijo el príncipe, «que soy un hombre que, aunque está *todavía ahí*, en realidad, *ya no lo está: está muerto*. Mis hermanas hablan con un muerto, pienso, cuando hablan conmigo. Para mis hermanas sólo vivo aún en caso de duda», dijo. «Pero también yo tengo la sensación de hablar con muertos cuando hablo con alguien de la casa, en el tono cuchicheante que aquí se utiliza desde hace años. *Los muertos* se despiertan y se lavan y desayunan y hablan y se separan otra vez y se esconden de nuevo en sus camas», dijo el príncipe Saurau. «Una familia difunta», dijo. «Cuando alguien íntimo se suicida», dijo el príncipe, «nos preguntamos: *¿por qué* ese suicidio? Buscamos motivos, causas, etc...Nos remontamos en su vida, destruida ahora de golpe por él, tan lejos como podemos. Durante días enteros nos ocupamos de la cuestión: *¿por qué* suicidio? Reproducimos detalles. Y tenemos que decir, sin embargo, que *todo* en la vida del suicida —ahora sabemos que durante toda su vida ha sido siempre un suicida, que ha llevado una vida de suicida— *es* causa y motivo de su suicidio. El suicidio nos parece siempre repentino. ¿Por qué? ¿Por qué, nos preguntamos, nos hemos sorprendido, aunque sólo fuera por un segundo, de su suicidio? Amortajado en el pabellón de recreo», dijo el príncipe, «mi padre daba la impresión de estar mortalmente asustado. Su cabeza destrozada se me aparece a menudo de noche, en los contextos más extraños. Sus manos, plegadas por las mujeres sobre las sábanas», dijo el príncipe, «me resultaban penosas. A menudo pienso en él. Pero ahora lo veo casi siempre *muerto*, no *vivo*. Me resulta difícilísimo imaginarme a mi padre *vivo*. Mis relaciones con él eran difíciles, pero ninguno de los dos se aprovechaba del otro», dijo el príncipe. En las murallas del castillo, dijo, soportaba su propia soledad, «porque estoy totalmente solo en las murallas del castillo. ¿Que si he estado siempre solo? Sobre eso debería poder decir algo usted, doctor», dijo el príncipe. «¡Pero si usted no está solo, pero si usted no está todavía solo, o algo así! O bien: el padre va siempre más lejos que el hijo; o al revés, el hijo va siempre más lejos que el padre, etc...Sí», dijo, «a menudo recuerdo algo que vi una vez en Bruselas: un hombre camina y mira los escaparates y camina y camina y sigue mirando los escaparates y entra por fin en una tienda y sale otra vez de la tienda; qué hombre más agradable, más elegante, pienso, qué hombre más reconfortante en la mañana de Bruselas, y vas tras él y lo observas; y de repente el hombre se desploma, está muerto; ves que está muerto y observas ahora a los otros hombres que se ocupan del muerto y que, sin embargo, no se preocupan lo más mínimo del muerto, etc...y sigues tu camino. Los

periódicos», dijo el príncipe, «son durante semanas mi única diversión; durante semanas vivo sólo en los periódicos. Cuando entro en los periódicos entro en el mundo. Si me quitaran los periódicos de la noche a la mañana, dejaría de existir», dijo. «No hay aire mejor que el aire de los periódicos, me digo a menudo. En el aire de las montañas, en el aire de la *alta* montaña, doctor, prefiero respirar el aire de los periódicos. Preso de locura por los periódicos, pierdo durante semanas el dominio sobre Hochgubernitz. Leer los periódicos como cuentos de hadas que conozco muy bien», dijo el príncipe, «es a menudo la única posibilidad que tengo de existir aquí». Y dijo: «Cuando, por ejemplo, voy solo por el monte alto, tengo siempre un acompañante que va conmigo, alguien que responde a la temática que me preocupa, que responde a las circunstancias. No se le ve, pero es mi *fiel oyente*. Nunca he tenido mejor interlocutor que yo mismo. Cada vez más», dijo el príncipe, «lo que Hochgubernitz es queda en segundo plano. Cuando hablo con algún hombre, sea quien sea, me pregunto siempre: ¿qué *quiere* ese hombre? No me interesa ya nada de lo que viene de los hombres. En el otoño pienso que el próximo invierno lo arreglaré todo; en invierno que la próxima primavera; en la primavera que el próximo verano, etc. Eso es todo. En realidad no ocurre ya nada. Hablo conmigo mismo. Soy viejo. ¿Ha traído mis pildoras? ¿No es demasiado cansado para usted subir hasta aquí? ¿Subir *por el barranco*? ¿Qué hace su hijo? Desde hace meses no he estado en Leoben. Tampoco tengo ganas», dijo el príncipe, «de contemplar como figuras artificiales a los hombres y todo lo que tocan, todo lo que tienen que tocar. Me he agotado ya en esa contemplación. Uno se agota rápidamente contemplando. De repente siento», dijo el príncipe, «que me pudro; me pudro por minutos, *oigo* que me pudro, lo *oigo* y quiero marcharme del lugar que, de repente, sé que es un lugar de podredumbre; pero es demasiado tarde. Ni consigo ya pronunciar mi nombre. Quiero pronunciar mi nombre y me ahogo. Me miro de arriba abajo y me doy cuenta: ya no existes. En realidad», dijo el príncipe, «en muchos de mis sueños atravieso una sala interminable para celebrar una audiencia que es la audiencia más importante de mi vida. Como la sala que atravieso —una sala de techo alto que realmente da vértigos— es una sala interminable, la audiencia no es posible y tampoco puedo —porque la sala es interminable— averiguar *por quién* tengo que ser recibido en audiencia. Quiero saber quién (o qué) me recibe o me recibirá, pero ando, y ando y ando y no me entero. Hay horas, me digo, en que no tienes más que tu desesperación y tienes que contentarte con ella; cada día le pintas una cara distinta, me digo, y le sacas la lengua para hacerla reír. La Naturaleza es, como usted probablemente sabe, un monstruoso surrealismo universal. Sin embargo, realmente», dijo el príncipe, «todo oyente se acerca sólo al asunto de que se habla de la forma más marginal. Nuestra vida entera no es más que una aproximación a los márgenes de la vida. De repente reina en una sociedad», dijo, «un ambiente filosófico que es el más corriente que se puede imaginar y, como consecuencia, esa sociedad corriente se hace más corriente aún. Los genios sólo sueñan», dijo el príncipe, «en su genio, estimulados por otros genios que

sueñan su genio. ¿O es que, quizá», dijo, «todo se ha transformado ya para mí en música? Cada vez más, tengo la impresión de que estoy en manos de un tribunal supremo y a mi alrededor hay jurados que no sé *quiénes* son. Por eso me inclino de vez en cuando. No espero ninguna sentencia benévola. Sin embargo, la pena de muerte me parece demasiado ridícula para castigar la vida. Me inquieta descubrir», dijo el príncipe, «que en la biblioteca, cada día más, saco de las estanterías los libros que *también mi padre leía*. Muchas características de mi padre reviven ahora en mí». Nos habíamos sentado en el único banco adosado a la muralla exterior del castillo. «En los hijos», dijo el príncipe Saurau, «se perfeccionan los padres», y luego, como mirando a través de la oscuridad: «Hay ciudades en las que quisiera vivir mucho tiempo, años, decenios, y otras que no soporto ni por un minuto. Londres», dijo, «es la única ciudad en que quisiera pasarme toda la vida. En Londres hubiera podido desarrollarme de la forma más útil», dijo. «A diferencia de mi hijo, yo me hubiera desarrollado en Londres. En Londres pasé la época más feliz de mi vida. París me da miedo. París me irrita; Londres me tranquiliza. París es nervioso, Londres tranquilo. En Hamburgo aguantaría algunos años; en Viena sólo aguanto unas horas. Pero no conozco Estocolmo, ni tampoco Marsella o Lisboa, ciudades que seguramente me gustarían. En Roma me gusta estar. Y en Varsovia. No obstante, donde quisiera vivir mucho tiempo, donde más tiempo quisiera vivir es en Londres. Soy un hombre totalmente hecho para Londres, que, sin embargo, está aprisionado en Hochgobernitz. Siempre he considerado Hochgobernitz como una prisión absolutamente mortal para mí. Eso no quiere decir que no quiera a Hochgobernitz. A Londres no lo quiero. En Londres quisiera *estar*, hubiera pasado mi vida a gusto, pero no lo quiero. A Hochgobernitz lo quiero, pero lo considero una prisión de por vida. Máquinas de calcular: nada más son los hombres. Siempre calculamos, pensamos comparativamente en cifras. Nacemos dentro de un sistema numérico y un día nos arrojan de él al universo, a la nada. Si hablamos durante cierto tiempo con un hombre», dijo el príncipe, «nos asustamos, porque comprobamos que hablamos con una calculadora. Cada vez más, el mundo se convierte sólo en un ordenador. De nada nos sirve ser indiferentes: siempre estamos encerrados en todo y ya no podemos salir». Dijo: «Como mis hijas son iguales que mis hermanas, mis hijas *serán* un día mis hermanas. Siempre he sido engañado por todos. *Le silence éternel de ces espaces infinis m'effraye...*», dijo. «Me quitan todo lo que dejo de la mano. Si mi hijo vende Hochgobernitz», dijo el príncipe, «estará perdido». Mi padre dijo: «Eso no lo creo: que su hijo venda Hochgobernitz». El príncipe dijo: «No lo *venderá*: lo *liquidará*. Horrible», dijo. «Por la mañana», dijo, «todos tienen miedo de que les hablen; también yo tengo miedo por la mañana de que alguien me hable, de que pueda ser *el primero* a quien hablen. Oímos cómo nos levantamos, nos lavamos y nos vestimos, pero tenemos miedo de mirarnos. De repente nos hablamos mutuamente y quedamos destrozados. Destrozados para todo el día. En medio de esa destrucción desayunamos y tratamos de Hochgobernitz, de administración, hombres, posibilidades de diversión,

posibles menús. De cómo podemos calentarnos mejor en invierno y refrescarnos mejor en verano. De alfileres de corbata, trapos de limpiar zapatos, planes de viaje. El transcurso del día ha sido siempre deprimente en Hochgobernitz. Mi hijo tiene miedo de volver a esa depresión. ¿Es un revolucionario?, me pregunto a menudo. ¿Es un soñador genopolítico? Al parecer, sabe muy bien que aquí está todo agotado. Agotado. Desde aquí», dijo el príncipe, «puedo verlo todo si me esfuerzo, pero ya no tengo ganas de esforzarme. He perdido las ganas de hacer cualquier esfuerzo. Sin embargo, algunos días, sin que yo haga nada para ello, la atmósfera es totalmente transparente, como si fuera un reflejo de todos los caracteres posibles, y eso lo disfruto. Sí, lo disfruto. Disfruto de una vista sin impedimentos. Sin embargo, también ese estado desemboca naturalmente en la insoportabilidad. Todo desemboca en la insoportabilidad. Uno no lo soporta, uno está muerto. Es muy fácil: no se puede aguantarlo y así se acaba. Todo. La única fuerza que existe —usted lo sabe— es la de la imaginación. Todo es imaginado. Sin embargo, imaginar es fatigoso, mortal. El miércoles por la tarde», dijo el príncipe, «—me imagino que es miércoles por la tarde — mi hijo está en Hochgobernitz y se encuentra en su cuarto. Hemos dado un largo paseo y estamos cansados, y los dos, cada uno en su cuarto, nos hemos echado. En ese paseo hemos desarrollado, cada uno para sí, nuestro más viejo tema —sea lo que sea lo que hayamos hablado y sea lo que sea lo que hayamos pensado—: no nos comprendemos. Durante la cena, que las mujeres han cocinado y servido, volvemos a tratar de lo que hemos hablado durante el paseo y vemos que sólo nos separa la edad. Afuera hace una cálida noche de verano y le propongo a mi hijo salir otra vez, a las murallas: *vamos a aprovechar la noche*, le digo, vamos. Salimos todos, *incluso las mujeres*. En el patio y, luego, en las murallas, todos nos alegramos del momento: sol que se pone, murallas, Naturaleza. Entonces se hace de noche y decidimos caminar en la oscuridad e ir hasta el barranco pasando por casa de los Krainer. Nos confiamos a las tinieblas. *Nos hemos confiado a las tinieblas como a una ciencia*, digo. Mi hijo dice: *una ciencia natural*. Yo digo: *una ciencia política*. *La oscuridad es una ciencia política*. Todos deseamos que esa noche de verano no termine. Somos felices. Todos somos felices. No lo comprendo». Dijo que a menudo tenía la sensación de poder estar muerto en cualquier momento, «en el momento en que deje a mi cuerpo solo. La admiración que sentimos dentro de nosotros por un ser humano y que ese ser que admiramos destruye de la forma más horrible, cuando se convierte de repente ante nuestros ojos y, simultáneamente, *dentro* de nosotros, de modo consecuente, en lo que en realidad *es*» era en definitiva, dijo, lo que lo destruía todo. La verdad era que en el mundo sólo se oía decir: eso está bien, eso no está bien; el hombre es *así* o *así*, etc... A menudo oímos: *ése* es amable, *ése no*. *Ése* habla muy bien francés, *ése no*; *ése* es comunista, *ése no*; *ése* es práctico, *ése no*; *ése* es rico, *ése no*... ¡Para vomitar! ¡Sí!», dijo el príncipe. «En las capas más bajas de la población sólo aparece, cuando se habla en esas capas más bajas de la población, un vocabulario muy pequeño; en las altas, en cambio, aparece todo el vocabulario. Aparece todo el monstruoso, el

aniquilador vocabulario, incluso cuando no se *utiliza* sino que se *reprime*. Y hay otra cosa insoportable», dijo: «los sinfónicos tienen siempre en la cabeza sinfonías, los escritores siempre escritores, los técnicos de la construcción técnicos de la construcción, los equilibristas de circo equilibristas de circo... ¡Es insoportable! Sin embargo, durante toda mi vida he temido, he temido *ya* durante toda mi vida ahogarme por el hedor del mundo», dijo. «El que la miseria sea siempre miseria, como la riqueza riqueza, resulta horripilante. Y durante toda mi vida me he dicho: quiero estar *ahí* y quiero estar *allá* y soy desgraciado. ¿*Por qué?* No obstante, también es absurdo plantearse esa pregunta, *¡no es lícito!* Siempre hablamos como si desde hace tiempo lo tuviéramos todo hablado. Y en realidad, doctor, todo está *dicho*. Sin embargo, el hombre sigue hablando, sigue hablando y hablando de su asco cuando habla de su destino. Y los filósofos, mi querido doctor, nos llevan siempre por un museo que conocemos de memoria: hasta en sus más mínimos detalles conocemos ese museo. Y es un museo maloliente ése al que nos llevan los filósofos en cuanto nos ocupamos de su filosofía. Se dice de todas las filosofías que abren ventanas y dejan entrar el aire en el museo, *aire fresco*, doctor. Pero en realidad, desde Kant, nadie ha conseguido airear el museo, nadie, se lo aseguro. Desde Kant el mundo es un mundo sin ventilar. Y la ciencia imita a la filosofía: ordena la *locura plenamente conocida*. Vivimos de pequeñas sorpresas que nos damos a nosotros mismos porque somos amables, ¿no es lastimoso? El que podamos decir que *sí* pero también que *no* a todo. Los hombres están siempre en un punto en que resulta absurdo *ser*. Y no hay nada», dijo, «que sea práctico, sino sólo teórico. En la música oímos lo que sentimos. La verdad es la tradición y no la verdad. Nunca», dijo el príncipe, «he podido divertirme, entretenerme. Lo literal me lo ha destruido todo. Lo literal lo destruye siempre todo. Pero no, se puede dejar de nacer en lo literal. Si abrimos la boca cometemos un asesinato moral: un asesinato moral y un suicidio al mismo tiempo. Pero si *no* abrimos la boca pronto nos volvemos locos, dementes, *no existimos*. En el diálogo, en el monólogo, lo sacamos, lo extraemos todo —cada vez con mayor esfuerzo— de las tinieblas y lo utilizamos como prueba; no existimos más que en esas pruebas y las perdemos otra vez en las tinieblas. Sin embargo, sólo a veces notamos la verdadera crudeza de la vida en el diálogo. En el diálogo damos vida a los muertos y muerte a los vivos. Usamos de ese teatro mientras todavía *estamos* en el teatro. Cuando estoy en la biblioteca», dijo el príncipe, «todos creen que me ocupo de libros, porque estoy en la biblioteca; de libros, por lo menos de atlas, de papeles impresos por lo menos. Pero en realidad hace años que no he leído ningún libro ni he estudiado ningún atlas, y sólo estoy en la biblioteca para *estar* en mí mismo. El mundo se desgasta más por nosotros, el mundo más por *nosotros* que *nosotros* por el mundo. Querido doctor, le estoy hablando ahora de *historia natural*. Los acontecimientos son *siempre distintos*. Mi vida es siempre otra vida, lo mismo que la suya, la de su hijo, la de mi hijo, etc...pero si me preguntan —no me preguntan— qué clase de vida es mi vida digo: *mi vida*. *¡Una existencia consecuente!*, digo. Con

eso provoco risas. Desprecio. Una desaprobación general. Siempre tengo miedo de que me pregunten qué clase de vida es mi vida, aunque sé que nunca me *preguntará* nadie qué clase de vida es mi vida. Esa pregunta no se me puede hacer. Esa pregunta sólo se hace siempre para no tener que hacerla, ¿comprende? Sí», dijo el príncipe, «cada vez conozco mejor los motivos, cada vez me hago más viejo. Y en el fondo, cuando pienso y, en consecuencia, cuando pienso en los hombres, siento siempre sus flaquezas como una sola flaqueza que me oprime fuertemente. Hay, por ejemplo, períodos en que no escribo ninguna carta. Tampoco a mi hijo le escribo. A nadie. No sostengo ninguna clase de correspondencia, soy incapaz de tener contactos. Y luego escribo otra vez cartas y postales, de día y de noche, sin cesar, y en esas cartas y postales sólo digo que no escribo cartas ni postales y que no *quiero* ninguna clase de contactos. Si estoy en plena Naturaleza», dijo, «pienso que es mejor *no* estar en plena Naturaleza; si *no* estoy en plena Naturaleza, pienso que debería *estar* en plena Naturaleza. En esas especulaciones envejezco, me hundo». Yo hubiera deseado ir al castillo para verlo por dentro, pero el príncipe no tenía la menor intención de interrumpir su «paseo» por ninguna causa. La mayoría de las veces él y mi padre pasean durante varias horas por las murallas exteriores o las interiores y mi padre es siempre el que escucha. Ese día mi padre quería estar en casa a primeras horas de la noche: había citado pacientes que probablemente, pensé, esperaban ya desde hacía rato en la consulta. No obstante, el príncipe nos retuvo. A mi padre le era imposible marcharse. Pero yo sentía además el máximo interés por lo que el príncipe decía. No hacía frío tampoco aquella noche; al contrario: hubiéramos podido quitarnos tranquilamente las chaquetas. Sin embargo, no quería quitarme la chaqueta delante del príncipe: «La libertad gravita sobre mi ánimo como una coraza», dijo el príncipe, «la *plena* libertad de que gozo me ahoga. Estoy construido totalmente en contra de la realidad. La mayor parte del tiempo mi consuelo lo encuentro, puede reírse, doctor, únicamente en el desconsuelo. Cuando estoy solo tengo ganas de estar acompañado; cuando estoy acompañado, tengo ganas de estar solo. Me esfuerzo al máximo», dijo, «por comprender a otras cabezas distintas de la mía, pero no comprendo a las otras cabezas. En el fondo, carezco de medios. Es muy posible que muera de la locura de otro, de las enfermedades de otro; no de mi propia locura, no de mis propias enfermedades o, por lo menos, no *sólo* de las propias, no *sólo* de las ajenas. La Naturaleza me llena por completo, ya ve, doctor, y esa Naturaleza que me llena por completo me ahoga. La realidad se me aparece siempre como la horrible representación de todos los conceptos. Efectos teatrales, pienso siempre, que huyen del pensamiento, pienso siempre. Porque, evidentemente, todos estamos condenados a pensar que no hay nada verdadero. Intentémoslo de forma *filosófica*, dicen los primeros siglos; intentémoslo de forma *práctica*, dicen los siguientes; intentémoslo de forma *práctica* y *filosófica*, dice la Naturaleza. Y recientemente», dijo el príncipe, «se cree que *el progreso* es algo *matemático-adhesivo*. La tendencia, como *sentimos*, está totalmente orientada a la muerte; podemos mirar lo que queramos. Nuestros

maestros han muerto y, gracias a *su muerte siempre muy temprana* han eludido su responsabilidad. Nuestros maestros nos han dejado solos. No hay maestros futuros y los pasados están muertos. En algunos hombres», dijo el príncipe, «puede verse que todo en ellos (y dentro de ellos) es sólo teórico; en otros no es ni teórico ni práctico lo que continuamente los motiva. ¿Qué es *entonces*? Sin embargo, la posibilidad de *ser práctico* no la tiene jamás ningún hombre. Vivimos gracias a la hipótesis de que los problemas son insolubles de noche y solubles de día. Por eso es posible filosofar. Cuando empezamos a pensar cómo andamos», dijo, «pronto no nos resulta posible andar; cuando empezamos a pensar cómo filosofamos, pronto no podemos ya filosofar. Y cuando empezamos a pensar cómo somos, nos desintegramos en el plazo más breve. Podemos también, a nuestro antojo», dijo el príncipe, «trazar una línea a través de un hombre, y entrar en ese hombre unas veces desde un lado y otras desde el otro, sin traspasar nunca esa línea, y luego salir de él. Las culturas», dijo el príncipe, «exigen de nosotros cosas inalcanzables. Y las culturas más viejas las más inalcanzables. Pero nos hundimos por nuestra propia cultura. Lo mismo que nos hundimos por nuestra propia religión y *pretendemos* que es por la Naturaleza. Es necesario», dijo el príncipe, «que la imagen del mundo —da igual el cómo y el cuándo— sea destruida por nosotros, que todas las imágenes *sean* siempre destruidas por nosotros. El intelecto», dijo, «es dictatorial; no hay un intelecto republicano. El que piensa se encuentra cada vez más en un enorme orfanato, en el que se le demuestra con frecuencia que carece de padres. Todos carecemos de padres; nunca estamos solitarios, pero siempre estamos solos. Desde hace mucho tiempo formamos —todos nosotros— una legión extranjera del espíritu. Y deseamos», dijo, «—porque sabemos que si no somos juzgados no existimos— un tribunal siempre severo que continuamente comprendemos y *por eso* soportamos. Nos dirigimos siempre a nosotros mismos, como si fuéramos cualidades del carácter, hasta que nos sentimos cansados. Naturalmente, ese arte lo dominan menos las mujeres. Pero nadie lo domina por completo. ¿Podiera ser», dijo el príncipe, «que el aire fuera aquí metafísico?» Mi padre no respondió. «Sigamos», dijo el príncipe. «Lo que aspiramos no es otra cosa tampoco que cifras y números, que seguimos suponiendo que son la Naturaleza. Todo objeto —cualquiera que sea ese objeto— tiene para nosotros la forma del mundo, reducido a su historia. También los conceptos que nos permiten comprender tienen para nosotros la forma del mundo: la forma interna y externa del mundo. Todavía no hemos superado el mundo en nuestro pensamiento. Sólo podemos avanzar cuando hemos dejado al mundo totalmente atrás en nuestro pensamiento. Debe sernos posible siempre disolver todos los conceptos. La infancia», dijo, «no es ningún cimiento y por eso es mortal. Lo mismo que antes dejaba a menudo Gobernitz», dijo el príncipe, «y se lo confiaba todo a un administrador, ahora dejo con frecuencia mi cerebro y se lo confío también a un administrador. Toda situación», dijo, «es siempre, momentáneamente, una fatalidad totalmente política. Mi conciencia es siempre, momentáneamente, totalmente categórica, hipotética y

disyuntiva. Es muy posible que realmente vuelen tiburones por el aire, sobre los bosques, porque no hay nada fantástico... En todas las cartas en que nada se dice de ello», dijo el príncipe, «leo siempre la amargura del que las escribe ante su propio destino. Lo veo, a gran profundidad bajo la superficie de su desesperación, explicarse superficialmente, extraviar su extravío, etc... El elemento cómico o divertido de los hombres se manifiesta más marcadamente en su sufrimiento, lo mismo que el sufrimiento se manifiesta en lo cómico, lo divertido, etc... Poco a poco las estrellas, los cuerpos celestes en general» (que no veíamos), dijo el príncipe, «se convierten en los símbolos que siempre hemos visto en ellos. De esa forma nos engañamos imaginando un creador. La inteligencia, querido doctor, es *i* lógica. La salvación está donde no vamos, porque no podemos volver. Cuanto mayores son las dificultades, tanto más me gusta vivir; a menudo he dado vueltas y pulido esa frase en mi cerebro durante noches enteras. Porque determinamos los objetos mediante su representación, creemos tener experiencia. Pero en realidad los fenómenos, de la forma en que los identificamos como premisas, son imposibles. Tenemos una conciencia representativa con la que hemos de contentarnos. Poesía, porque de forma razonable estamos distanciados de la realidad. Si tomamos conciencia de la problemática de nuestra existencia, *creemos que somos filósofos*. Nos molesta continuamente lo que tocamos, y por eso nos molesta siempre todo. Nuestra vida que no es Naturaleza no es para nosotros más que una molestia. Cuando hace mal tiempo (cuando la visibilidad es mala) nos advierten que no trepemos a las cimas altas o altísimas. Además nos cansamos», dijo el príncipe, «cuando la especulación nos ha cansado. Evidentemente, cada uno se protege diciendo: ¡yo no formo parte!, y está en su perfecto derecho. También yo digo incesantemente que no formo parte, que *no pertenezco a nada*. Sin embargo, juntos somos accidentales. Nos cansamos rápidamente cuando no mentimos. En la tierra están los cimientos, sentimos, sin pensar que es *en las capas más bajas*, y nos da miedo. ¿Exigimos siempre demasiado de los otros?», preguntó el príncipe. «No», se contestó a sí mismo, «creo que no. Me encuentro con un hombre y pienso: *¿qué piensas tú?* ¿Puedo, me pregunto, andar contigo un trecho por tu cerebro? La respuesta es: *¡No!* No podemos andar juntos un trecho *por un cerebro*. Nos forzamos a no darnos cuenta de nuestro abismo. Sin embargo, durante toda la vida, miramos (sin darnos cuenta de él) *hacia* nuestro abismo físico y psíquico. Nuestras enfermedades destruyen sistemáticamente nuestra vida, del mismo modo que una ortografía defectuosa se destruye a sí misma». El príncipe dijo: «Todo el mundo discute incesantemente consigo mismo y dice: no existo. Todo concepto es, a su vez, infinitos conceptos. Siempre, desde mi primera infancia, he sentido la necesidad de adentrarme en mis fantasías, y siempre me he adentrado lejos en mis fantasías, siempre más lejos que aquellos a los que he llevado conmigo en mis fantasías, como mis hermanas por ejemplo, mis hijas, mi hijo. Lo mismo que no se atreven a penetrar de forma realmente infinita en la realidad, tampoco se atreven a penetrar de forma realmente infinita en la fantasía, en lo

fantástico. Hablamos mucho de la enfermedad», dijo el príncipe, «de la muerte y de la obsesión del hombre por la enfermedad y la muerte, porque no podemos explicarnos la enfermedad y la muerte ni la obsesión por la enfermedad y la muerte. ¿Por qué tenemos que sacrificarnos a la comedia exterior, a *una actuación exterior en la superficie* de la vida? ¿Por qué tenemos que rebajarnos de una forma tan absurda, cuando estamos hechos para la comedia interior, etc.? Lo místico que hay en nosotros lleva directamente a las alegorías de la percepción: estamos desesperados. Ayer», dijo el príncipe, «me preguntaron dónde estaba realmente Hochgobernitz. ¿Al este o al oeste?, me preguntaron. Inmediatamente respondí: ¡Al este! Y repetí: ¡Al este, naturalmente! Sin embargo, al regresar —estuve en el barranco—, pensé que hubiera podido decir también: ¡Al oeste! ¡Al oeste, naturalmente! Al que escucha», dijo el príncipe Saurau, «se le dice siempre lo que sabe pero no comprende. No obstante, comprendemos mucho de lo que no sabemos», dijo. «Naturalmente, querido doctor, hay que hacer algo contra las propias flaquezas. Me pregunto a menudo, en relación con mi hijo, cuáles son las misiones de un hombre al que la Naturaleza ha dado un talento sin duda poco común, aunque político, especialmente cuando, como pretende, respeta a su padre e idealiza (*¡no porque esté muerta!*) a su madre. Los padres creen que tienen derecho a una vida ordenada, cuando no extraordinaria, de sus hijos; también yo, creo, tengo derecho a ello. Ésa es pues tu educación: un joven que estudia en Londres en calidad de iluso exaltado que sólo se siente bien en el extranjero... Un hombre que se agota en categorías políticas y que, me parece, se aleja cada vez más de mí y, por lo tanto, de sí mismo; un carácter dudoso que, durante mucho tiempo, no da a mis cartas respuesta alguna y, luego, la respuesta más breve... ¡Ese hijo lo acepto! Todas esas cartas que mi hijo me escribe», dijo el príncipe, «no son cartas en realidad: son letreros prohibitivos que mi hijo coloca a su alrededor, como *Se prohíbe la entrada*, etcétera... Esas cartas, que no responden en absoluto a mis preguntas, proceden de la hedionda atmósfera de su cuarto de Londres. Mi hijo, un erudito salvaje que investiga cosas hace tiempo investigadas: las masas, por ejemplo, que no interesan ya a nadie. La masa no interesa ya a nadie porque la masa *está* ya en el poder. Y ese hijo, pienso, está en Inglaterra y no piensa ni por un segundo que, sin embargo, *tiene* una gran responsabilidad... La existencia de mi hijo me parece un letárgico flotar por todos los campos del saber, en el que no hay sitio para los buenos modales. En lo que se refiere a mi hijo y a mí, a nuestra mutua relación, nunca he tenido el placer de una correspondencia regular, *nunca*. En realidad sólo escribe para pedir dinero, eso es todo. El que perezamos aquí no le interesa. No le interesa que nuestra existencia esté encadenada a Hochgobernitz. Lo que escribe son extractos de una obra chapucera, que me prueban que derrocha inútilmente tanto sus facultades como mi dinero. Como cada vez veo con mayor claridad, sigue las huellas de la locura de masas, de la política de masas, que, sin embargo, no es tan ridícula que no pueda destruirlo todo en el porvenir. Todos», dijo el príncipe, «hemos sufrido siempre horriblemente por culpa de mi hijo. Pero desde

luego», dijo, «puede hacer lo que quiera». Las ciencias, dijo el príncipe, se podían considerar como un paisaje «en el que todas las estaciones del año *son* simultáneas. Nuestro Estado», dijo, «es una ley que descansa sobre todas las bajezas posibles». Todo gobierno, dijo, terminaba por su propia incapacidad. «Dormimos», dijo, «y soñamos con un mundo creado por varias cabezas, en su mayoría extrañas, al mismo tiempo que por la nuestra, de lo que nos asombramos, porque no podemos saber que nosotros no somos siempre sólo *nosotros*. De vez en cuando descubrimos un ser humano, con más frecuencia en la ciudad que en el campo, en cuyo rostro no podemos descubrir absolutamente nada que nos cause dolor. Y no podemos decir que ese ser sea estúpido. Con frecuencia paseo de un lado a otro de la biblioteca, y pienso que los otros piensan que paseo por la biblioteca pensando, cuando lo cierto es que paseo por la biblioteca *sin pensar absolutamente en nada*. Lo mismo que los niños fingen delante de sus padres estar dormidos o incluso muertos, para asustarlos, yo finjo estar pensando. A menudo, durante una conversación», dijo el príncipe, «nos tranquiliza la sospecha de que el mundo de nuestro interlocutor es un mortífero ápice mayor en sus cimas y abismos que el nuestro propio. Podemos ver a través de algo», dijo, «simultáneamente desde una anchura infinita y hacia una longitud infinita. Siempre nos informamos mutuamente en las cartas de lo que nos parece importante; a menudo, de particularidades sólo, a fin de describir los detalles del camino que nuestra persona va recorriendo hacia su fin, confiando en otra persona que recorre el mismo camino. A determinados personajes que nos resultan desagradables no los dejamos actuar en el teatro que representamos; si se abren paso a la fuerza, los echamos. Cuando cobramos conciencia plena del mecanismo de nuestro cuerpo, no podemos respirar. En los últimos tiempos», dijo, «veo más a las personas como mecanismos y veo siempre los puntos del mecanismo en que éste se desintegrará (tendrá que desintegrarse) primero. Y veo con toda claridad que soy *yo* quien mantiene en funcionamiento esos mecanismos. Al principio se viene a la ciudad para ver a muchas personas», dijo; «unas son conocidas, otras desconocidas; se piensa que *hay* que visitarlas porque para eso se ha venido a la ciudad; uno intenta extenderse por todas las ciudades —y, en definitiva, por todo el mundo— mediante contactos humanos o *contactos con los hombres*. Luego», dijo, «se viene a la ciudad para no ver a nadie, para esconderse mejor, para poder concentrarse mejor en uno mismo; se entra en las ciudades, en las masas, *se desvanece uno*. En esas ciudades, en las que puedo desvanecerme, desaparecer, me imagino con frecuencia a mí mismo exuberante», dijo el príncipe, «y por ello extinguiéndome. El pensamiento se representa siempre como una construcción en la que se puede habitar más o menos tiempo; todo el mundo habla de *construcciones mentales* en las que todos, los filósofos y sus seguidores, entran y salen más o menos excitados. Sin embargo, no es posible *representar* el pensamiento. Para mí el pensamiento son velocidades que no puedo ver». El príncipe dijo: «Mis hermanas, como yo, fueron engendradas sin querer. Mi padre quiso convencerme a menudo de lo contrario, y también mi madre.

Eso hizo que, de repente, los dos me dieran miedo». Dijo: «Lo aterrador no es la fealdad, sino la falta de criterio del hombre. A menudo camino con mi hermana mayor por el bosque, sin cruzar palabra con ella. No se le ocurre que, durante todo el tiempo, hablamos *sólo de ella*, mientras caminamos por el bosque sin decir palabra. Su aburrimiento es un aburrimiento exactamente contrapuesto al mío: el intento de penetrar en una cosa y, al mismo tiempo, *salir* ya de esa cosa (el matrimonio, la especulación filosófica, etc.). Antes», dijo el príncipe, «tenía siempre al principio buenas relaciones con las personas; ahora, al principio, mis relaciones son siempre malas. Cuesta menos trabajo pasar de unas relaciones malas a unas buenas que, al revés, de unas buenas a unas malas. Si escuchas con atención», dijo el príncipe, «te das cuenta de que es siempre tu propia historia, adaptada a tu ritmo, la que te cuentan, la que te representan. Esa observación la puedes hacer en todas partes, no importa dónde, sobre todo en los viajes, en las grandes estaciones de ferrocarril, en las salas de espera... Lees lo que dice el periódico y sientes cómo tu enfermedad, de la que habla el periódico en cada línea que lees, te debilita, te domina, te mata. Si caminásemos siempre en una sola dirección», dijo el príncipe, «estaríamos en la Naturaleza de la forma más natural. A menudo me preguntan por qué no tengo perro. ¿Por qué no hay perro en Hochgubernitz? Y yo digo siempre: *porque no hay ningún perro*. La oscuridad depende por completo de lo geométrico. Siempre debiéramos contemplarlo todo en relación con lo geométrico de lo que depende. Lo ridículo en los hombres, querido doctor», dijo el príncipe, «es realmente *su total incapacidad para ser ridículos*. Todavía no he visto ningún hombre ridículo, aunque en la mayoría de los hombres que veo todo *es* ridículo. En esta casa», dijo, «todo hace una impresión sensata y nunca he oído hablar de esta casa más que como de una casa sensata, pero en realidad no hay en ella la menor sensatez. Lo mismo que en la mayoría de los hombres que encontramos y que calificamos de sensatos no *hay*, no *puede haber* la menor sensatez. Hochgubernitz es sin duda sensato, pero no tiene la menor sensatez, etc. Durante decenios he intentado plantar árboles en todos los sitios donde quería tenerlos; ya ve, he plantado cientos, miles, cientos de miles de árboles. Ahora ya no planto árboles; sólo *miro* los cientos de miles de árboles plantados por mí, los contemplo. La simple contemplación no produce satisfacción alguna. Todos los caminos son caminos trazados por el hombre. En los momentos más afortunados hablas un idioma», dijo el príncipe, «que todo el mundo comprende, pero nadie te comprende». Dijo: «Las similitudes conmigo (con todos) son a menudo tan grandes que ya no sé si estoy allí (donde no puedo estar) o allá, donde no *estoy* ya. Los rostros envejecen, lo mismo que lo vulgar y lo delicado que hay en ellos», dijo. «Oigo en la noche los pájaros más raros; aunque sé *qué clase* de pájaros son, de noche son totalmente distintos. Fuera, ante la ventana, describiendo círculos sobre Hochgubernitz, son distintos. Si cojo esos pájaros en la mano, son pájaros que todo el mundo conoce. Mi relación con los animales es tal que les permite utilizar el lenguaje humano —un lenguaje puramente emotivo— y practicar el pensamiento humano. Yo

creo en el contenido filosófico del animal, que para mí está siempre muy próximo a dominar toda la gramática de la Naturaleza, y por eso *tengo miedo* también de los animales. La persona educada cree siempre que tiene que ser paternalista con la Naturaleza, aunque es totalmente dominada por ella», dijo. «Esta noche, en sueños, unos viajeros me dijeron que, en medio de su viaje, había desaparecido toda limitación de velocidad y, por consiguiente, todo les había sido posible. Ese momento se ha producido. La vida es tan larga como hace falta para preparar la muerte. Hablamos con un hombre a cientos, a miles de kilómetros de él, sin que nuestro interlocutor lo sepa. Preguntamos en lugar de él. Respondemos *por él*. Si lo encontramos, nos parece que efectivamente ha sostenido la conversación con nosotros, que lo ha alejado aún más de nosotros. A menudo hablo de forma que dejo a mi interlocutor mucho tiempo para reflexionar *consigo mismo*», dijo. «En la alta sociedad, la baja parece útil; en la baja, la alta parece inútil», dijo el príncipe, y luego: «los hombres, cada uno por sí solo, pueden concebirse muy bien como folletines que diariamente continúan, impresos en la Naturaleza. En la redacción, sin embargo, reina una espantosa arbitrariedad a la que, como puede verse, el mundo da cotidianamente la mayor importancia. Y los poetas», dijo el príncipe, «utilizan la verdad que no pueden utilizar los filósofos». Podría explicarnos todos los alrededores, dijo el príncipe cuando, desde hacía rato, caminábamos lentamente por las murallas exteriores, «incluso en la oscuridad», dijo. «Sin embargo, si lo intentase, el placer sería sólo para mí, de manera que no se los explicaré. Únicamente la oscuridad permite que *andemos* ahora por donde andamos», dijo, y luego: «A menudo oigo que viene mi hijo y pregunto a *sus* hermanas y a *mis hermanas* si lo oyen *también*; les digo que lo oigo claramente. Ellas no lo oyen. Voy una y otra vez a la ventana y miro afuera para ver si viene. Sé que no llegará hasta dentro de cuatro o cinco horas, pero desde mucho antes empiezo a mirar por la ventana. Lo oigo venir durante todo el día. Venir *hacia* mí durante todo el día, mientras cada vez me defrauda más. Mi muerte la veo también claramente desde hace años y, lo mismo que poco a poco mi muerte imaginaria se convierte en real, también la llegada imaginaria de mi hijo se va convirtiendo en real. Contemplo durante horas la calma que aquí reina. Sé que esa calma *ha* reinado aquí siempre, es una calma totalmente inalterada que me ha alterado, que me altera, que nos ha alterado a todos. El tiempo, doctor, es la calma misma contra la Naturaleza. Una vez», dijo el príncipe, «atrasé poco a poco todos los relojes de Hochgobernitz una hora diaria, hasta que de pronto tuvimos un retraso de tres días. Hubiera podido muy bien retrasar los relojes de Hochgobernitz varios días, semanas y años. Me divirtió hacerlo. El que cada día vive algo más, aunque sólo sea unos segundos, consigue al final toda una vida», dijo el príncipe. «Durante años, hasta hoy, he conservado la costumbre de quitar de las paredes, una vez por semana, todos los cuadros de Hochgobernitz y cambiarles el orden, siguiendo un sistema que yo sólo conozco: *cuatro delante y dos detrás*, y luego *seis delante y ocho detrás*. Me *aparezco* a mis hermanas y a mis hijas; les *parezco* loco cuando me ven. Pérfido

escarnio de la perfidia», dijo el príncipe, «con el material docente visual, siempre idéntico, de que disponemos en Hochgubernitz. Cuando pienso en los muchos bailes de disfraces, bailes de máscaras, fiestas en el jardín, fiestas en el pabellón de recreo y comedias que hemos organizado, que hemos visto... En los miles de personas que han subido y que han vuelto a bajar... Las oigo de cuando en cuando llegar, marcharse, aparecer y desaparecer; las veo con mi ritmo senil. Las oigo reírse. Las oigo morir mientras ríen. La risa es ahí arriba, muy claramente, la del hombre primitivo», dijo el príncipe. «Hochgubernitz como centro del placer puro», dijo, «de los números de prestidigitación. Aquí», dijo, «presentaban los prestidigitadores más famosos sus números de prestidigitación, cantaban los cantantes más famosos, actuaban los actores más famosos, leían sus obras los escritores más famosos, filosofaban los filósofos más famosos; aquí se reunían en otro tiempo los más famosos virtuosos. La virtuosidad del mundo se reunía aquí para decirse adiós. Aquí», dijo el príncipe, «todo era en otro tiempo lo más costoso, lo más exigente, lo más asombroso. En ciertas épocas se hablaban aquí todos los idiomas del mundo. Hochgubernitz», dijo el príncipe, «como punto culminante de su historia en la Historia. El sufrimiento está en mi cuerpo», dijo el príncipe, «como si fuera otro cuerpo; en mi cuerpo entero como si fuera *otro cuerpo entero*. Sueño con mis asombrosos estudios a los que he renunciado por completo, porque he dejado de estudiar. Me paseo continuamente de un lado a otro, soñando en los estudios que he abandonado, en la vida a que he renunciado. De un lado a otro, independiente, en esta alta prisión. ¿Qué es la tradición sino una comedia perfectamente representada, pero insorportable que, porque se ha hecho incomprensible, congela en el aire nuestra risa, nos congela? Aquí se representa una comedia, aquí está todo congelado, etc. En esa comedia reinan estados de ánimo, fantasías, filosofemas, idiotismos congelados, una locura enmascarada, inmovilizada en su apogeo. Paseando junto a esas murallas, paseando por ellas», dijo el príncipe, «oigo cómo se ensanchan las grietas, anunciando el total hundimiento de la fantasía del mundo. Lo que me es muy próximo me repugna, pero no lo que me es completamente familiar. La calma se extiende por mi cabeza y pretende destrozarla. Oigo cómo los plenamente iniciados hablan sobre mí significativamente y fingen tenerme miedo. Sin embargo, mi debilidad ha sido siempre mi fuerza: yo vengo de mi debilidad. Cuando sueño, fijo primero la vista en el mundo entero, y sólo después sueño que sueño, con lo que profundizo en mi sueño de forma rigurosamente científica. La sensación de que el hombre puede sustraerse a la muerte por períodos más o menos largos —una sensación que todos tenemos a menudo— está en mí burdamente unida con largas frases comprensibles o incomprensibles. Siempre he aprendido en los libros lo desgraciado que soy, lo despiadado, lo irresponsable, lo vulnerable, lo inútil. Un pueblo entero», dijo el príncipe, «con una inconsciencia de siglos, haciendo historia con esa inconsciencia: nunca había tenido una conciencia tan clara de ese estado como ahora. El sentido profundo de muchos objetos juntos no se nos aclara al

aclarársenos poco a poco el sentido profundo de *cada* objeto, *la Historia*. Me he forjado una representación, al haber trabajado, vivido, existido, al haber sido maltratado y denunciado toda mi vida por esa representación (metafísica). Los contextos, doctor, se perciben en los nervios, con lo cual *se produce* el caos total. También otro podría caminar ahora, en esta época del año y en este siglo, por las murallas —alternativamente por las interiores y por las exteriores—, lo mismo que nosotros (¿el doctor quizá?), con arreglo a su peculio intelectual, y decir lo mismo que yo: *no tengo nada. Nada*. A mí eso no me duele: me *atormenta* sólo. Todo es, pienso, únicamente una geometría de las desavenencias, las dudas, el sufrimiento... en definitiva, el tormento», dijo el príncipe. «Estoy junto a la ventana y me veo en el patio, en las murallas interiores. Me observo. Me comprendo mientras me observo, no me comprendo. Tengo cuatro años, tengo cuarenta. Juego conmigo mismo, *juego*, averiguo, pienso. Me llaman —es una noche de verano—, me llama mi abuela, mi abuelo, mi madre, mi padre. *Ellos* me llaman. Sucesivamente veo junto a la ventana a mi abuelo, mi abuela, mi padre, mi madre, mi mujer. Pasan las estaciones y yo sigo en la ventana, incesantemente. Todos me llaman. Mi padre lleva su traje de invierno, mi abuelo su abrigo de invierno, mi abuela su abrigo de piel de oveja, mi madre su traje de montar. A mi mujer no la veo; la *oigo*, pero no la veo. Una hora entera permanezco en la ventana y observo el decorado que queda muy atrás, en segundo plano, y que *cambio* a mi gusto y por mi propia voluntad. Si doy una voz, el decorado se desvanece», dijo el príncipe. «Cierro la ventana, me aparto del decorado, pero *éste* continúa. Lo olvido, pero sigue. Sin que lo cambie continuamente, sin que lo perturbe. Ahora el decorado está totalmente imperturbado. Nada perturba ya ese decorado. A menudo me ocurre», dijo el príncipe, «que veo a mi mujer: pronuncia claramente frases que decía cuando estaba viva, pero no puedo *verla*. Por breves momentos creo que está ahí; me vuelvo pero no la veo. Mi suegro, su padre, se le aparecía a ella con frecuencia en Hochgubernitz después de muerto; se encontraba con ella, ella lo veía, podía hablar con él. Pero yo sólo oigo a mi mujer, no la veo. Cuando habla, tengo la impresión de que su lenguaje ha cambiado en el tiempo transcurrido desde su muerte, aunque dice lo mismo que cuando estaba viva. Su lenguaje, pienso, sigue envejeciendo mientras ella está muerta. ¿Muerta? No es de las personas que están totalmente muertas cuando están muertas; ha fallecido, pero no está muerta. Sin embargo, no escribiré ya ese estudio, aunque durante mucho tiempo he tenido ganas, he tenido la intención de hacer un estudio que describiera ese proceso. Oigo a mi mujer detrás de mí; me vuelvo, pero no está; la llamo por el pasillo, por el zaguán, por todas las habitaciones de arriba y de abajo: mis hermanas me creen loco y mis hijas me creen loco también. Que vuelva a mi habitación, dicen. ¿Quién les da derecho a mandarme a mi habitación? Sin embargo, no me permito pedirles explicaciones y me voy inmediatamente a mi habitación. A mi mujer su padre se le aparecía en Hochgubernitz a menudo y en todas partes, después de muerto; no sólo lo veía, sino que podía *vivirlo*», dijo el príncipe. «Yo mismo, cuando

invitaba a alguien», dijo, «tenía desde hacía años la sensación de haber invitado a enemigos. Sobre todo a enemigos de mi cabeza. Creían que podían permitirse pactar con mis hermanos y con mis hijas. La desvergüenza de todos mis huéspedes, al ponerse —al principio, claro está, de forma disimulada, y luego abiertamente— de parte de las mujeres la costeo yo, he pensado siempre; todo lo que me molesta lo costeo yo. Por eso no invito ya a nadie a Hochgubernitz. Todos temían mis discursos», dijo el príncipe: «mi costumbre era pronunciar una charla matinal, llevar a la mesa un filosofema. Me interesaba sobre todo lo político: me ha estimulado durante decenios al despertar e, incluso, antes de estar *realmente* despierto. Cuando encontraba a alguien —en cualquier parte—, a alguien que concordaba con mi personalidad, comenzaba a politizar. Y defendía inmediatamente mis puntos de vista antes de haber oído al otro expresar los suyos, porque los conocía antes de que los hubiera expresado. No hace falta que nadie abra la boca para que yo sepa qué política es la suya. Lo siento de antemano, lo siento *enseguida*. Ese hombre es partidario de tal o cual política, pensaba cuando encontraba a alguien; he pensado eso de todos los hombres durante toda mi vida. Todos temían y temen que les hable. Yo, como sabe, desprecio la falta de esfuerzo: ese es mi principio supremo, el único que tengo. Siempre exijo el máximo. Sin embargo, se tiene miedo del máximo. Mis *enemigos* han sido casi siempre sólo domésticos. Tengo frío, les digo a mis hermanas», dijo el príncipe, «y mis hermanas me traen un sobretodo. Repito que tengo frío y me traen un abrigo; y digo nuevamente que tengo frío y me traen las botas y el gorro de piel, y entonces empiezo a desvestirme y a sentirme bien: estoy salvado, pienso, ya no tengo frío; estoy totalmente desnudo, ya no tengo frío y eso las intranquiliza. El frío que reina en Hochgubernitz ha ejercido siempre en mi vida la mayor influencia, siempre ha influido en todos. El frío, en combinación con la humedad de los viejos muros. Incluso en mis meditaciones más complicadas he *sentido*, he *comprobado* siempre ese frío y esa humedad. Sí», dijo, «probablemente podría atribuirse todo lo que a mí se refiere al frío y la humedad. En el mundo hay caracteres totalmente distintos que, de forma totalmente independiente entre sí y, sin embargo, continua, evolucionan en función de las circunstancias climáticas. De muchos se puede decir que se han criado en una casa seca; de muchos, que en una húmeda, una calurosa, una fría. Se podría decir de muchos: en casa de sus padres hacía frío; de muchos otros: *proceden de un hogar seco*. Los caracteres se acostumbran al clima, y el clima los cambia según el clima. Hay filosofías que podrían surgir en casas secas, pero no en casas húmedas, construcciones intelectuales que tienen su origen en unas paredes frías. Asumimos el espíritu de las paredes que nos rodean. A menudo veo grupos de personas y pienso: ese grupo de personas viene de un ambiente húmedo; ése de uno seco. Algunos, de zonas totalmente áridas. En Hochgubernitz, en el transcurso de los siglos, ha penetrado totalmente la Naturaleza exterior. También yo duermo, pienso a menudo, *en* esa Naturaleza: duermo *en* la humedad y en el frío que son propios de Hochgubernitz. Así pienso: en esa humedad y ese frío. Hochgubernitz es la prueba de

que un edificio puede aniquilar a los hombres que se encuentran a la merced de ese edificio. Sin embargo, de nada sirve dejar el edificio que lo aniquilará a uno, salir de Hochgubernitz, por ejemplo; Hochgubernitz lo rodea a uno dondequiera que vaya, sea Londres o París, lo aplasta a uno. Marcharse muy lejos no tiene sentido. Incluso en Nueva York he tenido siempre la sensación de que lo que me aplastaba era Hochgubernitz, no Nueva York. Siempre queremos», dijo el príncipe, «oír algo aún peor que lo que hay en nosotros. Esa es la única razón de que escuchemos, de que nos sintamos impulsados a conversar. El silencio», dijo, «explica a veces todo lo que hay en Hochgubernitz: lo pasado y lo futuro como si fuera presente. En ocasiones, cuando reina ese silencio, puedo diferenciar sin esfuerzo —si quiero— todas las voces que he oído o que no he oído alguna vez en Hochgubernitz. La violencia de la Naturaleza exterior, que brota sin cesar de la cabeza de la interior», dijo el príncipe, «es la calma. Efectivamente», dijo el príncipe, «una vez me despierto en medio de la noche y veo un enorme papel clavado en el firmamento, en el que, con caracteres latinos, aparece la palabra *abierto*. Mis carcajadas despiertan a todos los de la casa; se precipitan a las ventanas y no ven nada. Yo digo: ahí arriba pone *¡abierto!*, *¡abierto!*, lo pone efectivamente: *¡abierto!*, pero no ven nada, me creen loco y los mando otra vez a la cama. Cada vez más, por naturaleza, tengo miedo de mí mismo», dijo el príncipe. «Tengo verdadero miedo. Intento distraerme de mí, pero sólo lo consigo ya esporádicamente. ¡La satisfacción que sentía hace sólo algunos años, cuando iba a los valles, al barranco! En los días buenos, al bosque alto; en los lluviosos al monte bajo. A menudo he sido feliz contemplando la superficie del Ache, el movimiento del agua, entregado a la reflexión poética sobre la superficie terrestre. El bosque bajo, el Ache, me bastaban para no desesperar. Y cuando no era el Ache, cuando no eran el bosque alto o el bajo, era la biblioteca. *Libros que inducen a la contemplación*. Así es, pues, mi cabeza, así es mi cerebro, así soy yo. ¿Hoy? Durante años bastaba que pensase en mi hijo, en mi propia juventud, para que saliese de mi cuarto y bajase a ver a las mujeres. Para comer con ellas. Para hablar con ellas. Antes estaba convencido de la proximidad de lo infinito. ¿Hoy? Hoy todo está muy lejos. Cada vez más lejos. ¿Estaba antes cerca del lugar donde se encuentra la explicación? Echado en la cama, me avergüenzo con frecuencia de estar *ahí*, de *estar todavía ahí*. Me avergüenzo durante horas, y entonces me levanto, porque tengo hambre, y bajo a las habitaciones de las mujeres y como algo, y tengo la sensación de que mi vergüenza se duplica, se centuplica. A la vida le huele cada vez peor el aliento. Y yo tengo miedo de que alguna vez se descubran mis sentimientos. Mi vida se compone de esfuerzos para no ser descubierto. ¿Me han descubierto? ¿Han comprendido lo que pienso?, pienso a menudo. ¿*Cuál* de ellos me ha descubierto, ha comprendido lo que pienso? Yo soy el mundo y tengo que tragármelos en forma de libros, de gigantescas bibliotecas», dijo el príncipe. «Absurdo. Al leer, fuese lo que fuese lo que leía, tenía siempre la sensación de que todo está dividido en dos partes: una decorosa y otra indecorosa. Eso es lo repulsivo de la lectura: la permanente división en dos mitades; no quiero

hablar del bien y del mal: las llamo *decorosa e indecorosa*. Sin embargo, el pensamiento no tiene ese aspecto repulsivo. Intentar hacer caso omiso de sí mismo en la lectura», dijo el príncipe. «La identidad perpetua como consuelo. Un imaginar —al principio melancólico pero luego doloroso— influye siempre en nosotros. Siempre me digo que sé que todo es mortal, pero actúo al revés. La cabeza está a menudo separada del cuerpo por una distancia de varios siglos o milenios y es un maestro de galvanización totalmente empírico. Tengo fiebre constantemente, doctor, pero es una fiebre que el termómetro no señala. Soy un barómetro que ya no funciona. En el patio encontré una vez a un hombre», dijo el príncipe, «al que nunca había visto antes, pero que me recordó todos los hombres que había visto. Tenía la intención de hacer algo muy importante con su cabeza, dijo, pero no debía creer que se la iba a cortar *él mismo*. Me alarga un cuchillo y me dice: *Córteme la cabeza, querido. He esperado mucho tiempo que apareciera para cortarme la cabeza. ¡Porque tengo la intención de hacer algo muy importante con ella! No tenga miedo, dice el extraño ser, lo he previsto todo y no puede salir mal. ¡Tenga, córtemela! Me da tres minutos. Aquí, en este lugar, dice, quiero que me corte la cabeza. Me quedaré de pie porque considero francamente humillante dejarse cortar la cabeza estando echado o incluso sentado. ¡No lo dejaré en ridículo!*, dice el extraño. *Por cierto, el cuchillo es un Christofle*, dice. Efectivamente, veo la marca Christofle grabada en el cuchillo. Cojo la cabeza del hombre y se la corto. Realmente me sorprende lo fácil que resulta. La cabeza sigue diciendo: ya ve lo fácil que ha sido cortarme la cabeza. Sin embargo, entonces veo que no le he cortado la cabeza, y el extraño dice: *¡No habría pensado en serio que podía cortarme la cabeza! ¿O sí? Sigamos*, dice el extraño. Es mi primo. En realidad», dijo el príncipe, «no lo había soñado. Me resultó penoso». El príncipe dijo: «No tenemos padres. Somos huérfanos. Esa es nuestra situación y ya no podemos —no puede Europa— salir de ella. La cuestión ha sido siempre saber cómo podría extender, consolidar aún más Hochgobernitz. Nunca ha estado Hochgobernitz tan aislado del mundo ni, al mismo tiempo, ha dependido tanto de él. Continuamente tengo miedo de los terremotos. Ya no puedo andar sin pensar en terremotos, sentir terremotos, terremotos *inminentes*, ruidos, ruidos subterráneos simultáneos con los ruidos de mi cabeza. Tengo la impresión», dijo el príncipe, «de que *escribimos* cartas, *enviamos* cartas y *recibimos* cartas, y de que las firmas de todas esas cartas son *ilegibles*. ¿Quién escribe todas esas cartas que se envían y se reciben? Mirando por la ventana veo cómo se prepara la catástrofe, cómo se prepara *en silencio y se produce en silencio*. No me está permitido hablar de ello. Ya el hecho de que en el gigantesco Hochgobernitz ocupe la habitación más pequeña, doctor, resulta siniestro. Además, esa habitación es la más húmeda, la más fría. ¿Y si escribiera algo sobre mi habitación, un estudio que llevase el sencillo título de *Mi habitación*? Un estudio en el que metiese al mundo entero, porque meto en mi habitación al mundo entero: meto al mundo entero en mi habitación y en mi estudio. No, nada de estudios», dijo el príncipe. «El que piensa debe eliminar cada vez más las imágenes de su memoria.

Alcanza su objetivo cuando en su cerebro no quedan ya imágenes. Cuando se han agotado en su cerebro las *posibilidades de representación*. No tengo», dijo, «ninguna culpa. ¿Culpa? Durante decenios me he esforzado por hacerme comprender, durante toda mi vida lo que me ha devorado ha sido sólo el esfuerzo por hacerme comprender. Primero empecé a hacerme comprender por mis padres, por mis hermanas, por mis hijos, por todos he querido hacerme comprender. Ahora intento hacerme comprender por *usted*, por su hijo. Efectivamente», dijo el príncipe, «estas noches de septiembre pueden ser ya muy frías. El frío viene de abajo, del barranco. Aquí reina un frío glacial. Hochgobernitz es de hielo. Las figuras de hielo de Hochgobernitz. El tiempo que vivimos no basta, evidentemente, para hacerse comprender. Al principio», dijo el príncipe, a mi madre le parecí un crimen contra ella, luego un crimen que *ella* había cometido, luego le resulté molesto, luego empezó a *despreciarme*, luego a quererme, a odiarme, porque siempre tenía que identificarse conmigo. Los padres consideran a sus hijos siempre como una llaga incurable que los afea para toda la vida. Me refugio cada vez más en mi habitación como en una habitación de enfermo. Siempre he considerado mi habitación como una habitación de enfermo. En esa habitación lo he tomado siempre todo —comidas, lecturas, ideas— como si fuera una medicina: pócimas de sentimientos, jarabes de inteligencia, tabletas de filosofía. Ser incurable, un estado que dura diez años —¡tanto tiempo hace que tengo conciencia de ese estado!—, una enfermedad hereditaria sin religión», dijo el príncipe. «Vea doctor: me pongo la chaqueta, me la quito otra vez. Esa chaqueta la compré en Bruselas, ésa en Londres, ésa en El Cairo. Me pongo la chaqueta de El Cairo, me quito la chaqueta de Londres, me pongo la chaqueta de Bruselas, me quito la chaqueta de El Cairo. La curiosidad, que tanto dinero cuesta», dijo el príncipe. «Naturalmente, no puedo marcharme ya de Hochgobernitz. Los periódicos los compraba siempre y, sin leerlos —me limitaba siempre a hojearlos—, los tiraba apenas me había alejado un centenar de pasos del puesto de periódicos. Si hiciese arrojar en la Kärntnerstrasse los periódicos que he comprado en mi vida —en una tormenta de periódicos parecida a una tormenta de nieve—, en poquísimo tiempo quedaría totalmente atascada la Kärntnerstrasse, todo se ahogaría en la Kärntnerstrasse, media Viena se ahogaría, se podría quedar ahogada, enterrada y ahogada, bajo los periódicos que he comprado en mi vida: un mortífero invierno periodístico caería sobre Viena. En los rostros de los niños veo», dijo el príncipe, «la fiebre de la niñez. La niñez se cansa pronto; la vejez es el recuerdo de la niñez. Estar preferentemente en la cama y poder dormirme: a eso se reducen ahora, desde hace tiempo, mis necesidades. ¿Has aprovechado bien tu cuerpo?, pienso. ¿Tu inteligencia? ¿Has aprovechado la vida? Cuando empiezas a preocuparte de ello es ya demasiado tarde. Declaraciones absurdas», dijo el príncipe. «En los andenes de las estaciones, a menudo la idea de arrojarme al tren en el último momento, pero me siento curioso, sin embargo, en los urinarios de las grandes ciudades. La alegría de inventar frases complicadas, intachables; el haber llegado a comprender la palabra

etómetro. Comprender el desamparo de todos los hombres, pero sin compasión; la necesidad de dejar que se congele cuanto sabes. Le pido explicaciones al administrador», dijo el príncipe, «que ha despedido a cinco trabajadores de la cantera y le pregunto: *¿por qué?*, y no me responde. Le digo que no se puede despedir a los trabajadores de la cantera, que es peligroso incluso despedir a *un solo trabajador* de la cantera; no debemos despedir a ninguno de ellos, digo, pero el administrador ha despedido a cinco. Inmediatamente, las canteras me resultan *siniestras*... O bien», dijo el príncipe, «voy por las murallas exteriores, por *ahí*, por donde vamos ahora, y cojo del suelo una hoja de castaño; la hoja me recuerda a mi madre; cuando la veo, la veo a *ella*; su olor me recuerda *Medida por medida*, veo *Medida por medida*; *Medida por medida* me recuerda un par de zapatos viejos que tenía de niño, etc...Vemos a una persona», dijo el príncipe, «y la juzgamos enseguida. Ese es un hombre discreto, decimos, un hombre tonto, un hombre de mal genio, un hombre feliz, educado, chocho, solitario, sociable, siempre alegre, siempre inconsolable, siempre eficiente, siempre malvado, siempre miserable... y no comprendemos nada. Cuando decimos *es un hombre desastroso*, sin conocerlo, cuando decimos *está muerto*, etc...Vemos decrepitudes en una persona que nos dejan ver enseguida las decrepitudes de la comunidad en que vivimos, las decrepitudes de todas las comunidades, del Estado; las sentimos, las comprendemos, las hacemos catastróficas. Cuanto mayor es la capacidad de juzgar tanto mayor es la desconfianza. Nuestra desconfianza lo invade lentamente todo. Ya de niño mi padre jugaba con la idea de matarse; le costaba un gran esfuerzo, cuando cruzaba el Ache, no arrojarse a él. Ahorcarse. Pegarse un tiro. Ese pensamiento lo dominaba: el *pensar en las posibilidades de suicidio como una ciencia*», dijo el príncipe, «sometida a las ciencias naturales. Lo místico está casi descartado de mi pensamiento. Aislamiento. Todo es inútil», dijo. «Los millones de intentos», dijo, «cuando andamos con los ojos abiertos, por volver al origen. Los intentos en la masa y en el llamado campo. No hay nada más fácil que refugiarse en la vida cotidiana. Digo algo», dijo el príncipe, «e inmediatamente veo en mí lo contrario. Podemos persuadirnos de que con un libro no estamos solos, lo mismo que podemos persuadirnos de que no estamos solos con un ser humano. Cuando contratamos a un actor queremos que nos entretenga: lo maldecimos si se olvida. El mundo es un circo Sarrasani. Vivimos siempre en la ilusión, por lo menos en la de la Naturaleza, porque creemos que así podemos existir, arrebatarle uno de sus elementos por completo: por ejemplo, hacer la revolución, derribar un rey que se encuentra muy alto, etc...La razón abandona a menudo al ojo y el ojo a la razón. Hoy», dijo el príncipe, «nos sentimos bien ante las descripciones de la Biblia, hemos descubierto la poesía de Sodoma y Gomorra y la *sentimos*. Ya no nos *da miedo* la muerte; *vamos* hacia la muerte. Las enfermedades llevan a los hombres a sí mismos por el camino más rápido. Tenemos que exigir», dijo, «precisión, al menos en nuestras posibilidades imaginativas. Un hombre sin cerebro no pensaría. Nuestros maestros fueron enemigos de nuestra razón. Nos excita lo que no nos concierne. Desde hace mucho

tiempo no me preocupa el pensamiento de quién estará mañana en la luna, sino el de quién será el primero en *atravesar la tierra*. La total incapacidad para la conversación de mi mujer, que podía ser sensible en cada cosa al mundo entero. Las enfermedades mortales que, en definitiva, se imponen *en todas partes*. Siempre pensando en la comparación entre las habitaciones de arriba, *las mías*, y las de abajo, *las tuyas*. Costumbres, aficiones que poco a poco nos han devorado a todos. Nuestra pobreza de acción. En las habitaciones de abajo lo filosófico es tan poco posible como lo místico en las de arriba. A veces oigo todos los relojes de la casa tan fuerte que me levanto y los detengo. Eso exige varias horas. Entonces puedo dormir. Antes, de niños, golpeábamos la pared para expresarnos; ahora, desde hace medio siglo, nadie golpea ya en las paredes. En el plazo más breve», dijo el príncipe, «Hochgobornitz será dominado por los escarabajos y las arañas. Escarabajos y arañas, pienso a menudo, son la *locura* de la Naturaleza. Todo es una mixtificación», dijo.

Pasando por Landschach, volvimos rápidamente en coche a casa. «Casos ingratos», dijo mi padre. Mi hermana dormía ya. Mañana, pensé, daré un largo paseo con ella y hablaré con ella. Mientras mi padre —eran las once— decía que tenía que visitar aún a un carnicero de Krennhof que se había herido en el vientre con la pistola de sacrificar reses, y que quería estar de vuelta otra vez antes de media noche, yo pensé en el silencio en que habíamos bajado de Hochgobornitz y habíamos salido luego, ya en coche, del barranco. Mañana te llevará tu padre otra vez a Leoben a primeras horas de la tarde, pensé. No te hace falta ya deshacer la maleta. El gendarme de la localidad nos había esperado y había pedido a mi padre algún dato sobre la posadera muerta. Grössl estaba en la cárcel, dijo. No quise despertar ya a mi hermana. Intenté escribir todavía una carta que debía haber escrito hacía tiempo a un amigo de mi tío que tiene una finca en Carintia, junto a Guttaring, a la que estoy invitado desde hace mucho. Quería escribir que no iría, que no *podía* ir. Mis estudios no me permitían ninguna interrupción, había escrito, y luego había roto la carta comenzada. Echado en la cama, pensé: *¿Qué ha dicho el príncipe?* «El querer cambiarlo todo es siempre en mí una necesidad constante, un placer perverso que conduce a las desavenencias más desagradables. El desastre empieza cuando uno se levanta de la cama. Por el hecho de que todo se sitúa sobre una base filosófica, de que uno adopta un papel. La oscuridad es fría cuando la cabeza no actúa.» *La agenda*: «Durante todo el día», dijo el príncipe, «busco en mis bolsillos una agenda perdida. En esa agenda he escrito cosas dignas de mención. ¡*Subrayadas!* Mi enfermedad consiste en subrayar lo importante: en esa agenda casi todo está subrayado y todas las frases subrayadas comienzan por la destrucción de esas frases... Busco esa agenda durante muchos días en mis bolsillos y, de repente, la encuentro abajo, en la cocina. ¿Cómo ha llegado a la cocina esa agenda? Hace muchos días que no he estado en la cocina y, de repente, encuentro la agenda allí. Se me despierta una espantosa sospecha. Tengo inmediatamente la sospecha de que mi hermana mayor me ha sacado la agenda del bolsillo, la ha leído en secreto en la cocina —¡yo odio las cocinas!— y

se la ha olvidado allí. Voy a ver enseguida a mi hermana mayor y le digo: lo terrible es que hayas dejado la agenda en la cocina, no el que te hayas tragado su contenido. Sin embargo, veo que es imposible que mi hermana mayor haya dejado la agenda en la cocina, y me voy inmediatamente a ver a mi hermana menor, y le digo a la cara que es lamentable que haya leído mi agenda, que la haya sacado de mi bolsillo y la haya leído. Me temo, digo, que has leído todas mis agendas, pero ésta es la primera que has dejado olvidada en la cocina. Hasta ahora he vivido en la ilusión de que ninguno de vosotros *conoce* el contenido de mis agendas, de que no sabéis nada del contenido de esas agendas. Empujo a mi hermana menor hasta el despacho, porque me resulta monstruoso que sea precisamente *ella* quien ha leído esa agenda. Inmediatamente se me ocurre que en mis agendas formulo continuamente juicios desfavorables sobre mis dos hermanas, especialmente la menor. He vivido en la ilusión, digo, de que lo que he escrito en mis agendas, lo que he escrito durante decenios, era totalmente desconocido. Y ahora descubro que mis agendas las escribo públicamente, que escribo públicamente mis agendas. Pero entonces comprendo de pronto que mi hermana menor no conoce siquiera la existencia de mis agendas, y me digo enseguida que, naturalmente, un *ser tan superficial* como mi hermana no tiene la menor sospecha de la existencia de mis agendas, naturalmente, y digo: *¡No os ocupáis de nada de lo que a mí se refiere!* Digo: *¡En esas agendas haréis un día los más horribles descubrimientos: expediciones a vuestra propia atrocidad!* Precisamente porque en mi trato diario con vosotros me lo callo siempre todo, no me he callado nada en las agendas. *¡Toda mi furia se descarga sobre vosotros en esas agendas! ¡Sobre ti, sobre tu hermana, sobre mis hijas, sobre mi hijo, sobre todos! ¡Cuando esté muerto, mi sombra pesará sobre vosotros durante mucho tiempo, y recordaréis con espanto mi presencia, la de vuestro hermano y padre!* En mis agendas, digo, habéis tomado realmente forma, una forma horrible... Está bien, digo, si no has dejado mi agenda en la cocina, *¿quién la ha dejado entonces?* Y salgo del despacho y voy a buscar a mi hija mayor. Se me ocurre que *sólo ella* es capaz de haber sacado la agenda de mi bolsillo y de haberla dejado en la cocina. Recorro la casa entera y busco a mi hija mayor: recorro primero las habitaciones de abajo y luego las de arriba, pero no encuentro a mi hija mayor. Probablemente se esconde, pienso, porque ha oído la excitación causada por la agenda. Llamo, ando en silencio, luego llamo otra vez, recorro alternativamente llamando y en silencio, la casa entera. Por último, se me ocurre que puede estar en el pabellón de recreo. Entro en el pabellón y me la encuentro en el sofá, leyendo una novela. Le digo inmediatamente: *¿Dónde está mi agenda?* Sí, digo, he encontrado mi agenda en la cocina. *¡Esa infame humanidad ha puesto ahora las manos hasta en mi agenda!*, digo. Probablemente pones las manos en mis agendas desde hace años, digo. Posiblemente, digo, has puesto las manos en todas mis agendas. Y probablemente, digo, lo que has leído en todas mis agendas te ha *cambiado contra mí*, con la crueldad más fatal. Confío, digo, en que esto tenga por consecuencia que desaparezcas de Hochgubernitz, que te marches, que te vayas ahí

abajo, con tus iguales... Pero de repente», dijo el príncipe, «me resulta claro que *tampoco puede establecerse la menor relación* entre mi hija mayor y la agenda. Entonces es la menor, pienso. Pero nadie sabe dónde está. ¡Quiero saber dónde está!, grito. Me dicen que está en la ciudad. ¡En la ciudad!, digo. Recorro las habitaciones de abajo y pienso que por la noche descolgaré todos los cuadros que cuelgan en ellas, todos. Y también todos los cuadros de las habitaciones de arriba, pienso. Y colgaré otros. *Más horribles*. Lentamente me calmo», dijo el príncipe, «y entonces oigo a mis hermanas cuchichear. Tengo que acabar con esos cuchicheos, pienso, y entro y las echo. *Sea quien sea la que haya cogido la agenda de mi bolsillo y se la haya dejado en la cocina*, digo, *¡lo vais a pagar todas juntas! ¡Una pandilla de delincuentes!*, pienso, *¡Esas mujeres son una pandilla de delincuentes!* Tengo en Hochgubernitz, pienso, unas arruinadoras, unas aniquiladoras de mi persona que me resultan muy costosas. Y, mientras les ordeno que hagan un trabajo que hay que hacer», dijo el príncipe, «—un espantoso *trabajo doméstico*—, se me ocurre que yo mismo he dejado la agenda en la cocina; que, insomne como siempre, he ido a la cocina en mitad de la noche para tomar un refresco». Yo no podía dormirme y empecé a escribir: El príncipe dijo, escribí: «Un hijo estudia a su padre pero estudia sólo cómo aniquilará a su padre. Y las mujeres saben siempre *cómo*... Normalmente», dijo el príncipe, «sigo yendo al despacho con la misma puntualidad que, en el transcurso de mi vida, me ha desfigurado tanto que no puedo ya reconocerme. Me levanto y me paseo por el despacho, de un lado a otro, de un lado a otro y del otro al uno, para poder aguantar en el despacho. *Explotación agrícola, explotación forestal*, pienso: soy *incapaz*. No tengo fuerzas para salir del despacho, para dejar el despacho de una vez para siempre, y sin embargo es absurdo *que esté en el despacho*. Si no es con fines agrícolas y forestales, pienso, ¿para qué estoy en el despacho? Ese pensamiento excita las partes más sensibles de mi cerebro, y saco los más diversos archivadores de las estanterías para tranquilizarme. Ese proceso —el ir al despacho y no saber qué hacer en él— se repite a diario. Ya no tengo ninguna relación con todo lo que hay en el despacho», dijo el príncipe. «Mi hijo», dijo, «volverá de Inglaterra y aniquilará Hochgubernitz. Recuerdo aquel largo papel, sus ideas. En Londres, creo, se ha metido en una filosofía de la que sólo podrá salir totalmente trastornado. Hochgubernitz sólo le resultará posible como algo *loco*. Además, mi hijo no sabe nada de agricultura ni silvicultura. Lo que mi hijo cree que es la Naturaleza no es la Naturaleza. Probablemente intentará vender *todo* Hochgubernitz. No podrá hacerlo y lo despedazará. Creo que, a mi muerte, Hochgubernitz quedará al principio totalmente espantado. Entonces vendrá mi hijo y transformará ese estupor en locura. Es mi hijo y todo estará en sus manos. Vendrán entonces tiempos mortales, sobre todo para mis hermanas, pero también para mis hijas, tiempos de absoluto desamparo. Sin embargo, todas esas criaturas merecen más, probablemente, la desconsideración que la consideración. Mi hijo se enfrenta siempre con la Naturaleza como con una literatura; todas sus cartas lo confirman. Mi hijo me desprecia, ¿sabe, doctor? En sus cartas no

hay nada que sea verdad. Su escritura cambia *completamente* en un solo año. Yo le pago a mi hijo unos estudios que me repugnan y él me aniquila. Los dos, mi hijo y yo, hemos sido siempre incapaces de sostener una conversación. En Inglaterra se ha acostumbrado a las frases cortas, a una forma de hablar que duele, que mata. Lo he educado, creo, para que me aniquile. Y ese hombre se atreve a escribirme en su última carta que soy un diletante, que no he sabido convertir mi vida en arte... Él, sin embargo, como adivino por su carta, ha convertido su vida plenamente en un arte. Siempre que hubiera debido atraerme a mi hijo, lo he alejado de mí, *de* mí. Sin embargo, toda educación es siempre totalmente equivocada. La forma de actuar de mi hijo ha consistido siempre en oponerse a mí», dijo el príncipe. «Compartimos única y exclusivamente la afición por los periódicos. Por cierto», dijo el príncipe, «consígame un número del *Times* del 7 de septiembre y tráigamelo la próxima vez que venga...»



THOMAS BERNHARD. Poeta austriaco nacido en Heerlen, Holanda, en 1931. Hijo de un agricultor austríaco, tuvo una infancia marcada por la pobreza y la enfermedad, superada gracias a los cuidados de su abuelo materno quien lo condujo a cursar estudios secundarios en Salzburgo, donde más tarde estudió violín, canto y musicología. A partir de 1957 inició su fulgurante carrera literaria como narrador, poeta y dramaturgo, situándose como uno de los mayores escritores contemporáneos.

Su obra poética consta de importantes publicaciones contenidas en los siguientes títulos: "Así en la Tierra como en el Infierno" en 1957, "In hora mortis" en 1958, "Bajo el hierro de la luna" en 1958, "Ave Virgilio" en 1959-60 y "Los locos. Los reclusos" en 1962.

Obtuvo importantes galardones literarios, entre los que se destacan el Premio Nacional Austriaco de Literatura en 1968, el Premio Literario Internacional Mondell en 1983 y el Premio Médicis en el año de 1988.

Falleció a la edad de cincuenta y ocho años en la ciudad de Gmunden, el 12 de febrero de 1989.